

 HARLEQUIN™
A black and white photograph of a man and a woman in a close embrace. The man is on the left, leaning towards the woman on the right. They are both looking towards the camera with soft expressions. The woman has long, wavy hair and is wearing a dark, strapless top. The man is wearing a light-colored shirt. The background is dark, making the couple stand out.

INTENSE

A
ESCONDIDAS

JC HARROWAY

INTENSE

A
ESCONDIDAS
JC HARROWAY



Índice

A ESCONDIDAS

Índice

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Sinopsis

Nada le causa más satisfacción al multimillonario Jack Demont que impedir que Harley Jacob, miembro de la alta sociedad neoyorkina, consiga lo que quiere. Después de todo, sus familias se odian y hay historias pendientes entre ellos... además de mucha química sexual. Cuando se ven consumidos por un travieso juego de lujuria, ambos deciden que se darán mucho placer mutuamente... y nada más. Nadie puede saberlo, y mantener en secreto algo tan sexy hace que todo resulte mucho más apasionado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 JC Harroway
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
A escondidas, n.º 14 - marzo 2019
Título original: Her Dirty Little Secret
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Intense y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307-783-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

*Para G.
Por empujarme, apoyarme y animarme.
Besos*

Capítulo 1

El tacón de quince centímetros de su zapato teñido a mano se enredó en uno de los cientos de cables que serpenteaban por el suelo de cemento. Harley Jacob tropezó y lanzó una maldición cuando se torció el tobillo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Respiró hondo, esperando que remitiera el dolor y frunció el ceño al ver el arañazo en el zapato, a juego con su vestido de cachemir, el distintivo de la colección de otoño de su línea de moda.

Suspiró y se esforzó por cambiar la frustración por determinación. Su misión era más importante que cien pares de zapatos teñidos. Avanzó con cautela, esquivando el peligroso laberinto de herramientas y montones de materiales de construcción polvorientos.

¡Estúpido promotor inmobiliario!

La persona que estaba al timón de Desarrollo Residencial y Diseños Arquitectónico Demont no solo tenía una agenda muy ocupada, sino que, además, de pronto había postergado el trato que habían hecho para que ella comprara el Edificio Morris, un trato que tendría que haberse cerrado hacía ya unos días. Y lo había postergado sin dar explicaciones.

Harley avanzó hacia un grupo de hombres situados en un extremo del local, tragándose la humillación del casco y el chaleco fluorescente, que, para alguien como ella, representaban un insulto. Enderezó los hombros y sorteó un nido de tubos que colgaban del techo como si fueran intestinos derramándose del edificio.

Su determinación de cerrar aquel trato aumentaba con cada paso que daba. No por la reputación de su apellido, que era uno de los de la élite de Nueva York y sinónimo de realeza en el sector inmobiliario, sino porque le había costado, literalmente, sangre, sudor y lágrimas, levantar Give, su marca de moda y empresa.

Y aquel trato tenía para ella un interés personal. No podía volver a fracasar.

Cuando se acercó al grupo de hombres, que llevaban, como ella, chalecos de seguridad y cascos, el gemido de las máquinas y el martilleo constante se redujeron ligeramente. Harley suspiró. Al menos podría oír las excusas del señor Demont. Y con suerte, su confirmación de que todo seguiría adelante y sus disculpas. Le debía un par de zapatos teñidos a mano, pero estaba dispuesta a conformarse con su firma en el contrato.

El grupo, que quizá oyó el repiqueteo de sus tacones, se volvió hacia ella.

La conversación cesó.

Una calma oportuna en el ruido de la construcción de fondo produjo un momento de silencio escalofriante. Diez pares de ojos se posaron en ella, unos curiosos, otros sorprendidos, algunos muy abiertos, captando sin duda sus zapatos y su vestido de punto, tan poco apropiados para aquel lugar.

Harley levantó la barbilla. No había ido allí a enyesar una pared o instalar tuberías en

un cuarto de baño. Esa vez no permitiría que la echaran y tenía mucha experiencia en defenderse en entornos dominados por hombres.

Al igual que sus hermanos, había crecido trabajando durante las vacaciones en la empresa familiar. Pero mientras su hermano y su hermana se dedicaban a rellenar documentos y contestar al teléfono, la dislexia de Harley la había relegado a llevar cafés a los ejecutivos de su padre y vaciar las papeleras de los despachos.

—Busco al señor Demont.

El grupo se apartó. Los que estaban más próximos a ella retrocedieron y miraron divertidos al hombre que ocupaba el centro del grupo. Este, que estaba encorvado sobre un ordenador portátil, se enderezó y la miró con curiosidad y con más intensidad que los demás.

—Soy Jack Demont.

Harley soltó el aire con un silbido y su cuerpo se llenó de calor. Sintió un cosquilleo en la espina dorsal.

No.

No era posible.

Juntó las rodillas y apretó con fuerza la carpeta que llevaba en la mano.

¿Jack?

¿Jacques?

¿Jacques Lane?

Sus ojos incrédulos observaron al hombre al que había ido a ver y captaron la presencia poderosa, sexy y cosmopolita que lo cubría como si fuera un traje caro. Era un hombre crecido de la versión más joven que ella había conocido y deseado. Del joven del que se había creído enamorada.

—¿Qué desea?

No daba señales de reconocerla, pero, definitivamente, era él. Tenía un leve acento francés, que hacía que a ella se le curvaran los dedos de los pies dentro de los zapatos caros. Los mismos ojos azules, que la atravesaban como si se hubiera quitado el vestido de cachemir y estuviera ante él desnuda. Harley sintió la misma oleada de hormonas de otro tiempo recorriéndole las venas y nublando sus razones para ir en su busca.

La mirada de él no vaciló, pero se oscureció. ¿Enojado por el titubeo asombrado de ella o, al igual que ella, tambaleándose por el mismo escalofrío de alerta sexual que serpenteaba como los cables por el suelo?

Harley juntó los muslos, atónita por la velocidad con la que su irritación y su frustración se habían metamorfoseado en excitación física. En deseo por un hombre al que ya no conocía. Un hombre del pasado. Un hombre que había pospuesto un contrato sin razón alguna.

Él tenía los ojos clavados en los de ella, quien, a la defensiva, adelantó la barbilla y empleó un tono altanero.

—¿Puede dedicarme un momento de su tiempo?

¡Maldición! Hasta sus cuerdas vocales convulsionaban ante aquel Jack adulto y su voz estrangulada salía casi susurrante. Carraspeó. Tenía que llevar la delantera.

Si él quería fingir que no la reconocía y no sabía por qué había ido a verlo, le seguiría la

corriente. ¿Y qué si sus zonas erógenas se iluminaban como las chispas de un soplete bajo la mirada de él? Se negaba a retroceder o a escabullirse. Y el hecho de que se hubieran conocido íntimamente nueve años atrás, carecía de relevancia.

Había olvidado dónde estaban, pero, como si percibieran la tensión que espesaba el aire, los otros hombres bajaron la vista a sus zapatos con punta de metal. Harley se adelantó y dejó la carpeta y el bolso encima de los planos que había sobre la mesa.

Si Jack Demont creía que se iba a dejar intimidar por aquella atmósfera cargada de testosterona, o porque sus familias hubieran acabado mal nueve años atrás, sin duda había olvidado la reputación de duro y despiadado que tenía el padre de ella, un hombre que la había educado con su marca personal de menosprecios sutiles, recordándole constantemente sus fallos y sin molestarse en ocultar sus miradas de decepción.

Jack frunció los labios, apartó la vista y cerró el ordenador portátil.

—Señores, disculpen. Cualquier pregunta, hablen con el capataz —su tono mordaz y la mirada astuta que lanzó a Harley lograron que esta recordara su misión entre la niebla de la lujuria.

Misión. Contrato. Firma.

Los hombres del grupo se fueron dispersando uno por uno, hasta que lo único que la separaba del hombre que utilizaba un nombre distinto al de antes era algo de historia antigua y el crepitar de la tensión sexual que rasgaba el aire como el zumbido de herramientas eléctricas.

La confianza de ella vaciló, desdibujando las líneas entre el pasado y el presente. Sí, durante unos meses embriagadores, se había creído enamorada del adolescente Jack, en la época en que la idea del amor y los ideales románticos ingenuos regían su mente.

Pero quizá aquella violenta atracción renovada solo le ocurría a ella. Quizá él no la reconocía. Tal vez el final de su relación no había significado nada para él y la había olvidado en cuanto volvió a Francia con su familia. Y quizá el dolor y la culpa que ella había sentido por finalizar aquello sin explicaciones habían sido innecesarios.

Aprovechó aquel momento de observación mutua para volver a familiarizarse con el objeto de todas sus fantasías de adolescente.

El tiempo le había cambiado, pero para mejor. Su pelo rubio oscuro era más corto; su rostro, atractivo, había perdido su encanto infantil. Su mandíbula cuadrada era más pronunciada y el hoyuelo de la barbilla, en el que entraba bien la yema del dedo índice, seguía siendo prominente. ¡Cuánto le había gustado probar si su amago de barba le arañaba la piel! Y besar la mueca de desdén en su boca sexy.

Pero una cosa era evidente. El chico de sus recuerdos infantiles ya no existía. El hombre que tenía delante, ataviado con una camisa remangada para mostrar sus brazos musculosos, y pantalones de traje, rezumaba testosterona por todos los poros. Solo el ardor de su mirada bastaba para indicar que estaba al cargo. La amplitud orgullosa de su pecho, su estatura dominante y el ademán decidido de su arrogante barbilla exudaban poder.

Harley contuvo el aliento.

—Yo...

—¿Qué puedo hacer por usted?

Sus palabras chocaron.

Sus ojos se encontraron.

Harley tragó saliva con resolución, a pesar de la llamarada de lujuria que la llevaba hacia atrás en el tiempo. Ya sabía quién era el hombre detrás del contrato y no se iría sin hacerse oír. Se enderezó todo lo que pudo. Saldría de allí con la firma de él y sus caminos no volverían a cruzarse nunca más.

La enemistad entre los Lane y los Jacob le daba una ventaja, la de conocer al enemigo. Y aquel era su territorio. Era su sueño lo que estaba en juego. Y aunque no encajara de todo en el molde, ella era una Jacob.

Que Jack Lane, o Jack Demont, tuviera ese sueño en las palmas de sus manos sensuales y adultas, manos que a ella le gustaría volver a sentir en su cuerpo traidor, suponía un obstáculo más.

Pero había aprendido algunas lecciones durante los años de desaprobación de su padre. A endurecerse ante las expectativas de otros y combatir a diario las limitaciones personales de la dislexia. Haría falta algo más que sensualidad para derribarla.

Jack seguía observándola con mirada voluptuosa, como si hubiera arrancado la capa de lana del cuerpo de ella. Pero seguía sin dar muestras de reconocerla.

Harley vaciló. Su compostura desapareció, reemplazada por inseguridades arraigadas que no andaban lejos de su superficie serena. Pero que no la reconociera podía ser una ventaja. Tenía que hacerle perder el equilibrio. ¿Por qué iba a ser ella la única que vacilara?

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó.

—Sí te recuerdo, Harley —él puso una sonrisa superficial y la miró de arriba abajo.

Su mirada la iluminó hasta que la mente de ella registró lo que había oído y un frío repentino reemplazó al calor de un momento atrás.

Jack conocía la identidad de la compradora y había pospuesto deliberadamente la venta. ¿Qué otra explicación podía haber? ¿Aquel retraso táctico era algún tipo de venganza mezquina por la mala sangre que había entre sus familias o solo una venganza contra ella?

Harley adelantó una cadera y cerró el puño encima de ella. Si hacía aquello por una enemistad familiar histórica, tal vez se pudiera arreglar fácilmente.

—¿En serio? —cambió el peso de pie, con la sensación de que la mirada ardiente de él le derretía las piernas.

Esperaba que la echara o se enfureciera. Después de todo, lo había dejado plantado sir ceremonias años atrás. Pero no esperaba aquella atracción ni el impulso de arrancarle el traje y ver qué habían hecho la edad y la madurez con el cuerpo sublime y larguirucho de antes.

—Por supuesto.

Harley sintió entonces otro tipo de calor bajo la piel. Aquel verano había aprendido algo más que a romperle el corazón a alguien. Había aprendido cosas sobre las mentiras de los adultos, los engaños que escondían y el verdadero valor de aquello que se llamaba amor.

Apartó los recuerdos de aquella época y su enamoramiento estúpido con el chico que

había sido Jack y se sobresaltó cuando él se acercó más, encerrándola en su espacio personal, de modo que se vio obligada a alzar la vista si quería seguir mirándolo a los ojos. El calor de él la quemaba de tal modo que se arrepintió más que nunca del vestido de cachemir.

—Te recuerdo muy bien —la mirada de él se posó en su boca y Harley se lamió los labios en un gesto inconsciente.

¿Por qué, a pesar de la dureza de su expresión, sus palabras se deslizaban sobre ella como una caricia de la seda más fina? Jack no había dicho gran cosa, pero el hablar ronco de su voz reverberaba viciosamente entre las piernas de ella.

Su cuerpo reaccionaba ante él igual que a los diecisiete años. Pero esa vez, ella también era adulta y parecía que su libido se multiplicaba en presencia de él.

Vaciló, atrapada entre la empresaria triunfadora que había ido allí a sellar el trato prometido y la colegiala enamorada del pasado, insegura, solitaria hasta con su familia y conquistada por la seguridad en sí mismo de Jack, su acento exótico y su sonrisa chulesca.

No.

Se mordió el labio inferior, intentando frenar la excitación de su vientre.

Ni ella.

Ni él.

Los sucesos de aquellas fatídicas vacaciones familiares con la familia de Jack habían abrumado totalmente a la Harley de diecisiete años y desgarrado todo lo que ella conocía como verdad. En su confusión, miedo y desilusión, había roto bruscamente con Jack a pesar de que estaba loca por él.

A su libido le gustaba aquel hombre, pero el tiempo no había alterado sus opiniones sobre las relaciones. Y si llegara a cambiar de idea, Jack sería el último hombre con el que querría una.

Como a cámara lenta, él agarró la parte delantera de su chaleco de seguridad, sin dejar de mirarla a los ojos, y tiró para abrir el velcro y mostrar una camisa azul abierta en el cuello, por donde asomaba un poco de vello rubio.

«Mmm. Sigue...».

¿De dónde había salido aquello? Había ido allí por el trato, por su edificio. Volvió a mirarlo a los ojos y en los de él vio una chispa de algo que resultaba casi triunfal. La había pillado con la mano en la lata de las galletas y saliva en la barbilla.

—¿Has venido aquí solo a mirarme? —él enarcó una ceja y se acercó más—. O quizá te guste ensuciarte —bajó la vista.

Harley siguió la mirada de él hasta la punta de sus zapatos, cubiertos ya con una capa de polvo gris.

«Gilipollas engreído».

Pero el modo en que había dicho «ensuciar», con un claro énfasis sexual, conseguía que ella quisiera dejarse llevar por aquel sonido, empaparse de él y emerger mugrienta.

Volvió a la realidad cuando él dejó el chaleco en la mesa y empezó a desenrollar las mangas de la camisa sin dejar de mirarla divertido.

—He venido para que firmes estos contratos —dijo ella.

No para regodearse en fantasías sobre la potencia sexual que habría desarrollado él a lo largo de los años. Potencia que le había sido negada a ella.

—Tengo oficinas —él deslizó las manos en los bolsillos de los pantalones y tensó la tela en torno a su virilidad—. Deberías pedir una cita para verme allí. Creo que el ambiente será más... indulgente con tu atavío.

«Gilipollas arrogante y vanidoso. ¿Y yo estoy mirando su polla?».

—He intentado en múltiples ocasiones verte en tus oficinas, como seguro que ya sabes —Harley sentía calor en las venas.

Jack se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

A ella le cosquillearon los dedos. Anhelaba bajar más aquella cabeza para besarla. Sacarlo de quicio y desmontar el control que él llevaba como una segunda piel. Redirigir aquel juego de poder.

Bajó el tono de voz. No quería mostrarle que había afectado su compostura profesional ni que había suscitado su interés personal.

—He venido para averiguar por qué has parado el trato a pocos días de que se cerrara.

Aunque ella no sabía que la propiedad comercial destartalada que quería adquirir tuviera nada que ver con el hijo de Joe Lane. ¿Se habría apartado de haberlo sabido? ¿) sabía él que la hija de Hal Jacob era la que quería comprar el Edificio Morris? Todavía no había confirmado su teoría.

—Confío en que no irás a decirme que has pisado el freno por antiguas rencillas familiares —una mirada a sus ojos azules helados le dio la respuesta.

—Mis abogados me aconsejaron que lo revisara bien todo. Hay que ser muy cauteloso en los negocios —la miró con un fruncimiento sensual de los labios—. Y descubrieron un error en los papeles.

—¿Un error?

«No».

Harley sentía el vestido de cachemir pegado al cuerpo y la piel sudorosa. Había revisado dos y tres veces los formularios antes de pasárselos a sus abogados. Y les había pagado muy bien para compensar por sus limitaciones. Limitaciones que la habían perseguido toda su vida.

—¿O sea que no tiene nada que ver con que sea yo la compradora? Después de todo, yo no me he cambiado el nombre.

Se acercó más, hasta que el olor sutil y varonil de él calentó el aire entre ellos e hizo entrar sus pensamientos en barrena.

Él volvió a sonreír con dureza.

—Admito que, cuando contacté con la Fundación Give para comentar los errores en los documentos, tu nombre me resultó... familiar. Pero te aseguro que no tengo motivos ulteriores. Soy un hombre de negocios —se encogió de hombros—. Lo que ves es lo que hay, sellado con un apretón de manos.

Harley se inclinó hacia adelante, con los pies clavados en el sitio. Si él esperaba que se sintiera intimidada o se pusiera conciliadora, había elegido mal a su contrincante. Estaba acostumbrada a ir un paso por detrás y a las críticas. Normalmente salía de eso rugiendo, para compensar. Otra lección de Hal Jacob.

—Como compradora, te aseguro que cualquier error será un descuido y se rectificará fácilmente —dijo.

«Por favor, que se pueda rectificar fácilmente», pensó.

Si aquel trato se hundía, Hal se enteraría. Ya era bastante malo que se opusiera ferozmente a aquella compra. De hecho, se oponía a todas las decisiones de su hija pequeña.

—No hay razón para retrasarlo. No habrá problemas por mi parte —alzó la barbilla—. «Si hay que fingir seguridad, se finge».

Pero por dentro sentía los sudores fríos familiares. La dislexia había entorpecido sus ambiciones toda su vida, pero aquel error podía tener un impacto diez veces superior a todo lo demás. Quería el Edificio Morris, era perfecto para sus necesidades y muy bien situado.

Había metido la pata. Casi podía oír la voz decepcionada de su padre. El «te lo dije» no pronunciado que no había dejado de oír desde segundo curso. Lo último que necesitaba era demostrar que Hal tenía razón o, peor todavía, fallarse a sí misma una vez más.

Se esforzó por respirar despacio para retroceder desde el borde del precipicio, como había hecho muchas veces a lo largo de los años cuando la invadía el pánico. En Nueva York había muchos edificios, ella lo sabía mejor que nadie. Aunque Hal no había aprobado su última iniciativa, le había ofrecido un trato de ganga en un edificio alternativo, manteniéndolo en la familia.

Si no estuviera tan decidida a hacerlo sola, podía capitular. Pero entonces tendría que confesarle a su padre que había saboteado ella misma el proyecto que Hal consideraba una pérdida de tiempo, por un simple error administrativo que una niña de cinco años seguramente vería.

«No. No pienses en eso».

—¿No habrá problemas? —Jack hizo un gesto de duda—. Jacob Holdings actúa a veces con una crueldad que me resulta... repelente.

¿La estaba juzgando? Harley hundió un poco los hombros. Estaba acostumbrada a la condescendencia y también a que la ignoraran. Toda su vida se había sentido estúpida, avergonzada e indigna. Aunque eso él no lo sabía. Pero sus palabras la escocieron como si hubiera atacado la parte más vulnerable de ella con precisión certera.

—Prefiero tratar con... clientes más agradables —él recogió sus pertenencias de la mesa y guardó su teléfono móvil en un bolsillo del pantalón—. Y hasta que se corrija la documentación... —volvió a encogerse de hombros.

A Harley se le aceleró el pulso. Su instinto había sido certero. Él acarreaba la enemistad Lane/Jacob, la misma que había estropeado no solo tratos de negocios entre sus padres, también la amistad de sus familias.

—Yo no soy Jacob Holdings —ella obligó a sus dedos a relajarse—. Este trato no tiene nada que ver con mi familia —si no hubiera estado tan alterada, habría sonado más convincente.

Jack la miró como si no hubiera hablado o como si sus palabras no le dijeran nada. Había dado su opinión y parecía que nada podría cambiarla.

—Veremos —dijo. Imperturbable, le sonrió y echó a andar por el espacio cavernoso en

dirección a los ascensores.

Harley se permitió un segundo para admirar su trasero musculoso cubierto con los pantalones del traje y corrió tras las zancadas largas de él, que sorteaban fácilmente los obstáculos del suelo, mientras que los pasos de ella se veían entorpecidos por su vestido ajustado.

¡Maldita dislexia! ¿Nunca dejaría de estropear todo lo que intentaba lograr? Le había entregado personalmente la bala con la que pegarle un tiro a sus sueños para el Edificio Morris. Otro de sus sueños destinados al montón de los de Harley se esfuerza mucho pero...

A una parte de ella no le sorprendía. A la niña interior que siempre había anhelado el mismo orgullo que producían los logros de sus hermanos. Logros que podían medirse académicamente, las notas apropiadas en la escuela apropiada.

¿Pero cómo se atrevía Jack a insinuar que la empresa que tan concienzudamente había creado sola, a pesar de su padre y de la dislexia, era aliada de Jacob Holdings, el negocio familiar cuyo timón llevaba Hal? Había luchado mucho para forjarse un camino propio, libre de la carga de su apellido.

Lo turbulento de su educación, su forzado desvío del camino que iba de Harvard a Jacob Holdings y era el que habían seguido sus hermanos, la había perseguido, y su determinación de triunfar sola implicaba renunciar al apellido familiar, a pesar de que tenía el poder de abrir muchas puertas en Manhattan.

Había llamado a su empresa Give porque buscaba anonimato. Por supuesto, le era imposible dissociarse por completo de su reputación de heredera de Nueva York. Y tenía que combatir, no solo a su familia, que quería verla de vuelta en el redil, sino también a algunos hombres de su pasado, quienes no conseguían entender por qué había renunciado a una vida de privilegios para triunfar sola.

¡Maldición! ¿Por qué tenía que ser tan alto y tener unas piernas tan largas?

—Espera.

Se abrió la puerta del ascensor. Jack desapareció en su interior y Harley trotó los últimos pasos para alcanzarlo. Si creía que se iba a marchar con el rabo entre las piernas y el trato anulado, la subestimaba mucho.

Si había cometido un error, lo admitiría y lo corregiría. Su sueño era construir una escuela para disléxicos con tecnología punta y que todo el mundo pudiera permitirse. Nada se interpondría entre ella y ese sueño. Ni Hal, ni su recién despertada atracción por el hombre que podía anular aquel trato por venganza, y, desde luego, no el gilipollas arrogante en quien se había convertido Jacques Lane. De hecho, tal como acababa de ver lo único que podía descarrilar sus planes era ella misma.

Casi había conseguido llegar al ascensor cuando su tacón se enredó en un guardapolvo de plástico y su cuerpo se inclinó hacia delante, destinado al suelo de cemento. Agitó los brazos, pero solo agarró aire polvoriento. La carpeta de documentos y el bolso cayeron al suelo y ella chocó con un pecho firme. El aire salió de golpe de sus pulmones y Jack cargó con su cuerpo hasta que cada centímetro de ella, desde los hombros hasta los muslos, estuvo pegado a una masa firme de músculos duros y flexibles.

En menos de un segundo, había pasado de seguirlo con rabia a la sublime excitación

de un contacto de todo el cuerpo.

Sus músculos se quedaron paralizados.

Su cerebro olvidó las funciones más básicas.

Su argumento, sereno y persuasivo, murió en sus labios.

La envolvió el olor de Jack, vagamente familiar y seductoramente extranjero, un olor limpio, especiado y varonil que desencadenó una cascada de recuerdos emotivos y una inundación de deseo. Su cuerpo la quemaba a través del luminoso chaleco de seguridad amarillo y de la asfixiante capa de cachemir. Cada porción del cuerpo musculoso apretado contra ella le decía algo al cuerpo de voluntad débil de la joven.

Alzó la vista.

Jack bajó la vista.

Sus rostros estaban a centímetros de distancia.

Sus bocas estaban a centímetros de distancia.

Los últimos nueve años desaparecieron de pronto. Harley volvía a tener diecisiete. Tar enamorada del atractivo chico francés de dieciocho años, que le había suplicado que fuera más allá de los besos en aquellas últimas vacaciones de sus familias juntas en Aspen. Aunque él no le había hecho caso, porque el joven Jack tenía escrúpulos, integridad y fuerza de voluntad suficiente para los dos.

Pero la había besado como si ella se estuviera muriendo y le había dado su primer orgasmo, aunque esquivando los persistentes intentos de ella por verlo desnudo y llevar aquello con un ritmo más rápido del que él iba a permitir.

¿Pero aquel otro Jack?

Estaba duro contra el vientre de ella. Tenía las fosas nasales dilatadas, como si él también intentara reaprender los matices del olor único de ella. Sus ojos eran tormentosos, como si recordara los minutos de éxtasis robados al vuelo en aquellas vacaciones familiares compartidas dos veces al año.

Mientras sus padres hablaban de negocios y sus madres tomaban el sol, ella imaginaba que se había enamorado de él.

Hasta el momento en el que había despertado bruscamente con una lección sobre relaciones que había alterado para siempre su punto de vista sobre el mundo. Otra lección de Hal Jacob, la más dura y devastadora de todas.

Jack frunció los labios y ella sintió el aliento de él en su boca entreabierta. Pero él, en lugar de recordarles a ambos la pasión y el calor de aquellos besos que ella tanto había ansiado, la dejó en el suelo.

—Cuidado, princesa. Te puedes romper una uña.

«Bastardo».

Harley combatió la lujuria que la envolvía y se alisó el vestido, que se le había subido hasta la mitad del muslo con el tropezón. Se quitó el odioso chaleco de seguridad y, al ver que Jack se había quitado también el casco, hizo lo mismo.

La tomaba por una chica mimada, que vivía de los fondos de su familia y hacía algún pinito en el sector inmobiliario. La conocía tan poco como ella a él.

¿Y qué si su cuerpo estaba atrapado en el pasado y el torrente tórrido de hormonas que él le provocaba en otro tiempo era más potente que nunca? Eso no significaba nada. Ella

tenía una misión y pensaba cumplirla.

—Escúchame. No permitiré que me dejes de lado. Quiero que me asegures que no retrasarás innecesariamente mi compra del Edificio Morris. Tengo constructores esperando y un plazo fijado para la inauguración.

Tomó sus cosas del suelo, sin hacer caso del bulto de los pantalones de él ni de la mirada dura que le lanzó cuando se cerró la puerta. Una mirada que contenía un calor delicioso, que ella intentó ignorar también.

Jack pulsó un botón del panel, pero el ascensor no se movió, sino que permaneció estático. Igual que su trato.

Él la miró fijamente durante un momento, imperturbable, con las manos en los bolsillos delanteros, como si quisiera realzar su considerable virilidad ante los ojos ansiosos de ella.

«Mira lo que te perdiste».

Harley apartó la vista. Le ardía la garganta, como el resto del cuerpo. De cerca, e cuerpo viril de él mostraba ventajas obvias y considerables sobre el del joven que recordaba. Nunca lo había visto desnudo entonces, pero allí, en el ascensor, quería quitarle algo más que aquella arrogante mueca de la cara.

Sin embargo, ella ya no era una virgen que desconocía los juegos que jugaba la gente y las mentiras que contaba. ¿Y qué si todavía lo encontraba atractivo? Eso no le impediría conseguir lo que quería. Y si había aprendido algo en aquellos nueve años era que el sexo estaba muy sobrevalorado y que confiar en otros para el placer, los negocios o cualquier otra cosa, solo conducía a más decepciones.

Jack se apoyó en la pared del ascensor, observándola y provocándole calor en todos los lugares.

—Estás acostumbrada a conseguir lo que quieres, ¿verdad?

—No —más bien lo contrario. Harley levantó la barbilla—. El Edificio Morris es importante para mí. ¿Podemos arreglar lo del trato? —se apoyó en la pared contraria, con lo que aumentó un poco la corta distancia que los separaba. Aunque eso no le procuró ningún alivio del infierno que sentía entre las piernas ni del golpeteo imparable de su corazón.

Jack entornó los ojos, sin apartarlos de los de ella.

—¿Quieres que nos saltemos normas? —se acercó más, acechante, robando parte del aire del ascensor, al tiempo que la miraba de arriba debajo de aquel modo delicioso que la dejaba sin aliento.

Harley se apoyó en el pasamanos, ganándole un par de milímetros más al potente dominio del espacio de él. Puso los ojos en blanco, luchando por controlar sus hormonas y concentrarse en el negocio.

—Por supuesto que no.

—¿Crees que puedes precipitar un negocio con fallos porque eres una Jacob? ¿Engrasar a alguien? —Jack volvió a invadir el espacio personal de ella.

—Ya te lo he dicho —contestó ella, jadeante, al tiempo que combatía la atracción de su proximidad—. Esto no tiene nada que ver con mi familia. La Fundación Give es mía y solo mía.

El aire, teñido con el olor de él, con su calor, se hizo más espeso. Era casi como intentar respirar sirope.

Jack bajó la mirada a la boca de ella y luego volvió a subirla. Se pasó un instante la lengua por el labio inferior y bajó la voz a un susurro ronco.

—¿Crees que me influenciará nuestro pasado?

A ella le temblaron las piernas y se agarró al pasamanos. ¿Cuánta intimidad física más querría compartir con aquella versión de Jack? Se mordió el labio inferior para no contestar. O peor aún, para no sucumbir al impulso de hacerle callar con un beso.

—¿Crees que puedes presentarte aquí vestida como para una pasarela, deslumbrarme y conseguir lo que quieres?

Ella se sonrojó profusamente. No sabía qué era más fuerte, si el zumbido de excitación entre sus piernas por la proximidad de él, la mirada abrasadora de Jack y el modo en que le recordaba su primer despertar sexual, o la rabia en ebullición que nublabla su visión por las burlas de él.

Tragó saliva para vencer la excitación y se obligó a pronunciar una afirmación que estaba lejos de creer.

—Soy una mujer de negocios experimentada y profesional —dijo. «Cuando no cometes errores sencillos que sabotean mis propios tratos»—. Teníamos un contrato, una promesa, un compromiso de compra venta. Nada más y nada menos.

Se inclinó hacia delante, dispuesta a quemarse con tal de transmitir lo que quería decir.

—¿Esto es algún tipo de venganza? —entornó los ojos y combatió el impulso de lujuria que le provocaba él. Tendría que sentirse ultrajada, escandalizada y furiosa. Pero solo conseguía sentir enojo, eclipsado por el feroz deseo de tener la boca de él en la suya.

Los ojos duros de él brillaron. La tuvo en vilo durante unos segundos torturantes, en los que ella no pudo respirar y el pulso le latía con fuerza en la garganta.

Los dedos de los pies se le curvaron, lo que la acercó unos milímetros más a los labios de él.

Sus alientos se mezclaron.

El aire crepitó entre ellos, caliente y poderoso.

Los ojos de él parpadearon y en las profundidades del iris aparecieron unas chispas familiares. Respiró hondo, como si estuviera a punto de tomar una decisión. A punto de actuar.

—Pide una cita —dijo.

Retrocedió, aparentemente nada afectado por los últimos segundos de atmósfera sexual intensa, y pulsó el botón de bajada.

Harley, en contraste, se debatía al borde de la combustión espontánea. Seguramente había interpretado mal la lujuria que había creído ver en los ojos de él. Quizá porque ella ardía de deseo, había imaginado que él sentía lo mismo.

Aferró el pasamanos, demasiado insegura de la integridad de sus piernas para mantenerse erguida, y se mordió el interior de la mejilla. La despedida de él hacía que quisiera esconderse. Arrastrarse lejos a lamerse las heridas autoinfligidas.

—He intentado muchas veces pedir una cita. De hecho, tu ayudante Trent y yo ya nos tuteamos. Si tienes demasiados compromisos, quizá deberías pensar en contratar más

personal, en dirigir tus asuntos de un modo más profesional.

Él sacó su teléfono del bolsillo y marcó un número, con una mueca de burla en su rostro atractivo.

—Quizá deberías probar mis oficinas de Londres o París. Pero mucho por allí. Tal vez tengas más suerte. Discúlpame, tengo que hacer una llamada.

Se acercó el teléfono al oído y habló en francés. El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas en el vestíbulo.

Jack salió sin mirar atrás y se acercó al mostrador de recepción hablando por teléfono. Una mujer le tendió una chaqueta y se colgó la prenda del hombro.

Harley permaneció en la entrada de baldosas mientras él salía del edificio y subía a la parte de atrás de un elegante Mercedes-Benz que esperaba en la acera.

La habían despedido otras veces. Y también menospreciado, ridiculizado y apartado. Jamás se había acostumbrado a ello. Y de Jack Demont sí se lo esperaba. Después de todo, ella lo había despedido en una ocasión.

Y además, toda la culpa era de ella.

Quizá Hal tuviera razón. Quizá perdía el tiempo. Siguió a Jack al exterior mientras escribía un mensaje a su chófer. Sus padres habían instigado la guerra entre los Lane y los Jacob y Harley había puesto en peligro su ventaja táctica, pero no perdería aquella batalla con Jack sin luchar.

Capítulo 2

Jack desconectó la llamada y arrojó el teléfono sobre el asiento, a su lado.

—A casa, por favor, Will.

Apretó los labios y maldijo en silencio.

Jack respiró intentando obligar a su cuerpo a obedecerle. Estaba excitado, a su pesar, desde que había visto a Harley con el pelo rubio platino aplastado por aquel ridículo casco naranja y sus curvas voluptuosas ocultas apenas por el chaleco de seguridad y el vestido modesto de lana que la cubría desde el cuello hasta la rodilla, con expresión confusa y atónita, a la que siguieron rápidamente chispas de fuego en sus ojos.

Y luego la había tocado, no intencionadamente, pues al principio se había esforzado por tener las manos a los costados y combatir el impulso de extender el brazo para ver si su piel era tan suave y fragante como la recordaba. Pero después ella le había caído literalmente en los brazos y se había pegado a su cuerpo.

Su delicado aroma era un afrodisíaco y su mirada le suplicaba que volviera a besarla. Igual que había hecho con diecisiete años. Jack se movió para intentar paliar el dolor acerado en su entrepierna.

A la mierda con su integridad y su sentido del honor. Se había contenido entonces, sin llegar a explorarla como quería, para ver si la pasión que ardía en sus ojos se podía convertir en un infierno de llamas. Porque ella lo había dejado inesperadamente. Sin explicaciones ni remordimientos.

Y su vida se había convertido en una mierda. Jack se pasó una mano por la cara y tragó saliva, y con ella una ola de amargura.

¡Qué idiota había sido! A muchos niveles. Su ingenua creencia de que tendría tiempo para explorar su relación de amistad con Harley. Su estúpida convicción de que ella lo quería y su absoluta falta de entendimiento en lo relativo a las complejidades de las relaciones.

Cerró los ojos. Hasta la misma palabra le producía un regusto amargo. Inspiró y forzó a su cuerpo a recuperar el control. Pero sin la distracción visual de lo que le rodeaba, sus recuerdos se amplificaron.

La sensación de la cercanía de ella en el ascensor. Sus curvas suaves apretadas contra él, inundando su cuerpo de vida renovada, como si hubiera estado muerto todos esos años y ella lo hubiera resucitado con una descarga de cuarenta mil voltios. Sus pezones empujando a través de la lana fina del vestido. El movimiento embaucador de su lengua rosa lamiendo sus labios llenos. La piel cremosa inmaculada sonrojada por... ¿excitación o solo rabia?

«Para ya».

Se pasó la mano por el pelo. A ese paso, tendría que soportar seguir empalmado hasta que entrara en su edificio y se diera una ducha fría.

Por supuesto, sabía que ella aparecería en algún momento. Lo sabía desde el momento en el que había descubierto que la directora ejecutiva de Give, la empresa que quería comprar un edificio viejo del Bronx, era la chica que le había roto el corazón de joven.

Pero había subestimado como un idiota el impacto de volver a verla. Incluso con el casco, los poco prácticos zapatos y la agresividad, seguía siendo tan increíblemente hermosa rodeada de polvo de obra como había sido a los diecisiete años.

Y más todavía, porque había madurado y ahora era una mujer sofisticada y, por lo poco que había visto ese día, también hábil y decidida. Muy mujer, con curvas que despertaban impulsos primitivos en él, pero con los rasgos de su exquisito rostro formando un recuerdo agrisado de su ingenuidad juvenil.

Pero ya no era un adolescente enamorado. Y Harley le había enseñado su primera lección en relaciones, que el amor se evaporaba tan rápidamente como aparecía y no significaba nada.

El divorcio de sus padres, que había seguido casi de inmediato a la riña entre su padre y el de Harley, había sido la segunda lección y la vida que conocía hasta entonces había cambiado para siempre.

Lanzó una maldición. Intentaba no pensar en aquella época, pero Harley había removido algo más que su libido.

Su padre nunca se había recuperado del todo de la ruptura de sus negocios conjuntos con Hal Jacob ni del final de su matrimonio. Y Jack había jurado no ser nunca tan vulnerable como para exponerse a ese nivel de devastación y había luchado mucho desde entonces por sobrevivir a la destrucción de lo que antes era su familia feliz y forjarse una carrera independiente de los negocios en quiebra de su padre.

Había logrado lo que tenía asumiendo el control de su vida, tomando decisiones y prescindiendo de sentimentalismos que no conducían a nada.

Se frotó los labios, que todavía le cosquilleaban. Había estado a punto de besarla. ¡Que narices!, había estado a punto de subirle aquel vestido de punto que no mostraba nada y penetrarla en el ascensor.

Se crujió los nudillos para evitar golpear el panel de madera de la puerta. En otro tiempo había sido un chico estúpido, un soñador. Pero no permitiría que esa atracción sexual residual y francamente irrelevante volviera a apoderarse de él, aunque fuera claramente recíproca.

Harley podía ocultar la respiración jadeante y el pulso errático tan poco como podía ocultar él que estaba empalmado.

La química que había todavía entre ellos también la afectaba a ella. Quizá quería algo más de él que el Edificio Morris. Tal vez anhelara probar lo que antes había apartado de sí despiadadamente.

Jack resopló. En su mente empezaba a instalarse una idea que no le disgustaba.

Un juego.

Un interludio mutuamente satisfactorio que cumpliera un doble propósito: Mostrarle a Harley lo que se había perdido y rascar aquel picor insistente que se producían mutuamente.

Solo que esa vez tendría él el control, como hacía siempre. Él pondría el tablero de

juego y las reglas.

Pensar en Harley recluido en un vehículo que avanzaba lentamente ponía a prueba su normalmente abundante paciencia. Pero también se podía canalizar hacia su objetivo. Tomó el teléfono para llamar a su ayudante.

Se saltó cualquier preámbulo cortés. Ya se disculparía cuando mejorara su humor y desapareciera la imagen de Harley de su cabeza.

—Averigua si Give tiene alguna relación con Jacob Holdings —dijo.

Se había jurado hacía tiempo no hacer nunca negocios con Hal Jacob, el hombre que había destruido profesionalmente a su padre y le había robado la confianza necesaria en sí mismo para tomar buenas decisiones. Era una promesa que pensaba cumplir, a pesar de la respuesta de su cuerpo ante Harley.

—Sí, señor. Ya hemos revisado eso —le recordó Trent.

—Vuelve a hacerlo.

Jack no cometería los errores que había cometido su padre. Si la fundación de Harley tenía alguna relación con Hal Jacob, se aseguraría de que el trato del Edificio Morris siguiera estancado.

No le había mentado. Había irregularidades en el contrato que había que aclarar. Pero así le había hecho un regalo que aprovecharía plenamente si descubría que ella podía ser tan engañosa como su padre.

—Emplea a un investigador industrial. Quiero que no pasemos nada por alto.

Uno de los lujos de presidir una multinacional era la envidiable posición de poder seleccionar cuidadosamente a sus socios de negocios y clientes. Un lujo que satisfacía su necesidad de control. Había trabajado demasiado para dejarse gobernar por la polla.

¡Qué coño!, quizá necesitaba un polvo. Se había descuidado en los últimos meses, desarrollando sus contactos en Nueva York, alquilando oficinas y buscando el apartamento apropiado para reformar que sirviera de muestra para sus clientes de arquitectura.

Y no había pasado los últimos nueve años viviendo como un monje. Llevaba una vida plena, satisfactoria en lo personal y en lo profesional. Había cumplido las promesas que se había hecho a sí mismo. Sus negocios iban viento en popa y las mujeres ocupaban un segundo plano en su vida, gratificante pero siempre temporal.

—Señor Demont —dijo Trent—. El señor Lancaster está en la ciudad. Ha enviado un entrada para una función de esta noche. Le gustaría que asistiera con la señorita Noble y con él.

Perfecto. Eso era lo que necesitaba. Salir con su primo y la prometida de este a algún lugar glamuroso donde hubiera muchas mujeres atractivas. Mujeres lo bastante hermosas para alejar el recuerdo de los pechos de Harley apretados contra su torso y de los latidos de su corazón resonando contra el de él.

—Envíame la entrada. Y dile al señor Lancaster que asistiré —le daba igual de qué función se tratara. Necesitaba una distracción pronto. Hacía meses que no tenía a una mujer en su cama. Demasiado tiempo.

Al pensar en sexo, su mente se llenó de imágenes de Harley. El pelo rubio de ella esparcido por la almohada, su cuerpo desnudo envuelto en las sábanas, su exquisito

aroma pegado a la ropa de la cama mucho después de que se hubiera ido...

A ese paso iba a tener que masturbarse antes de salir de su apartamento. Se pasó una mano por el pelo. ¿Por qué no se había preparado para el encuentro con ella? Tendría que haber adivinado que a ella no le gustaría que paralizara la venta mientras su equipo investigaba el error que habían descubierto en el último momento. Un error que habían visto que partía de ella.

Era típico de Harley que eso no le gustara. Y con una familia que poseía ya la mitad de Manhattan, era normal que se presentara a exigir lo que creía merecer.

Pero él no tenía ninguna intención de ceder ante la princesa mimada sin hacer preguntas. No se fiaría de Hal Jacob y no cometería el error de su padre de enredarse en un trato con Jacob Holdings.

Había sido testigo de los devastadores efectos colaterales de esa decisión. Ese error de cálculo le había costado a su padre la autoestima, sus negocios futuros y hasta su matrimonio.

Jack achacaba su éxito en los negocios a su determinación de apartarse de la sombra de su padre, incluso de cambiarse el apellido de este y volver al de soltera de su madre para mantener sus negocios separados, no mancillados por la asociación con Hal Jacob.

Bajo ningún concepto permitiría que su polla lo llevara de vuelta a ese nido de víboras. No. Esa vez Harley Jacob estaría donde él la quería: bajo contrato o debajo de él, si quería probar lo que se había perdido.

El coche aparcó al lado de la acera de su edificio de apartamentos de Midtown y Jack entró en él, impaciente por darse una ducha que lavara el recuerdo de Harley de su mente y el olor persistente de ella de su ropa.

Cuando salió de su ascensor privado en la última planta, se detuvo de golpe y el corazón le golpeó con fuerza contra las costillas.

Harley.

¿Cómo había llegado antes que él?

Estaba sentada en el sofá de dos plazas que había al lado de la puerta del ático, con los ojos fijos en el ascensor y en él.

Jack volvió a empalmarse en cuestión de segundos.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Harley se levantó aleteando las pestañas.

—Algunas personas llamarían a esto acoso —dijo él, aunque no podía negar que la insistencia de ella incrementaba su interés. ¿Buscaba algo más que su precioso edificio?

—Te he buscado en internet y le he dado una propina al portero —ella se encogió de hombros. Obviamente, era la hija de su padre y no le importaba saltarse la ética para conseguir lo que quería.

Pero había madurado. Y él quería arrastrarla a su casa y enseñársela, empezando por el dormitorio. ¡A la mierda con el dormitorio! Le quitaría el vestido, la tumbaría en la mesa minimalista de superficie de pizarra importada de Francia y se bajaría al pilón hasta que gritara el nombre de él y olvidara el suyo propio. Le daría algo que le resultara difícil rechazar.

—Voy a salir enseguida. Sé breve —dijo. Pasó la tarjeta llave por el lector y se hizo a ur

lado para que entrara.

La joven se detuvo en la entrada y pasó la vista por el espacio como si él la hubiera invitado allí y tuviera todo el derecho a tocar la casa de Jack con sus ojos hermosos y perspicaces.

Jack aprovechó ese tiempo para recorrer con la vista las curvas de ella, deteniéndose en el voluptuoso trasero, que, a pesar de que lo ocultaba el vestido, se adivinaba alto y musculoso. Gimió interiormente y su polla se crispó con renovado entusiasmo.

Harley se echó hacia atrás el cabello plateado y sedoso con un movimiento y alzó una ceja. Jack apartó de su mente la imagen de ella desnuda a cuatro patas delante de él y la precedió a la sala de estar, donde dejó la chaqueta del traje en el respaldo del sofá.

Sabiendo que estaba detrás de él, valorando sin duda la decoración o las vistas desde las ventanas, notó que se ponía tenso. Estaba orgulloso de su casa. El apartamento de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados era anterior a la guerra, pero él lo había renovado con un gusto por lo moderno, aunque reteniendo algunos rasgos originales, algo que a juzgar por su clientela cada vez más numerosa, gustaba bastante.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

¿Qué hacía allí? ¿Pensaba que cambiaría de idea tan fácilmente y firmaría un contrato defectuoso solo porque ella era un miembro de la realeza inmobiliaria? O quizá pensara que seguía siendo el bobo enamorado de otro tiempo y estaba dispuesto a darle todo lo que deseara.

—No, gracias.

Jack sacó una botella de agua sin gas del frigorífico, le quitó la tapa y se la bebió de tres tragos, deseando por un segundo que fuera whisky escocés. Pero lo último que necesitaba era bajar sus defensas físicas con Harley. Ya estaba demasiado cerca de mostrarle lo que se había perdido todos esos años.

Y ella lo miraba como si quisiera esa demostración, lo cual hacía que a él le resultara cada vez más difícil ignorar las hormonas que rugían por sus venas. ¿Pero no había estado prometida? Recordaba vagamente haber visto algo en las páginas de sociedad. Seguramente habría encontrado a algún hombre que contara con la aprobación de la familia Jacob y con el que se lo habría pasado bien.

El agua le sentó mal y sintió un sabor amargo en la garganta. Miró el dedo anular de ella y vio que no llevaba anillo. Apartó la vista. No era asunto suyo. Si ella iba allí a buscar sexo, ¿quién era él para negarle el polvo de su vida?

—Te has cambiado el nombre —ella lo miraba nerviosa. Después de todo, eran desconocidos.

Nueve años atrás, no había hecho ningún esfuerzo por acabar con él con gentileza, seguir siendo amigos o mantenerse en contacto. Y Jack había canalizado su disgusto por el despiadado padre de ella y su impotencia por el hundimiento de su familia en ambición y determinación de triunfar por sí mismo. Había intentado olvidar a los Jacob y esa época tumultuosa de su vida. Olvidar a Harley.

Se encogió de hombros, observando la figura inmaculada de ella. ¿Cómo estaría la heredera desatada por el placer, arrugada y satisfecha?

—Fui a la universidad en Inglaterra. Jacques se anglicanizó con los años.

—¿Y Demont? —ella se lamió los labios.

Los ojos de él siguieron el movimiento de la lengua de ella y la sangre fluyó a su entrepierna. Tenía que echarla de allí antes de que él le ofreciera a esa lengua otra tarea que cuestionar su intento de ser un hombre mejor que su padre.

—El apellido de soltera de mi madre. Una decisión de negocios —Jack levantó la barbilla, retándola.

Harley asintió con gesto pensativo. Luego enderezó los hombros y lo miró a los ojos.

—Oye, quiero que sepas que pienso convertir el Edificio Morris en una escuela. Una escuela especial.

Se sonrojó, lo cual aumentó su atractivo. ¿Se sonrojaría de ese modo al llegar al orgasmo? ¿La avergonzaba ir allí a suplicarle? ¿O le costaba suplicarle a él porque lo consideraba un hombre por debajo de ella?

Fuera como fuera, él quería acercarse y ver las chispas de sus ojos cuando arremetía contra él convertidas en calor abrasador cuando la besara como le había suplicado con la vista que hiciera antes en el ascensor. «Eres un bastardo enfermo», pensó.

—Gritándome no has conseguido nada, ¿y has pensado que probarías la culpabilidad? —Jack se acercó más y la llamarada de los ojos de ella le produjo una descarga eléctrica en el pecho—. Dime, si me resisto un poco más a tus exigencias, ¿puedo esperar una ofensiva sexual completa? —aunque eso no le importaría. Aceptaría ese... incentivo, si era así como ella planeaba salirse con la suya.

De hecho, si quería jugar con ella, sus tácticas se lo ponían fácil. Sexo vengativo podía ser justo lo que necesitaba. Por supuesto, se aseguraría de que ella también lo disfrutara. ¿Quizá incluso se enamorara de él? Así podría dejarla plantada sin vacilar, como había hecho ella.

¡Cuánto debía de odiar acudir precisamente a él con humildad y tan obviamente excitada que no podía evitar mirarle la entrepierna cada pocos minutos!

La mano de Harley se contrajo y él casi esperó que le diera una bofetada.

—Te has convertido en un gilipollas integral —dijo ella. Entornó los ojos y adelantó un poco la cadera.

Jack se encogió de hombros, impermeable a los insultos. Le había hecho mucho más daño nueve años atrás. Lo había apartado de sí sin ninguna explicación, dejando que la buscara él solo mientras su vida se hundía a su alrededor.

De hecho, le había hecho un favor, pues su rechazo había contribuido a formarlo, a clarificar sus prioridades y poner las bases de todas sus relaciones futuras con el sexo opuesto, que habían sido, sin excepción, en los términos marcados por él.

—Aunque no sea asunto tuyo, mi plan es hacer una escuela para disléxicos —ella vaciló al pronunciar la última palabra, pero luego levantó la barbilla y sus ojos se endurecieron.

«¿Y por qué una escuela para disléxicos?», pensó Jack.

—Hay muchas escuelas para disléxicos —contestó. El instinto le decía que el Edificio Morris era más que importante para ella. Era algo personal.

«Esto se pone interesante».

—No en el Bronx —ella apartó la vista.

Jack se moría de ganas de levantarle la barbilla, de verle los ojos, por si había imaginado los destellos que indicaban que estaba a la defensiva. Sentía la piel tensa, como si llevara mucho tiempo inmóvil. Incapaz de resistir la fuerza de atracción, cruzó la distancia que los separaba.

Los ojos vigilantes de ella se agrandaron. Entreabrió los labios. Respiraba entrecortadamente y sus pechos respingones subían con cada inhalación.

—¿Por qué has venido, Harley? —si había ido a hacerle bailar al son que ella quisiera tocar, la echaría a patadas. ¡Qué narices!, de todos modos tendría que echarla, porque cuanto más tiempo permaneciera allí, más difícil sería intentar no darse cuenta de que ella lo desnudaba mentalmente con aquellos ojos grandes.

Algo en él le exigía actuar.

—Yo... —el pulso vaciló en el cuello de ella, que bajó un poco los párpados.

El cuerpo de Jack se tensó y se puso en alerta máxima, una consecuencia de la proximidad de ella y un efecto secundario de su imperiosa necesidad de volver a tocarla. Se concentró en la boca, cuyos labios entreabiertos emitían unos jadeos que llamaban a su polla.

—¿Has venido a por una muestra de lo que podía haber sido? —preguntó.

Dio otro paso.

A ella le brillaron los ojos, convertidos en piscinas profundas en las que un hombre más débil se ahogaría sin remedio. Pero él jamás volvería a perder la cabeza. Estando tan cerca, las pupilas de ella se dilataron al mirarlo. ¿Imagino él el arrepentimiento que creyó ver en las profundidades de los ojos de ella? Era menos evidente que la excitación que ella no podía ocultar.

¿Había ido a explicarle por qué había roto con él? Lo último que necesitaba era oír una justificación tardía.

Se dispuso a darse la vuelta. Aquel viaje por los recuerdos había terminado. Mejor dejar el pasado tranquilo. Después de todo, él había seguido adelante. Y aquella heredera reservada, cultivada, sofisticada y dotada, era una desconocida para él.

—Tienes que irte. No conseguirás lo que has venido a buscar —a menos que quisiera un polvo por los viejos tiempos.

Harley le tocó el brazo. Cerró la distancia que los separaba y le clavó los dedos. Alzó la cara hacia la de él.

El cuerpo tenso de él actuó por instinto. Fue una liberación de frustración almacenada lo que le hizo extender los brazos hacia ella.

—Sí —siseó la joven, segundos antes de que la boca de él cubriera la suya, tragándose el pequeño gemido que soltó. Jack se apretó contra ella, alentando la conexión inflamable que había cobrado vida antes en el ascensor.

Cuando ella enredó los dedos en el pelo de él y abrió los labios, dando acceso a la lengua de él, una niebla cubrió el pasado.

Jack no necesitaba confiar en ella para disfrutar de la sensación de su cuerpo. Y ella estaba allí con él, sucumbiendo a la química, con ambos compenetrándose tan bien como el café con la leche.

Los gemidos suaves de ella lo golpeaban en el vientre y volvían pesados sus testículos.

Harley clavó los dedos en el pelo de él y se apretó contra su cuerpo como había hecho en el ascensor, pero esa vez su cuerpo se retorció, como si ella también intentara apagar un fuego insaciable en su interior.

Quizá llevara tanto tiempo sin sexo como él.

Jack le agarró el trasero para acercar el núcleo caliente de ella a su polla tesa y la apretó contra sí, algo que, a juzgar por el grito entrecortado de ella, dio placer a los dos. Él prácticamente podía sentir la humedad de la joven a través de la ropa.

Lo deseaba tanto como él a ella. ¿Por qué esperar? ¿Por qué negarse aquello? ¿Por qué no satisfacer aquella necesidad mutua? Sin compromisos.

Buscó el dobladillo del vestido y subió la mano por el muslo desnudo de ella. La suavidad sedosa de su piel era como un mapa de carretera que lo guiara hasta el hogar. Ella se movió para abrirse y darle el acceso que buscaba. Seguía con él. En la misma onda.

Cuando los dedos de él acariciaron los suaves labios a través del encaje de las bragas, ella dio un respingo y se apartó del beso para mirarlo mientras él movía los dedos adelante y atrás, aumentando poco a poco la presión.

Estaba claramente tan excitada como él. Casi no la había tocado, pero tenía las bragas empapadas y los ojos suaves y pesados de deseo. Jack se apretó contra la cadera de ella, dejando claras sus intenciones.

—¿Recuerdas tu primer orgasmo? —preguntó. Introdujo el dedo índice a través de la lencería y la encontró mojada, hinchada. Preparada.

Harley asintió. Sacó la lengua y recorrió con ella el arco de Cupido de su labio superior.

—Dímelo —era un examen. ¿Se acordaba de verdad? ¿Había significado tanto para ella como para él, o ella había estado desesperada por largarse?

Harley puso los ojos en blanco y abrió la boca en un respingo entrecortado cuando él localizó el clítoris y rozó la protuberancia de nervios con la punta del dedo. La humedad de ella le bajó por los dedos y le abrió los muslos con las piernas para acercarse más a su centro. Cuando llegó adonde quería, con dos dedos dentro del calor espeso de ella y el pulgar centrado en su clítoris, Harley abrió los ojos con una mirada embaucadora.

—Dime que lo recuerdas —dijo él. Ella tendría lo que quería cuando él tuviera la confirmación de que le había importado algo, aunque hubiera sido brevemente.

Pero, mierda, ella era muy receptiva. Le temblaban los muslos, que golpeaban los dedos de él como si le faltaran segundos para correrse en su mano. Igual que la primera vez que la había hecho correrse, apagó sus gritos en el hombro de él.

Casi no podía hablar. Su voz susurrante se mezclaba con gemidos que se correspondían con el ritmo de los dedos de él.

—Estábamos en el... hotel, en Aspen. Dijiste... que harías que el siguiente fuera mejor. ¡Oh!

Jack se sintió victorioso e incrementó el ritmo del pulgar. Ella contuvo el aliento y echó la cabeza hacia delante. Se aferró a él y le clavó las uñas en el brazo al agarrarse con fuerza. Su sexualidad desinhibida era un sueño húmedo hecho realidad.

El deseo de él había aumentado de tal modo que buscó el preservativo más próximo, reacio a apartarse demasiado de aquel punto antes de entrar en ella.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron hasta un punto de ruptura. Se acercó más

y frotó su erección en la unión de sus cuerpos contorsionados.

—Entonces era un crío —torció la muñeca, introdujo más los dedos y los curvó para frotar las paredes de ella—. Ya no lo soy.

Para ser la primera vez, se había sentido muy orgulloso de haberle dado un orgasmo. Pero desde entonces se había vuelto más diestro y nunca había tenido quejas. Si ella quería, le mostraría todo lo que había tirado por la borda.

Sin sentimientos.

Sin enredos.

Y al igual que ella, sin disculparse cuando llegara el momento de alejarse.

—Mírame, Harley. Mírame y este será mejor.

Ella alzó la cabeza, con los ojos pesados por la lujuria. Jack le agarró un pecho con la mano libre y rozó con el pulgar el pezón erecto a través de la frustrante capa de lana.

Apretó los dientes. No era eso lo que quería. La quería tumbada y desnuda para poder tocar cada centímetro de su cuerpo sexy. Quería acariciar cada parte de ella con la boca. Lamer y chupar hasta que ella se corriera con la fuerza de un cohete y gritara su nombre. Deseaba tanto estar dentro de ella, que tuvo que morderse la mejilla para recordarse que no conocía a aquella mujer, aparte de su destreza para hacer que se corriera.

Pellizcó el pezón y lo retorció entre los dedos.

—Sí —ella abrió mucho la boca.

La euforia le inundó la sangre a él. Ella estaba muy cerca. Se correría para él, igual que la primera vez. La miró a los ojos. Oía un rugido en su cabeza que lo dejaba sordo a todo lo que no fueran los gemidos frenéticos que hacía ella al acercarse cada vez más al orgasmo.

Empezaba a sentir calambres en la mano, pero moriría antes de parar. Había algo primitivo en él que le exigía que le diera un orgasmo, que le mostrara así el hombre en el que se había convertido.

—Bésame —su voz ya no era la de siempre. Era ronca, retadora. Pero le conseguía lo que quería.

Harley gritó, le puso una mano en el cuello y tiró de él con brusquedad hacia su boca. Su lengua se encontró con la de él y ambas empezaron a avanzar y retroceder, cada roce tan perfecto como la primera vez que se habían besado, cuando la excitación de las primeras veces eclipsaba la torpeza.

Pero ya no había torpeza. Él ya no era un adolescente titubeante y ella era una mujer retorciéndose al borde del clímax.

Harley apartó la boca y se aferró a él con mirada salvaje.

—Jacques... yo...

Cuando oyó su nombre francés, él gimió. Los agris dulces recuerdos que eso desató acentuaban su necesidad de estampar en ella su marca como Jack Demont, no como el prescindible Jacques Lane.

Harley lo besó con frenesí y luego apartó una vez más la boca, y el orgasmo la lanzó contra la pared cuando gritó con una expresión salvaje en los ojos. La sacudían espasmos y montaba la mano de él con sublime abandono.

«Mierda. Perfecto».

Jack mantuvo el contacto. Su mano fue frenando, pero no se apartó de entre las piernas de ella y su pulgar rodeó el pezón de ella. Harley se retorció todavía en torno a sus dedos, con el cuerpo laso en sus brazos y respirando despacio.

Al fin le apartó las manos y él la soltó. Ella se sonrojó con ojos adormilados y una sonrisita de satisfacción estiró su boca roja e hinchada.

A apoyó la frente en el pecho de él en un gesto tan familiar que él reculó mentalmente y apretó el cuerpo a lo largo del de ella.

«Solo sexo».

—Soy un hombre de palabra, Harley —ella no podía negar que había disfrutado y, cuando la penetrara, volvería a darle placer.

La joven suspiró de satisfacción.

—Ya veremos —murmuró en la camisa de él.

Jack se quedó inmóvil. ¿Había oído bien?

Retrocedió y la agarró por los antebrazos hasta que ella quedó erguida, soportando su propio peso.

—¿Qué has dicho?

El sonrojo potsorgásmico de ella se oscureció, pero levantó la barbilla.

—He dicho que veremos. Desde luego, no has cumplido tu palabra con la venta del Edificio Morris.

Los testículos de él se encogieron con tanta rapidez como si le hubiera dado un rodillazo en la entrepierna. Una película roja cubrió sus ojos. Siempre había asumido que eso era una exageración, pero no, definitivamente veía rojo. Y estaba furioso.

¿Conque ella dudaba de su integridad, de su profesionalidad y seguía culpándolo del retraso a pesar de que el error era suyo?

Movió la cabeza. ¡Qué tonto era! Retrocedió. Su erección estaba bajando.

—Soy mi propio jefe. Yo tomo las decisiones y elijo con quién hago negocios. La cagada en el contrato de Morris salió de tu oficina. Apretó los dientes hasta hacer crujir el esmalte.

Harley se bajó el vestido con ojos llameantes.

—Ya te dije que Give no tiene nada que ver con Jacob Holdings. Yo también soy mi propia jefa —sus ojos llameaban, pero el sonrojo coloreaba sus mejillas y apartó la vista—. Metí la pata con el papeleo, supongo. Pero tú y yo no somos tan diferentes —recogió su bolso del suelo y lo miró de hito en hito—. Estás tan desesperado por disociarte de tu padre y del desastre que hizo con sus negocios, que te cambiaste el nombre.

Jack apretó los labios y respiró con fuerza.

Quizá imaginó el arrepentimiento momentáneo que vio en la cara de ella. Fuera como fuera, había terminado. Aquello, lo que quiera que hubiera sido, se había acabado. Se volvió e intentó afianzarse en su resolución. Apretó el puño. La frustración por su estupidez tensaba todos los músculos de su cuerpo. ¿Cómo se había dejado cegar de ese modo? Harley era una Jacob. Sabía tanto de él como él de ella, pero ya lo había embetunado con el cepillo de su padre. Lo había utilizado para correrse y luego lo había insultado. Obviamente, tenía la misma baja opinión de él que nueve años atrás.

Al menos el oportuno recuerdo de la desconfianza que había entre ambos lo había

curado por fin de la erección. Se volvió, procurando que su rostro no expresara nada. El mejor consejo que le había dado nunca su padre: no mostrar debilidad. Aunque él no era débil profesionalmente. Solo en relación a su polla y Harley Jacob.

—Bien, supongo que los dos tenemos algo que probar —dijo.

Necesitaba aquel negocio tanto como un agujero en la cabeza. Había sentido tentaciones de renovar el Edificio Morris personalmente. Y el trato seguiría paralizado hasta que se resolviera el problema y estuviera seguro de que Hal Jacob no tenía nada que ver con él.

—Mis abogados se pondrán en contacto con los tuyos cuando esté satisfecho de que el error ha quedado subsanado —dijo. Se aflojó la corbata—. Si tenías tanta prisa, deberías haber tenido más cuidado y evitado errores.

La mirada llameante de ella siguió el camino de los dedos de él cuando se desabrochó la camisa, pero la satisfacción duró poco.

—Voy a darme una ducha. Ya conoces la salida.

A pesar de utilizar agua muy fría, no pudo lavarse el olor de ella, que se pegaba a él como si se hubiera rociado con él de la cabeza a los pies. Tampoco podía olvidar la expresión dolida de ella cuando él se alejaba, dejando que la princesa se recompusiera y se marchara sola.

Capítulo 3

El *loft* 333 en Chelsea, un espacio industrial chic en el corazón del Garment District, era el lugar ideal para un desfile de moda privado en el que participaban algunos de los diseñadores nuevos más interesantes de Nueva York. Harley emergió de la improvisada zona entre bastidores al espacio cavernoso, que vibraba con el ruido sordo de música tecno, con la iluminación caleidoscópica rebotando en las paredes inmaculadamente blancas.

Un zumbido en las sienes amenazaba con convertirse en el final perfecto y apropiado del día más horrible.

Y todo por culpa de Jack.

Empezando por la cabezonería que le había hecho anular la firma del contrato, siguiendo porque había estropeado sus zapatos favoritos en la obra de él y terminando con que la había echado sin ceremonia de su apartamento.

No podía echarle la culpa de haberse rendido a la feroz atracción sexual que sentía por él, eso era culpa suya. Lo había seguido hasta su casa, prácticamente se lo había tirado con la vista y luego había cabalgado desvergonzadamente su mano hasta el orgasmo.

Sí. Todo culpa suya.

En un esfuerzo por dejar de pensar en los besos exigentes y voraces de él, y en su excepcional virtuosismo con las manos, observó el local con ojo crítico y expectativas altas. Miró las hileras de sillas llenas, los camareros elegantemente vestidos y la exhibición audiovisual de la pantalla grande.

Lástima que hubiera fracasado en su esmero con el contrato Morris. Suspiró y se hundió más en las sombras.

Una parte de ella, la antigua Harley, se resistía a su éxito. Sí, había tenido todos los privilegios posibles. Pero sin el equipo que tenía detrás, sin su ayudante, su competente encargada y sus hermanos, la dislexia implicaba que tenía que luchar con lo más básico.

Para los que no la conocían, lo tenía todo. Y sin embargo, planificar sola el desfile de esa noche, las listas, el orden de salida, las hojas de cálculo con lo que llevaría cada modelo y de qué diseñador, bastaba para que le explotara la cabeza.

Jack tenía razón. Solo ella tenía la culpa de haber saboteado el contrato de Morris. Había fracasado una vez más. Se había boicoteado ella misma.

Se apoyó en la pared, manteniendo un perfil bajo. Casi nunca presumía de sus desfiles. Su marca de moda, el único aspecto de su vida que le causaba satisfacción, lo era todo para ella, pero había decidido desde el principio que no usaría el apellido Jacob para hacerse publicidad, hacer contactos ni engrasar los peldaños de la escalera del éxito. Si triunfaba en una industria que era competitiva, a menudo voluble y siempre cambiante, sería solo por sus méritos.

Y el proceso creativo, desde hacer los bocetos de un diseño nuevo hasta coser uno de

muestra y darle después un estilo propio, era lo que más orgullo le proporcionaba. Al menos era buena en algo.

Pero no estaba allí para ver desfilar sus diseños.

Tomó una copa de champán de una mesa llena de ellas y localizó un rincón tranquilo y oscuro desde el que ver el desfile.

El colectivo de jóvenes diseñadores emergentes a los que orientaba había trabajado incansablemente durante meses preparando aquel desfile y ella estaba allí para apoyarlos, pues sabía de primera mano la importancia de recibir un empujón al comenzar a subir la escalera del éxito. La industria de la moda era tan despiadada como cualquiera de los negocios de Hal Jacob.

Soltó un resoplido. Ella había aprendido con el maestro. No porque Hal hubiera dedicado nunca tiempo a su educación, ya que había preferido arreglar con dinero lo que él llamaba «el problema de su hija».

Harley había sabido desde una edad temprana que era diferente. Pero no había tenido un diagnóstico que explicara sus dificultades durante toda la primaria, hasta los doce años, cuando ya no había podido ocultar más tiempo que algo le ocurría y una profesora especialmente intuitiva había sugerido a sus padres que le hicieran pruebas formales. Hal no había aceptado el diagnóstico, había negado la etiqueta y preferido contratar a una serie de tutores que hicieran pasar por el aro a su «poco motivada» hija.

La dislexia afectaba de distinto modo a las personas. Harley tenía que luchar con todo el espectro de retos. El hecho de que hubiera aprendido estrategias para enmascarar sus limitaciones había retrasado la confirmación de su diagnóstico hasta que estaba en sexto curso. Para entonces se había convertido ya en la oveja negra objeto de burla y socialmente aislada de su familia de triunfadores y en constante objeto de decepción para Hal.

Harley tragó un sorbo de champán para ahogar la vergüenza y la humillación. Pasó la punta del zapato por el suelo de parqué, maldiciendo su estupidez con el papeleo del Edificio Morris.

Lo había revisado una y otra vez, hasta que le lloraban los ojos y le aullaban las sienas. Después se lo había pasado todo a su ayudante. No culpaba a Alice. El error era todo suyo. Y estaba acostumbrada a cometer los errores más sencillos. ¿Pero por qué tenía que haber sido con el contrato de Morris? ¿Por qué con él?

Quizá eso explicaba que se hubiera mostrado más grosera que de costumbre. Se sonrojó al recordar cómo la había mirado Jack cuando había cuestionado su integridad. Obviamente también había heredado la lengua cruel de Hal.

Se pasó la mano húmeda por el vestido ceñido, una prenda sencilla de seda negra cortada al bias. Elegante, intemporal y modesto. O, como decía Hannah, su hermana melliza, aburrido. Pero Harley prefería no destacar.

Observó a las doscientas personas del público mientras sorbía champán para alejar los demonios que acechaban bajo su exterior refinado. Aunque sus ojos estaban fijos en el desfile, su mente deambulaba.

Volvía a Jack.

Su sorpresa inicial al volver a verlo había desaparecido rápidamente. Se había

impuesto su irritación por el retraso en la venta del Edificio Morris. Pero los momentos robados esa tarde en su apartamento formaban una película continua que se representaba en bucle detrás de sus ojos, un momento fuertemente erótico, libidinoso, que revivía una y otra vez.

Seguramente habría agotado su suministro de hormonas femeninas, ¿no? Se movió un poco, juntó los muslos y apoyó la espalda en la pared por si se deslizaba al suelo en un charco de lujuria.

Igual que la primera vez que la había tocado íntimamente, él había tomado posesión de su cuerpo y la había vuelto del revés, la había conducido con tanta fuerza a un orgasmo intenso, que ella había visto literalmente las estrellas.

Nunca había conocido nada igual. ¡Qué manos tan talentosas las suyas!

Tragó saliva, con el rostro sonrojado y acalorado. Por supuesto, había habido algún hombre más desde él. No muchos, pues su problemática adolescencia había dado paso a unos años decepcionantes en la época en la que la mayoría de las chicas extendían sus alas sexuales. Harley había estado demasiado absorta venciendo su dislexia lo suficiente para probarle a su padre que se equivocaba y sacando su título universitario, aunque en una materia que Hal consideraba más una afición que una profesión: el diseño de moda.

Incluso había estado a punto de casarse, de nuevo en un esfuerzo por mejorar su posición a ojos de su padre. Pero no había tardado en darse cuenta de su error. Phil y ella eran demasiado diferentes, aunque fuera un hombre al que Hal aprobaba. Y ella no tenía intención de convertirse en marioneta de Hal ni siquiera a través de terceros. Hal y Phil estaban cortados por el mismo patrón, compartían demasiadas opiniones sobre la carrera de Harley o, como a menudo comentaban, la ausencia de carrera.

El vello de la nuca se le erizó segundos antes de que el aliento cálido le susurrara sobre la piel. Se quedó paralizada. O el instinto o la huella impresa en su cuerpo por el único hombre con el que había descubierto un placer tan abrumador, le advirtieron de que era Jack.

—Veo que sigues acosándome —la voz baja de él vibró sobre la piel sensible del cuello de ella y el cosquilleo le llegó hasta los dedos de los pies, pasando por el clítoris. Parecía que, en lo referente a aquel hombre, poseía un suministro de hormonas inagotable.

Se volvió con tal rapidez que derramó champán de su copa sobre el dorso de la mano y unas gotas aterrizaron en su vestido. Jack la agarró por los codos para sujetarla.

La mirada de Jack la clavaba en el sitio y sus labios se fruncían. Era obvio que disfrutaba de la sorpresa de ella. Sacó un pañuelo y se lo puso en la mano. Harley se limpió las gotas del vestido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Miró la gente detrás de él. ¿Había ido con una cita?

Había muchas mujeres espectaculares entre el público y Jack era, con diferencia, el hombre más atractivo de los presentes, lo cual no era poco decir teniendo en cuenta la cantidad de modelos masculinos que había.

A Harley le golpeó con fuerza el pulso en la garganta y entre las piernas y siguió limpiándose con el pañuelo para evitar mirarlo a los ojos.

Esa tarde se había corrido apoyada en la pared de su sala de estar, retorciéndose contra su mano y dejándose ir como una ninfómana hambrienta de sexo. Aunque Jack y ella

jamás habían llegado hasta el final, ni nueve años atrás ni tampoco ese día.

—Tengo una entrada —dijo Jack—. Veo que después del intermedio sale tu ropa — Jack aceptó la devolución del pañuelo.

Harley asintió, maravillada de que pudiera hablar con normalidad mientras parecía desnudarla con los ojos.

—Sí —contestó.

Jack había hecho los deberes. La Fundación Give que había creado ella después de la universidad constaba de una casa de moda ética, una línea de cosméticos con respeto a los animales y una rama caritativa. La escuela de dislexia, si es que se producía la compra del Edificio Morris, sería su última adquisición y, con suerte, la más gratificante hasta la fecha. Si conseguía hacer lo que quería.

Si el contrato se hubiera preparado sin errores.

Intentó pensar en los negocios para ver si así conseguía dejar de follárselo con la vista o de salivar al pensar en lo que él podía hacer.

—¿Has cambiado de idea? ¿Seguirás adelante con la venta? —preguntó.

Lo mejor que podía hacer sería intentar rectificar su error mientras lo tenía allí. Así no pensaba en arrastrarlo a la parte de atrás, quitarle el traje y exigir una repetición de lo de esa tarde.

Jack frunció sus labios pecadores en una sonrisa.

—¿O sea que no confías en mí, pero sigues queriendo hacer negocios conmigo?

Harley tragó saliva. Tenía un centenar de respuestas en la punta de la lengua. ¿Confiar en él? Casi no lo conocía. Solo quería que se produjera la venta y pudiera olvidar que se había vuelto a encontrar con él.

Que lo había besado como si se acabara el mundo, utilizado la increíble habilidad de él para correrse y luego lo había apuñalado por la espalda.

—Llevo seis meses buscando el edificio perfecto. Tengo un arquitecto preparado para renovarlo y no he dicho que no confíe en ti.

¿Confiar? Sabía muy poco del hombre en el que se había convertido, pero ansiaba la química que había entre ellos con una ferocidad en la que no se reconocía.

Jack sonrió.

—No hacía falta que lo dijeras en voz alta —sus ojos se posaron en la boca de ella—. No te preocupes, yo tampoco me fío de ti.

Deslizó lentamente la mirada por el cuerpo de ella y se acercó más. Su voz se convirtió en un murmullo abrasador que pasó por la oreja de ella y se deslizó cuello abajo.

—Y, sin embargo, ¿sí me confías tu cuerpo y tu placer? —al enderezarse, Jack le rozó con los labios el lóbulo de la oreja. Era el único punto de contacto que había entre ellos, pero ella se derritió en el acto.

Cuando él se apartó, ella se echó hacia delante, como si todo su cuerpo estuviera imantado y se sintiera atraído por el de él como un polo por su opuesto. El recuerdo del placer viajó hacia abajo y una inundación de calor le mojó las bragas. ¿Cómo podía hacerle eso con unas palabras pronunciadas con voz ronca? Parecía que tenía una varita mágica para la libido de ella.

Una ronda de aplausos culminó el final del desfile de ese momento. Harley ignoró el

calor que recorría sus venas y el fuego más potente que subía desde el hombre que tenía al lado. Dejó su copa de champán en una mesa cercana y aplaudió cuando el diseñador subió al escenario con sus modelos para una última vuelta.

—Ahora te toca a ti —dijo Jack cuando se encendieron las luces, anunciando el comienzo de un intermedio de quince minutos.

¿Por qué todas sus palabras le arañaban los pezones? Su acento sexy, su timbre profundo y el fuego que los acompañaba y que parecía destinado específicamente a ella, eran demasiado para Harley.

—Oh, yo no salgo en mis desfiles —dijo.

Tomó la copa de champán para que sus manos, inquietas, tuvieran algo que hacer aparte de tocar a Jack y miró al público, que se levantaba de sus asientos, muchos para dirigirse al bar.

—¿Por qué no?

Jack tomó un sorbo de su copa y se lamió el labio inferior. Un labio que ella había saboreado, mordisqueado y succionado cuando lo besaba como si su vida dependiera de ello. ¿Sería igual de maravilloso posado en el resto de su cuerpo?

Alzó un hombro. Empezaba a sentir un calor de otro tipo. ¿Debía justificar ante él sus poco ortodoxas decisiones? En el pasado, explicar sus creencias y opiniones ante los hombres de su vida solo le había conseguido críticas. Y había tenido bastante para durarle toda la vida. ¿Podría tolerarlas en boca de Jack?

—Creo que mi marca funciona mejor sin la publicidad, a menudo adversa, del apellido Jacob.

Él enarcó las cejas, como confundido por esa afirmación. Harley se disponía a explicarse mejor cuando una pareja se acercó a ellos. El hombre era alto y llevaba un traje tan immaculado como el de Jack, y la mujer iba elegante de un modo sencillo, al estilo moderno de Nueva York.

Jack se hizo a un lado para abrir el espacio a la pareja.

—Harley, quiero presentarte a mi primo, Alex Lancaster, y su prometida, Libby Noble. Libby también es neoyorquina.

Se estrecharon la mano, intercambiaron saludos educados y la pareja tomó copas de champán de la bandeja de un camarero que pasó al lado.

—¿De qué os conocéis vosotros? —preguntó Alex, mirando a su primo.

Harley fue la primera en contestar.

—Nos... —se interrumpió. ¿Qué podía decir? Sus vínculos, tanto pasados como presentes, eran demasiado complicados para una conversación educada.

—Harley y yo estamos negociando algo —dijo Jack.

Lanzó una mirada a la joven que tuvo casi el mismo efecto que el modo en que le había acariciado el pezón por la tarde. De hecho, ella cerró con fuerza la boca por si se le escapaba un gemido. ¿Cómo hacía eso? Ni siquiera la había tocado.

Jack siguió hablando con su primo, sin apartar la vista de Harley.

—Su empresa va a comprar el Edificio Morris.

Podía haber usado otras palabras, otras explicaciones. De chicos íbamos de vacaciones juntos. Nuestras familias eran amigas. Nos besamos como locos a escondidas en la

adolescencia.

Era tan susceptible a la tensión erótica que había entre Jack y ella, que esquivó su mirada. Pero no pudo evitar los recuerdos. Aquellos momentos de despertar sexual secuestrados por un despertar de otro tipo, un despertar que le había matado la inocencia, cambiado para siempre su punto de vista sobre las relaciones y separado a dos familias. La explicación de Hal había sido que todo era fruto de un negocio que había salido mal, pero, desafortunadamente, Harley conocía la verdad.

Se tragó el regusto amargo que evocaban esos recuerdos, y con él la vergüenza, más difícil de ignorar.

Alex miró a Jack, quien seguía mirando a Harley.

—¡Oh! —Alex pasó la vista de uno a otro—. ¿Tú eres la responsable de la metedura de pata? —sonrió con picardía, pero Harley recibió sus palabras como si fueran un cuchillo cortante.

Hizo un gesto de dolor y apartó la vista.

—Libby, ¿te gusta el desfile? —Jack la salvó de contestar y cambió de tema.

Pero el daño ya estaba hecho. ¿Qué sabía Alex? ¿Jack le había hablado de ella? ¿Había echado la culpa del retraso de la firma a su estupidez? ¿Atribuido el error a una chica que había conocido nueve años atrás y que jugaba a los negocios sin estar cualificada?

¿Se felicitaba por su separación de ella, de su familia disfuncional y, ahora, de su trato de negocios? Había escapado por los pelos de la tonta Harley y de su despiadado padre. Casi podía oír la conversación. Sin duda Joe Lane habría insultado a su familia tanto como Hal a la de él.

Hundió los hombros. Jack no le debía ninguna lealtad. Y todo aquello era cierto, era un reflejo de cómo se veía ella.

Mientras Libby y Jack comentaban la primera parte del desfile, Harley sonrió a Alex con educación y con el rostro muy rojo.

—Disculpad.

Alex frunció el ceño.

—Lo siento. Yo no...

Tan arrepentido parecía, que ella casi lo consoló.

—No importa —obligó a los músculos de su cara a relajarse. La sangre latía con fuerza en sus venas expandiendo calor. No necesitaba oír lo que Jack hubiera podido decirle a su primo—. Tengo que ver unas cosas ahí atrás.

Se apartó del grupo para alejarse de aquello que había hecho subir a la superficie todas sus inseguridades.

A pesar de la imagen que ofrecía ante el mundo, en el fondo su autoestima era, como mínimo, inestable, destrozada por la dislexia no diagnosticada, una vida entera de no encajar en ningún sitio, ni siquiera en casa, y años de escuchar a su egoísta y poco diplomático padre.

Por eso sus «proyectos», como llamaba Hal a sus negocios, eran tan importantes para ella. Le ofrecían la posibilidad de enorgullecerse por su trabajo. La posibilidad de cambiar cosas.

Casi no se había movido cuando la mano de Jack encontró la parte baja de la espalda

de ella, que sus dedos apretaban con aire posesivo. Ella le lanzó una mirada, pero él la miraba por encima del borde de la copa con expresión inescrutable.

Harley sonrió a Libby y se excusó. Él había visto su cuerpo ardiendo de deseo y le había dado el placer que había prometido, pero no era su dueño, ni siquiera la conocía. Y ella no le debía nada.

Ya no era una colegiala ingenua. Entendía cómo funcionaba el mundo, cómo se utilizaba la gente, cómo se destruían vidas por unos minutos de placer egoísta. Podía separar el sexo de otras cosas. Y Jack y ella ni siquiera habían compartido aún sexo.

Mientras se dirigía a la parte de atrás, se hizo una promesa. Al día siguiente retrasaría sus sueños unos meses y empezaría a buscar otro edificio para su querida escuela.

¡Mierda! Lo había estropeado todo.

Harley había desaparecido. Jack había esperado que saliera después de su desfile, pero ella no había aparecido. ¿Por qué no había tenido la boca cerrada? ¿Por qué no había contestado otra cosa a la pregunta de su primo? Tendría que haber sabido que Alex, como el bastardo astuto que era, ataría cabos enseguida. Reprimió otra maldición.

Alex y él habían ido juntos a la universidad. Su vínculo era más de hermanos que de primos. Alex había sido testigo del desastre que había supuesto para Jack el final de su relación con la adolescente Harley, el final de su primera relación. Y estaba al tanto del fracaso en los negocios y de la ruptura que había separado a su familia de la de Harley.

Sin la amistad de Alex, Jack no habría podido soportar el divorcio de sus padres ni los años de turbulencias económicas que siguieron a medida que se iba derrumbando todo aquello por lo que había trabajado su padre. Si no hubiera sido por el dinero de la familia de su madre, habrían perdido hasta su casa.

Un peso muerto se instaló en su estómago. Tenía la sensación de haber vendido a Harley porque cualquier amago de serenidad que hubiera podido quedarle sobre el pasado y el presente, había caído hecho pedazos al verla en el desfile.

La había tenido en la mente desde que llegó al glamuroso evento. En lugar de observar al público en busca de una distracción hermosa y sofisticada, como había planeado, había vuelto a revivir la visión del placer de ella, en trance y aferrada a él, de su boca gloriosa hinchada por los besos de él y de sus gritos de éxtasis.

Entonces, una quemazón inexplicable en la nuca le había hecho volverse. Y allí estaba ella, tan inmaculada como siempre pero envuelta en un aire de vulnerabilidad. La había observado, semioculta en un rincón oscuro, y todos los nervios de su cuerpo habían cobrado vida. Un vistazo rápido al programa que no se había molestado en leer todavía, le había hecho entenderlo todo.

Y luego Alex había adivinado que la mujer que quería comprar el Edificio Morris era la que había salido huyendo de él. Conocía a su primo igual que este a él y la mirada escrutadora de Alex había sido más clara que las palabras.

La cara que había puesto Harley al oír la broma de su primo atormentaba a Jack porque él había suministrado la munición para avergonzarla por el contrato fallido. Hasta ese momento, siempre la había visto muy serena.

Apretó los puños. Ella había reaccionado como si acabaran de darle un puñetazo en el pecho. Había escondido el destello de dolor detrás de sus luminosos ojos, le había lanzado una mirada terrible y se había largado moviendo su sexy trasero.

Jack comprendía que el Edificio Morris, los planes que tenía para él, eran una cruzada personal, ¿pero por qué nadie de su equipo había divisado el error administrativo que los abogados de ambos intentaban arreglar en aquel momento? ¿Harley no tenía un chivo expiatorio al que echar la culpa?

Salió al descansillo con un portazo. ¿Por qué le importaba que se sintiera humillada? ¿Por qué le alteraba tanto aquello? Él jamás mezclaba lo personal con los negocios. Quizá se debía a su persistente frustración sexual. A pesar de las muchas miradas de interés que había captado esa noche entre las mujeres, no había ligado.

Porque después de haber visto a Harley, no había conseguido que ninguna le inspirara ni una décima parte del interés que le inspiraba ella. Tal vez la idea del polvo por venganza tuviera más mérito del que creía.

Lanzó un resoplido de frustración. Se iría a casa, se daría otra ducha de agua fría e intentaría borrar a Harley de su mente.

Pero se detuvo en la parte superior de las escaleras.

Ella estaba en el siguiente rellano, concentrada en el teléfono que tenía en la mano y paseando con aire de preocupación. Jack aflojó el paso y bajó despacio las escaleras mientras intentaba controlar los latidos de su corazón y el ritmo de su respiración.

Se detuvo tres escalones por encima de ella. Al menos tendría ocasión de disculparse por el comentario torpe de Alex. No tendría que haberle mencionado el negocio del Edificio Morris a su primo. La indiscreción en los negocios era indigna de ambos.

—A Libby le ha encantado tu colección.

Harley alzó la vista y se llevó una mano al pecho.

Jack sabía que tendría que haber tosido o haber anunciado su presencia de algún modo. Ladeó la cabeza con aire de disculpa.

—Ha dicho que comprendes los cuerpos de las mujeres de verdad.

La joven se recobró rápidamente y bajó los ojos.

—Gracias.

Volvió a mirar la pantalla del teléfono como si él no estuviera allí. Jack sabía que se lo merecía. Debería haber sido más discreto. Pero había contado su frustración a Alex antes de descubrir que Harley estaba detrás del negocio de Morris.

Y él se responsabilizaba de sus errores, fueran grandes o pequeños.

—Siento lo de antes... Lo de Alex —dijo. Se encogió de hombros—. Le comenté que mi último negocio estaba empantanado por un error. En aquel momento no conocía tu identidad.

—No te preocupes —ella movió la cabeza con una sonrisa triste, como si no esperara otra cosa—. Estoy acostumbrada a cometer errores y pagar el precio. Y no es asunto mío con quién decidas cotillear —miró escaleras abajo y se mordió el labio inferior.

¿Qué coño significaba aquello?

—Yo no cotilleo. Comenté un negocio empantanado con un colega.

«Y es un hinchapelotas muy perceptivo y con muy buena memoria», pensó.

—Estás disgustada —Jack cerró el puño dentro del bolsillo del pantalón—. Alex solo bromeaba. Es inglés.

Pensaba que su ridícula explicación la haría sonreír, pero ella le lanzó una mirada helada y volvió su atención al teléfono, que vibró anunciando un mensaje.

Jack se acercó un paso más a ella.

—¿Por qué estás disgustada?

¿Y por qué le importaba a él? Tendría que irse de allí. Había demostrado estar en lo cierto tanto en lo del contrato abortado como en su redescubierta química sexual.

La mirada de ella vaciló, como si estuviera cansada del peso de todo aquello.

—No estoy disgustada, estoy decepcionada conmigo misma —comentó, desinflada.

—Los errores ocurren —Jack se obligó a seguir en la escalera—. Los abogados deberían haber detectado ese antes.

Harley negó con la cabeza.

—Yo soy la responsable —lo miró y sus ojos eran lagos profundos de vulnerabilidad—. Tengo dislexia —apartó la vista, enderezó los hombros y volvió a mostrarse serena e intocable—. Normalmente lo reviso todo tres veces y pido a mi ayudante que haga lo mismo. Supongo que estaba tan impaciente por empezar la reforma...

Esa vez usó un dedo para empujar el labio inferior entre los dientes, con mirada distante, como si no fuera consciente de su autoflagelación.

Las piezas del puzle empezaban a encajar para Jack. Aquello no era asunto suyo. ¿Y qué si ella había metido la pata? ¿Y qué si le había confesado algo muy personal? ¿Y qué si había tenido que lidiar toda la vida con un reto de aprendizaje?

Eso no cambiaba nada.

Los pies de él se movieron por voluntad propia. Bajó los dos últimos escalones hasta que ambos quedaron en el mismo rellano.

—¿Por qué no me lo dijiste?

La joven levantó la barbilla. Su mirada era dura.

—¿Por qué iba a decírtelo? Acabo de conocerte. Y ya me sentía bastante tonta sin esc—hundió un poco los hombros y él reprimió un impulso loco de tocarla y borrar el ceño que le arrugaba la frente.

—Pero no acabas de conocerme —él se metió la otra mano al bolsillo para alejarla de la tentación—. No sabía eso de ti.

Harley movió la cabeza y apartó la vista.

En todas aquellas vacaciones, en el tiempo que habían pasado juntos, ni su familia ni ella habían mencionado ni una sola vez que fuera disléxica.

—Entonces me costaba hablar de ello —ella lo miró a los ojos con mirada clara, desprotegida—. No es fácil ser la zopenca en una familia de triunfadores.

En el pecho de él se movió algo visceral y se le oprimió la garganta. ¿Pero qué coño...? Sabía que Hal Jacob era un gilipollas de primera, ¿pero no valoraba a su hija y sus grandes logros?

«No es tu problema. Sigue andando».

El teléfono de ella volvió a pitar. Harley leyó el mensaje y lanzó una maldición.

—¿Un problema? —preguntó Jack, que empezaba a pensar que tenía mucho de

masoquista.

La joven suspiró y hundió los hombros.

—Hay prensa fuera. Mi chófer está en un atasco —lo miró con cansancio.

—¿No te gustan las cámaras? —tendría que estar ya acostumbrada. A lo largo de los años, Jack había visto muchas veces su foto en eventos y galas benéficas. Después de todo, pertenecía a la élite de Nueva York y su estatus la convertía automáticamente en famosa.

Harley lo miró con dureza.

—Quería mantener un perfil bajo esta noche. Los otros diseñadores... —suspiró—. Sé lo difícil que es empezar en esto. Si me ven a mí... —señaló las escaleras en dirección a la prensa—, inventarán alguna historia sobre que uso el apellido Jacob para promover mi marca, mis intereses —apretó los labios y enarcó las cejas—. Es perturbador.

Jack se acercó más, con movimientos lentos y cuidadosos, como si temiera espantarla. O quizá solo quería evitar tocarla.

—Yo tengo un coche. ¿Quieres que te lleve? —preguntó.

Contuvo el aliento.

La joven levantó la vista y negó con la cabeza.

—Tu coche probablemente estará metido en el mismo atasco que el mío. El tráfico es un caos —se frotó la sien y arrugó la frente.

A Jack le temblaban las manos por el impulso inexplicable de abrazarla, de sentir sus curvas femeninas apretadas de nuevo contra él como olas que lo golpearan incansables. O aquello era química, o frustración sexual por su parte. Pero ella lo miraba como si le gustara la idea.

Sacó su teléfono del bolsillo y envió un mensaje rápido a Will. Probablemente habría una puerta de atrás en aquel edificio. A parte de todo lo demás, Harley parecía agotada. Y a pesar de la opinión que tuviera de él, Jack no era un gilipollas... polvos vengativos aparte.

—Arreglaré esto —se guardó el teléfono y dejó las manos seguras dentro de los bolsillos. Manos que recordaban cada contorno de ella y la inmediatez con la que había abrazado su conexión física y su abandono ansioso en el apartamento de él.

La joven seguía con el ceño fruncido y mirada inquieta.

—¿Por qué me ayudas?

Él se encogió de hombros, ocultando el escalofrío en la piel que le producían la pregunta de ella y la expresión de su cara.

—Soy un buen tipo —algo que ella ya sabría si se hubiera quedado a su lado.

Aunque su tierna e ingenua relación no habría durado de todos modos. Después de la amarga ruptura de los padres de él, había reevaluado todas las áreas de su vida y calculado que las relaciones no valían lo que costaban en términos de perder el control.

Tragó la amargura que sintió de pronto y apartó de su mente aquellos pensamientos peligrosos.

Harley se lamió el labio superior mientras lo diseccionaba con la mirada. Una ráfaga de lujuria voló rauda hasta los testículos de él. Ella usaba brillo de labios rojo cereza. Se le

había visto esa tarde y esa noche. ¿Qué tal quedarían aquellos labios exuberantes alrededor de su polla, dejando una marca roja? ¡Joder! Necesitaba un polvo.

Harley bajó la mirada.

¿Pensaba lo mismo que él? ¿Quería ella también más sexo con él?

Quizá eso cumpliera todos los propósitos. Jack tendría su venganza y ella, una muestra de lo que se había perdido. Después de todo, él nunca había tenido quejas y ella había estado muy dispuesta esa tarde. Por mucho que él la disgustara o por mucho que desconfiara de él, no podía ocultar su interés físico.

—¿Quieres seguir aquí, en una escalera con corriente de aire, o hablamos de los orgasmos? —preguntó él.

La joven abrió mucho los ojos y el rubor cubrió sus mejillas y cuello. Cruzó un pie sobre el otro.

Jack reprimió una sonrisa. Sus palabras daban en el blanco. Él podía controlar aquello. Su ansia física de ella y la reacción de ella a la química que ninguno de los dos parecía incapaz de resistir. En sus términos. Los dos tendrían lo que necesitaban.

Harley alzó la barbilla, con ojos desafiantes y, con un poco de suerte, también lujuriosos.

—¿Orgasmos? —preguntó.

Jack asintió, se acercó hasta que notó el calor corporal de ella y su delicioso olor le hizo cosquillas en la nariz.

—Ya hemos establecido antes que hay poca confianza entre nosotros. Pero para pasarlo bien, no es obligatorio que confiemos el uno en el otro fuera del dormitorio.

El pulso de ella aleteó en su garganta y Jack fijó la vista allí para hacerle saber que veía que lo deseaba.

—Tú confías en mí con tu cuerpo —dijo.

La joven soltó una risita nerviosa, que utilizó para ocultar la excitación que iluminaba sus ojos.

—¿No eres muy chulo?

Jack asintió despacio, seguro, sincero. Le daría placer por los viejos tiempos. Una muestra de lo que ella no había llegado a experimentar y de lo que tan claramente ansiaba.

La sangre le latió con más fuerza en las venas. La excitación de ella incrementaba la suya propia.

—Te diré cómo va a ser esto —comentó él. Enderezó los hombros y le satisfizo ver que ella lo miraba de arriba abajo, con la lengua asomando entre sus labios rojos—. Yo dirijo el cotarro y tú tienes los orgasmos.

Harley enarcó una ceja.

—¿En plural?

Jack asintió. Se acercó un poco más.

—Considera lo de esta tarde como un prelude, no mi mejor trabajo —fijó la vista en los labios entreabiertos de ella y se dejó alentar por sus jadeos rápidos—. El siguiente será mejor. Y el próximo mejor todavía.

Ella lo miró como si acabara de proponerle que corrieran desnudos por Central Park.

—¿Dirigir el cotarro? —preguntó.

Jack mantuvo la posición, pero ella se acercó medio paso más. Quizá ni siquiera fuera consciente de ello. Ya solo los separaba un poco de aire, que casi crepitaba con posibilidades eróticas.

Asintió, subió una mano al pelo de ella, colocado detrás del hombro, y la miró a los ojos.

—¿Has terminado? —enarcó una ceja tentadora—. ¿O quieres más? —se inclinó hacia delante y casi cerró los ojos cuando se sintió bañado por el olor de ella—. Sabes que puedo dártelos. La cuestión es hasta qué punto los deseas.

Harley le puso una mano en el pecho y flexionó los dedos con la presión suficiente para que él no supiera si lo apartaba o si curvaba los dedos en torno a su camisa para atraerlo hacia sí.

¡Joder! ¿Había jugado demasiado fuerte? ¿Había calculado mal?

No. Los asuntos no acabados entre ellos no se limitaban a la compra venta del Edificio Morris. Él lo sabía y ella también.

¿Se sometería Harley a su propuesta y continuarían lo de antes, dejando todo lo que no fuera sexo en la puerta del dormitorio? Le había llamado chulo, pero él era hombre de palabra y se lo demostraría, aunque tuviera que ser con un orgasmo tras otro mientras se quitaba el picor que sentía debajo de la piel.

La joven se acercó a él y apretó su cuerpo contra el de él desde los pechos hasta los muslos, con el aliento soplando en rachas sobre los labios de él. Lo miró con ojos brillantes, mostrando claramente la pasión y el desafío que él había adivinado antes.

—No estoy segura de que se pueda mejorar el de antes —dijo. Curvó los dedos en la camisa de él.

—Oh, lo mejoraré —la lujuria golpeó a Jack con la fuerza de un rugido primitivo. Había empezado el juego.

Ella tiró, él se inclinó y sus bocas se encontraron. Jack la maniobró contra la pared y la besó, volcando hasta la última gota de frustración en el deslizar y el roce de labios y lenguas. La lujuria que hervía bajo la superficie desde aquella mañana en el edificio en obras fluía por él, liberándose y buscando culminación.

Harley gimíó, como si él se hubiera contenido demasiado tiempo y estuviera tan hambrienta de besos feroces como él. Le tocó la polla, lo que hizo que él siseara y tiró del dobladillo del vestido ceñido y dejó al descubierto unos muslos desnudos y tonificados. Muslos pálidos y suaves, un lugar donde un hombre podía perderse.

Ella los abrió y enganchó los dedos en el cinturón de él para colocarlo entre sus piernas. Sus manos aferraban tanto como las de él y su necesidad hacía juego con la de él. Jack frotó su erección en ella, aunque la barrera de la ropa obstaculizaba su objetivo, que era entrar en ella y que ambos llegaran al límite una y otra vez hasta que ella suplicara más.

Se apartó de la boca hambrienta de ella y miró arriba y debajo de las escaleras, por si los observaban. Harley besó un camino hacia su cuello, mordisqueando en el proceso el lóbulo de la oreja hasta que él puso los ojos en blanco.

¿Estaba pensando en serio tirársela en una escalera donde en cualquier momento

podía interrumpirlos alguien que saliera del desfile o alguien que entrara desde la calle? Harley parecía dispuesta a todo. Sus manos encontraron la hebilla del cinturón de él y tiró con fuerza mientras volvía a besarlo en la boca.

La realidad se impuso.

Jack detuvo las manos cuando sintió vibrar el teléfono en el bolsillo. Suavizó el rechazo palmeando el trasero fantástico de ella y apretándola contra su polla tesa cuando interrumpió el beso para leer el mensaje.

—Ha llegado el coche —murmuró contra los labios hinchados de ella.

Se guardó el teléfono, se apartó, le bajó el vestido por las bien formadas piernas y reprimió una maldición. Se había dejado llevar y casi se la había tirado en un lugar público.

Le tocó las mejillas sonrojadas y le apartó el pelo revuelto de la cara. Su brillo de labios había desaparecido, estaba despeinada y los pechos, apretados contra el torso de él, subían y bajaban con sus rápidos jadeos.

La joven asintió una vez, se hizo a un lado y se colocó el cabello y el vestido hasta que volvió a ser de nuevo la diosa inmaculada.

Se echó los rizos rubios hacia atrás y lo siguió a la salida de incendios y al coche que esperaba, donde huyeron hacia la noche.

Capítulo 4

Harley se subió el vestido hasta medio muslo y se sentó a horcajadas sobre él para seguir con los besos frenéticos, casi desesperados, que habían empezado en el momento en el que se habían cerrado las puertas del vehículo. No se cansaba de la química que fluía entre ellos. Aquella lujuria era mucho más caliente que nada de lo que había conocido.

Incendiaria. Adictiva. Incontrolable.

No deseaba nada más que seguir donde lo habían dejado esa tarde en el apartamento de Jack.

Deslizó la mano entre ellos y frotó a través del pantalón hasta que él gruñó en su boca y siseó entre dientes. No era suficiente. Ella lo quería desnudo, quería explorar cada centímetro de su magnífico cuerpo. Anhelaba tenerlo encima, sudoroso y decidido, llevándola al límite, como sabía que él podía hacer.

No le importaban nada el chófer ni el tráfico. Había tenido una muestra esa tarde y quería más. Más de lo que ofrecía él. Solo sexo. Un sexo increíble de los de agarrarse con fuerza a la sábana.

Cuando él había propuesto llevarla a su casa, ella se había dicho que aceptar le ofrecía una oportunidad más de intentar convencerlo de que siguiera adelante con la venta del Edificio Morris. Pero luego se había impuesto la sinceridad. Lo deseaba. Pura y simplemente. Y quería los orgasmos que le prometía. ¿Por qué no iba a aceptar lo que pudiera conseguir? Una aventura de la que podría alejarse, con suerte con el contrato Morris en la mano.

Ya no eran críos. Ambos eran capaces de separar el sexo del resto de sus vidas. Y en aquel momento, los negocios, su pasado y sus familias eran lo último que ella tenía en la cabeza. Su mente estaba llena a rebosar de aquel Jack sexy y adulto, de su boca, del murmullo de su voz y del cuerpo duro que tenía bajo los dedos.

Besarlo era como besar a dos personas diferentes, al adolescente del que se había encaprichado en otro tiempo y al hombre en el que se había convertido. Familiar y desconocido. Grande. Más sexy de lo que habría podido imaginar, más exigente, más intuitivo, más todo. Eso, combinado con un toque de lo prohibido, hacía que estuviera próxima al orgasmo solo con besarlo.

El recorrido hasta su apartamento de la Quinta Avenida afortunadamente fue corto.

Las caricias, los besos y los toqueteos continuaron en el edificio de ella, a quien se le cayó dos veces la llave tarjeta del ascensor privado en su prisa por subir arriba con él y desnudarlo.

Una vez dentro del ascensor, él se apretó contra ella por detrás y colocó su erección entre las nalgas de Harley, lo que le produjo un cosquilleo que le subió por la columna. Apartó el pelo de ella y buscó con los labios la parte posterior del cuello para

mordisquearlo.

—¿Vives sola? —preguntó. Su voz, espesa por la excitación, arañaba las terminaciones nerviosas de ella e iba directa a su clítoris. Casi no podía mantenerse erguida.

Cuando le agarró las caderas con sus grandes manos y se apretó contra ella, Harley giró la cabeza por encima de su hombro para besarlo en la boca.

—Sí.

Ash, su hermano mayor, vivía en el apartamento de arriba, pero no quería dejar de besarlo para explicarle ese detalle innecesario.

Jack le subió una vez más el vestido hasta la cintura y fue dejando un rastro de fuego con las manos a lo largo de la piel que desnudaba. Le agarró las manos, las alzó y le curvó los dedos en torno al pasamanos.

—Agárrate.

Harley no tuvo tiempo de regodearse en la excitación que la recorrió al oír su orden ni en lo que implicaba. Jack se dejó caer de rodillas detrás de ella, le separó las piernas y le besó primero una nalga con la boca abierta y luego la otra. El roce de sus dientes bajó por la parte de atrás de los muslos de ella y le debilitó las rodillas.

Con un movimiento y un gruñido sexy maniobró las caderas de ella hacia atrás de modo que quedó doblada por la cintura con el trasero al aire. Hizo a un lado el tanga y atacó con la lengua el interior del sexo tembloroso de ella.

El grito de Harley se unió al gruñido ronco de él. Los dedos de Jack se curvaron en las caderas de ella y su amago de barba rozó la piel sensible entre las piernas de ella. Se agarró al pasamanos, envuelta en un mar de sensaciones. El ansia de Jack y la urgencia carnal con la que tomaba lo que quería enviaban un chispazo tras otro de excitación a lo largo de la columna de ella.

Jack le deslizó una mano entre los muslos y le frotó el clítoris mientras seguía asaltando el interior con la lengua y enviándole descargas hasta los dedos de los pies.

El ascensor se detuvo con un estremecimiento que ella no estaba segura de que se originara fuera de su cuerpo. Harley abrió los pesados párpados. Lasciva, despeinada, borracha de lujuria. No podía ocultar el efecto que él le producía ni el abandono que instilaba en ella sin esfuerzo. Abandono que la hacía estar dispuesta a tener sexo en público. Dos veces en un día.

Jack le bajó el vestido y le tomó la mano. Segundos después, estaban dentro del apartamento. Una lámpara solitaria brillaba en la mesa situada en el vestíbulo.

—Perdona —Jack colocó con cuidado en el suelo la lámpara de diseño.

Las hormonas asaltaban a Harley, nublándole la mente.

—¿Por qué? —preguntó. ¿Había cambiado de idea? ¿Y por qué cambiaba la lámpara de sitio?

La boca de él cubrió la suya una vez más y sus manos le subieron el vestido. Se soltó y la miró con ferocidad. Con deseo evidente. Con salvajismo excitante.

—Porque la primera vez va a ser justo aquí.

Indicó la mesa y una ola nueva de humedad le empapó las bragas. Él se quitó la chaqueta y la tiró al suelo, se soltó el cinturón con una mano, mientras la abrazaba por la cintura con el otro brazo y la besaba hasta dejarla sin aliento.

La mente cargada de lujuria de Harley asimiló lo que ocurría con euforia embriagada y se apresuró a ayudarlo. Dejó caer el bolso y se sacó el vestido por la cabeza. Un ruido de desgarró acompañó sus esfuerzos, pero ella tiró a un lado la prenda sin ceremonias, desesperada por tener a Jack dentro. No más rodeos. Sentía la erección de él a través de la ropa y lo deseaba ya.

—¡Joder! —él le agarró un pecho a través del encaje del sujetador y trazó el pezón con el pulgar, devorando con los ojos cada centímetro de ella. Luego la agarró por la cintura y la colocó sobre la mesa.

Estaban descontrolados. Las manos de ella ayudaban vacilantes a las de él a liberar su erección, sus labios se aferraban a los de él, sus lenguas batallaban juntas y los muslos de ella lo sujetaban prisionero. Esa vez tendría lo que quería. Se había acabado dejar las cosas a medias.

Jack apartó la boca de la de ella con un gruñido, sacó el billetero del bolsillo, localizó un preservativo, rompió el aluminio con los dientes y se puso el condón mientras recorría con la vista el cuerpo extendido de ella, ataviado solo con encaje negro y tacones.

Harley trabajaba con los botones de la camisa de él, sin hacer caso de la incomodidad de estar sentada en la mesa y desesperada por ver más cuerpo. Por tocar cada centímetro de él. Por sentir el vello del pecho en su cara y los músculos fuertes de él debajo de sus dedos.

A penas había apartado la tela sobre los contornos redondeados de los hombros de él, dejado al descubierto sus bien definidos pectorales y echado un vistazo a sus rígidos abdominales, cuando él la agarró por las caderas y tiró de su trasero hasta el borde de la mesa. Obviamente, Jack estaba tan cerca del límite como ella.

—Esto sobra —dijo.

Tiró del tanga de encaje y lo bajó por los muslos con impaciencia y una expresión de concentración en su atractivo rostro. A medio camino de las piernas se detuvo en seco.

Harley dejó de respirar. El pulso le atronaba en los oídos. «Por favor, que no cambie de idea, que no me deje aquí al borde del éxtasis».

Pero él simplemente la miró entre las piernas con la mandíbula apretada y las fosas nasales dilatadas, respirando con fuerza.

—¡Joder! Eres preciosa.

Recorrió con un dedo la estrecha tira de vello rubio hasta que la yema descansó encima del clítoris. La observaba con mirada ansiosa mientras ella combatía el impulso de retorcerse y cerrar las piernas.

Nunca la habían inspeccionado tan a conciencia. Devorado de aquel modo. El calor se extendía desde su vientre, ardiente bajo el dedo inmóvil de él, y creando un sendero serpenteante a lo largo de los muslos.

—Después te voy a comer durante horas —Jack la miró a los ojos con tanta intensidad y tanta promesa carnal en ellos como en sus palabras—. Pero ahora necesito entrar en ti.

Harley asintió con la cabeza. No podía hablar. Estaba plenamente de acuerdo con el plan. El Jack adulto era sexy como un demonio y ella anhelaba estallar.

El dedo que había en su clítoris inició una caricia rítmica lenta. Harley gimió, echó atrás la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Volvió a abrirlos de golpe cuando él se

acercó con los pies abiertos y abrió los muslos de ella con los suyos.

—Sigue aquí, Harley. Mírame —siguió acariciándole el clítoris mientras colocaba la punta de la polla en la entrada de ella.

La joven no había estado nunca tan abierta. Sus encuentros sexuales anteriores habían sido más bien mecánicos y superficiales. Pero Jack dominaba plenamente su cuerpo y se abría paso en su mente. Sabía decir justo lo que tenía que decir para anular la incomodidad de ella y que estuviera más excitada, más desesperada, más próxima al orgasmo.

Se agarró a la cintura de él. Estaban de verdad haciendo aquello. Su respiración se volvió entrecortada. Consistía en estallidos breves de aire que hacían poco por calmar el ardor de sus pulmones o el zumbido en el interior de su cabeza.

Jack tenía la mandíbula tensa y la miraba con ardor mientras se abría paso en el interior de ella, despacio, centímetro a centímetros. Harley reprimía el deseo de cerrar los ojos, de combatir el inmenso placer que él prendía en ella, atacándola desde todos los ángulos. Sus muslos aferraban los de él en un intento débil por controlar tanta estimulación. Sus sensibles nervios se veían estirados desde dentro y acariciados desde fuera por los dedos inteligentes de él y el pulso de las endorfinas que provocaba la mirada de él inundaba sus venas. Estaba embarazosamente cerca de correrse y él todavía no se había movido. Se mordió el labio, aplazando las oleadas de delirio, saboreando los segundos, con la imagen de Jack medio desnudo y dentro de ella con el rostro tenso de placer.

—Sí —siseó él, jadeante, que seguía acariciándole el clítoris con el dedo con movimientos ligeros. Se lamió los labios, con los ojos fijos en el cuerpo de ella—. Bájate las copas del sujetador —le agarró las caderas con sus largas manos con un movimiento que la acercó al borde de la mesa, al tiempo que tiraba de ella hacia sus embestidas firmes y superficiales.

Harley obedeció con manos torpes por la prisa de hacer todo lo que le pedía. Porque sabía que cosecharía la recompensa. Aquello era ya mejor que nada de lo que había experimentado. No se consideraba una puritana, pero tampoco era una amante aventurera. Aunque lo que le hacía sentir Jack, sacando sin esfuerzos a la superficie a la exhibicionista oculta que no sabía que llevaba dentro... Se había convertido en una auténtica ninfómana, ansiosa de los orgasmos que le había prometido.

Cuando dejó los pechos al descubierto por encima de las copas de encaje, él cerró los ojos y lanzó un gemido. Luego abrió los ojos, con los párpados pesados, y miró los pezones endurecidos de ella. Se inclinó con la boca abierta, pero no podía llegar al pecho, debido al ángulo en el que estaba ella colocada sobre el mueble.

—Ayúdame —pasó la vista frenético de la cara de ella al pezón—. Quiero saborearte.

—Sí. ¡Oh, sí! —ella llevó un pecho a la boca de él. Soltó un gemido cuando él le lamiera el pezón.

A continuación empezó a murmurar en francés palabras incoherentes, sin soltar el pezón, empujando la mesa contra la pared con las caderas y acariciándole todavía el clítoris con el dedo.

Harley no sabía francés y no tenía ni idea de lo que decía, pero no importaba. La

expresión de su rostro le decía todo lo que necesitaba saber.

Cuando le soltó el pecho, en sus ojos brilló una determinación nueva. Alzó la barbilla con voz ronca.

—Tócalos. No pares. Yo te tengo —le agarró la cadera con más fuerza, flexionando los dedos.

Quizá se refería a que no la dejaría caer de la mesa, o quizá a que se ocuparía de su orgasmo, se ocuparían de él juntos. Pero ella no tuvo tiempo de preguntárselo. Siguió sus instrucciones, aceptando a la mujer libidinosa que él había liberado, olvidando cualquier rastro de vergüenza.

Soltó el borde de la mesa y se acarició ambos pezones con las manos. Cuanto más se oscurecían los ojos de él, más rápido movía ella las manos, soltando grititos y gemidos.

Jack gruñó con aprobación. Sus caderas amentaron la velocidad y sus dedos presionaron más el clítoris.

Harley gimió y perdió la batalla de mantener los ojos fijos en los de él. La mesa golpeaba la pared con las embestidas de él. Ella cerró los tobillos detrás de los muslos de él, apresándolo y acercándolo más.

Cuando volvió a abrir los ojos, la mirada de él le quemó los pechos.

—Pellízcatelos con tanta fuerza como quieras.

Ella apretó los dientes al oírlo. Pellizcó y retorció sus torturados pezones hasta que la caricia creó un canto directo a su clítoris.

—Sí —él volvió a sisear—. Te estás hinchando.

¿Podía notarlo? Y sin embargo, parecía estar en lo cierto, porque se tensó él o se tensó ella, pero la fricción entre ellos creció en intensidad.

—Te vas a correr pronto. Mírame.

Las órdenes de él tendrían que haberla molestado, pero producían el efecto contrario. Porque sus palabras eran más bien profecías. Y tenía razón. Le dolían los pezones y su sexo estaba más mojado y más apretado en torno a la polla de él. Zarcillos de fuego salían del vientre de ella y de los muslos, debajo de donde se movía el dedo de él, y cuando abrió los ojos a la lujuria sin freno que ardía en la mirada de él, la alcanzó el rayo.

—Jack.

Su garganta se cerró en el nombre de él y la atacó el orgasmo, que disparó todos los nervios de su cuerpo. Se agarró a él. Sus ojos, sus piernas y su cordura se aferraban a la fuente de aquel placer abrumador como si fuera un salvavidas.

Jack la agarró con más fuerza, castigándola con los dedos. A ella no le importó. Seguía palpitando en torno a él en una oleada tras otra de euforia. Él levantó el dedo del sensible clítoris, pero siguió acariciándole suavemente el vientre, los muslos y las nalgas, intensificando los temblores secundarios que la sacudían de la cabeza a los pies.

Pero no había tiempo para recuperarse. Él incrementó el ritmo una vez más. Harley se agarró con fuerza. La frente de él se cubrió de sudor, los músculos de su mandíbula se tensaron y sus caderas perdieron parte de su ritmo.

Su mirada apasionada recorrió los pechos de ella y bajó hasta el punto en el que sus cuerpos estarían unidos hasta que él estuviera satisfecho.

Torció el rostro y la miró a los ojos.

—Quiero que vuelvas a correrme —mover la cabeza, jadeante.

Harley lanzó un gemido entrecortado, que fue la reacción que su cuerpo agotado pudo crear.

—No puedo.

Él asintió con resignación.

—Lo harás. La próxima vez.

¿En serio se lamentaba de su falta de habilidad después de haberle dado la experiencia sexual más erótica de su vida? Harley no tuvo tiempo para hacer comentarios. Él la embistió moviendo las caderas de un modo errático y trazando con la mano un rastro caliente y posesivo sobre los pechos de ella y hasta su vientre.

Su grito, cuando llegó, rebotó en las paredes. Cayó hacia delante, con todos los músculos tensos, embistiéndola todavía, y la besó durante los estremecimientos que sacudían su cuerpo.

Volvió a la realidad. El borde de la mesa se clavaba en el trasero de ella, y aunque él no le echaba su peso encima, se apoyaba en los brazos colocados al lado de las caderas de ella y Harley luchaba por respirar.

Rozó la oreja de él con los labios y disfrutó del cosquilleo de su pelo en la punta de la nariz.

—¿La próxima vez? —preguntó. Reprimió una risita encantada, un poco infantil. Después de lo que acababan de hacer, dudaba de que fuera capaz de andar, pero esperaba impaciente la prometida próxima vez.

Jack gimió en su cuello.

—Dame diez minutos —se soltó de ella y la ayudó a bajar de la mesa.

Harley se subió las copas del sujetador y se subió las bragas, que tenía enredadas alrededor de un tobillo.

Jack estaba de pie en la entrada, con la ropa arrugada, despeinado, con la polla envuelta todavía en látex y sus ojos azul claro rozando el cuerpo desnudo de ella con un hambre impresionante, teniendo en cuenta la sesión que acababa de tener lugar.

Harley tomó su bolso y le pasó un pañuelo de papel.

«¿Le sugiero que se quede a pasar la noche?».

—Hay un baño ahí —señaló una puerta a la derecha, agradecida por aquellos segundos de interludio mientras él se libraba del condón.

Jack abrió la puerta y encendió la luz. Mientras echaba en la papelera la prueba de su apareamiento y se lavaba las manos, Harley tomó el vestido y lo sujetó delante de su desnudez en una muestra ridícula de modestia que la hizo sonrojarse.

Acababa de correrse como una supernova, de tocarse delante de él, le había permitido que la follara encima de una mesa, ¿y de pronto sentía vergüenza?

Jack volvió, recogió su billetero del suelo y se lo guardó en el bolsillo antes de tomarle la mano a ella. No hizo ningún comentario sobre el vestido escudo, sino que le sonrió, tiró de ella hacia sí y la besó en los labios con un ardor sorprendente.

Harley abrió la boca y su lengua se deslizó sobre la de él. Le echó el brazo alrededor del cuello y olvidó por completo la barrera del vestido para regodearse en otro de aquellos besos embriagadores.

—¿Harley? ¿Estás en casa? —preguntó una voz desde el interfono de la entrada.

La joven se separó de Jack de un salto, con los ojos muy abiertos y el corazón latiéndole con fuerza en la garganta. Corrió al interfono y pulsó el botón para hablar con su hermano.

—Sí —hizo una mueca, aferrando el vestido con una mano y las sienes con la otra. Se volvió de espaldas a Jack y bajó la cabeza.

¿Por qué no había ignorado a Ash? Le ardía la espalda y tensó el trasero, con la esperanza de que los tacones que seguía llevando puestos lo realizaran.

—¿Estás sola? —preguntó Ash. A menudo se veían por la noche para compartir una copa y contarse las cosas del día.

¡Maldición! ¿Qué podía decir? «No, acabo de follar con el enemigo de papá en la mesa antigua de...». Si decía la verdad, al día siguiente tendría a su hermano allí a desayunar dispuesto a investigar. Y entonces tendría que confesar también que había metido la pata con el contrato del Morris. Otra humillación más.

—Sí, claro —enderezó los hombros y cerró los ojos. Sentía la mentira como un millar de alfileres clavados en la piel. Casi podía sentir la inquietud golpeándole la espalda. O quizá procedía de dentro.

—Sírreme una copa. Bajaré en dos minutos.

El silencio amenazante del interfono inició una ensordecedora cuenta atrás. Harley se volvió hacia Jack con una disculpa burbujeando en su garganta.

Él se había abrochado la camisa y la chaqueta y su rostro carecía de expresión.

La joven apretó el vestido con más fuerza y lo sujetó a los costados con brazos rígidos.

—Ah...

¿Qué podía decir?

«No quería que mi hermano supiera que acabo de tener el mejor sexo de mi vida con el hijo de Joe Lane».

Manhattan era bastante pequeño. Escarbando un poco, Ash descubriría fácilmente que Jack era el presidente de Diseños Demont. Que había vuelto a entrar en su vida y lo había hecho con la fuerza de una apisonadora.

Jack se acercó más a ella y le apartó el pelo de la mejilla con un dedo.

—*Bonsoir*, Harley —dejó caer la mano al costado y se metió la otra en el bolsillo del pantalón con un gesto casual que a ella le transmitió tranquilidad y al mismo tiempo la irritó.

Se movió hacia él, suplicándole con los ojos con palabras que no podía articular.

Él se hizo a un lado, pero se volvió desde la puerta.

—Mírate al espejo. Tienes aspecto de bien follada. A mí personalmente me gusta, pero dudo de que tu hermano lo sepa apreciar.

Se marchó con esas palabras de despedida y una expresión vacía en el rostro.

Capítulo 5

Jack deslizó las tijeras debajo de la amplia cinta roja y sonrió a las cámaras que apuntaban en su dirección. El administrador del hospital le hizo un gesto de asentimiento y cortó la cinta entre los aplausos de la pequeña multitud congregada fuera de la nueva ala del Hospital Infantil del Bronx.

Aunque la sensación de orgullo que le producía donar tiempo profesional gratis a ciertos proyectos le provocaba calor interior, también le dolía el rostro por la presión de mantener una sonrisa amable. Despreciaba el acto de lamer culos, tanto hacerlo como recibirlo, y prefería juzgar y que lo juzgaran por sus acciones.

Su tolerancia habitual a la conversación cortés lo había abandonado. En su opinión, la culpa era de la noche anterior. El abandono de Harley a la química explosiva que había entre ellos había movido algo en él, una pieza que desconocía que no estuviera sincronizada hasta que ella le había confiado su cuerpo y su orgasmo.

El recuerdo de ella abierta de piernas debajo de él, con el pelo salvaje y acariciándose los pechos, de su mirada lánguida clavada en la de él cuando ambos llegaban al orgasmo, hacían que le cosquilleara la polla. Ella se había desplegado ante sus ojos, deslumbrante, desinhibida, reafirmando su placer como una diosa.

Él había acertado. El sexo entre ellos había sobrepasado lo imaginado. Su plan había sido pasar toda la noche dándole orgasmos. Volver a familiarizarse con su cuerpo y descubrir todas las facetas de la mujer en la que se había convertido.

Y luego ella lo había despedido. Otra vez. La contestación dada a su hermano equivalía a echarlo a patadas de su apartamento antes de que se hubiera secado el sudor o de que los latidos de sus corazones hubieran recuperado el ritmo normal.

¿Eso no había sido un rodillazo en sus todavía palpitantes testículos? Pero no tendría que haberle importado. Después de todo, había tenido su polvo de la venganza, ¿no? Y aunque pasar la noche entre sus bien torneados muslos habría sido una agradable bonificación placentera, su plan siempre había sido alejarse y ella solo había acelerado el asunto.

Reprimió la amargura que le producía el contraste entre el abandono de ella en sus brazos y el ninguneo que hacía que todavía le rechinaran los dientes. Pero había sido el recordatorio perfecto de que, aunque físicamente se compenetraban de maravilla ella ya lo había dejado plantado en otra ocasión.

Aceptó con una sonrisa varios apretones de manos de directivos del hospital, el alcalde y representantes de los pacientes, pero su encuentro con Harley le había agriado aquello. Echó un vistazo discreto al aparcamiento buscando a Trent, deseoso de salir de allí después de haber cumplido con su deber de cortar la cinta.

Su mirada se detuvo en seco.

Harley estaba a un lado del aparcamiento, con los ojos fijos en él y una chaqueta de

punto abierta a la ligera brisa. ¿Lo buscaba por tercera vez en dos días? ¡Maldición!, no se cansaba nunca.

En respuesta al pequeño gesto de asentimiento de él, ella cruzó el aparcamiento oscilando las caderas y con un brillo de determinación en su mirada. Solo Harley podía presentarse allí esa mañana después de haberlo echado a patadas la noche anterior, con intención de sacarle algo. ¿No había declarado él ya que sus polvos juntos se producirían a su modo y en sus términos?

A pesar de ello, su cuerpo reaccionó al verla. Controló sus músculos a la fuerza y adoptó una pose casual mientras el corazón le latía con fuerza y la sangre corría impetuosa, caliente y espesa por sus venas.

Harley lo acosaba. Insolente, segura de sí, probablemente decidida a conseguir lo que quería, ya fuera su adorado Edificio Morris o los orgasmos prometidos.

Su presencia allí, su persecución, ofrecían una dimensión nueva e interesante al juego. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar? ¿Hasta dónde podía llevarla él, empujarla?

¡Joder! Aquello le ponía mucho. El impulso de saborearla en la parte de atrás de su coche inundaba su boca de saliva. Había tenido una breve muestra la noche anterior en el ascensor, pero no era suficiente y él había planeado darse un atracón. Hasta que ella había invitado a su hermano a unirse a la fiesta.

Se excusó con sonrisas de las muestras de agradecimiento y las felicitaciones y se reunió con ella en mitad del aparcamiento. Le dio un beso rápido en las mejillas.

—Cuidado —miró a izquierda y derecha—. Podrían vernos juntos. Si crees que lo de anoche cambió algo, si has venido a suplicarme que acelere la venta del Edificio Morris, ahórrale el esfuerzo a tu bonita boca. No he cambiado de idea —había dejado muy claro qué era lo que quería de aquella boca bonita.

Ella alzó la cabeza y lo miró un momento en silencio.

—He venido a disculparme.

La brisa movió la corbata de él y Jack la metió dentro de la chaqueta y se abrochó el botón.

—¿Por qué?

La miró con las defensas firmemente en su sitio. Sí, conocía los gemidos estrangulados que lanzaba segundos antes de llegar al clímax y había aprendido que la emoción de ser descubiertos la excitaba, pero en su mayor parte, seguía siendo una extraña.

Harley alzó los ojos al cielo y suspiró, dejando caer los hombros.

—A noche no me porté bien —suspiró de nuevo y lo miró a los ojos—. No pensaba con claridad —rio y se sonrojó al mismo tiempo, lo que recordó a Jack su hermoso resplandor postorgásmico—. ¡Qué narices!, casi no podía pensar.

O sea que lo había pasado bien. Perfecto. El deseo le golpeó en el vientre, junto con otra emoción, más difícil de cuantificar. Aunque él no era dado a viajes de introspección.

—Yo... —el cuello de ella se puso rojo.

Jack se mordió la lengua y combatió el impulso de portarse como un caballero y echarle una mano. Ella suspiró y lo miró a los ojos.

—¿Podemos tomar un café?

Él reprimió una sonrisa y le lanzó un salvavidas. Uno pequeño.

—De acuerdo —levantó la barbilla—. Hay una cafetería en la acera de enfrente.

Harley miró en la dirección que él indicaba y arrugó la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Eres demasiado buena para el Bronx?

¿Por qué lo había seguido allí? Si conseguía sacarla de su zona de confort, quizá se mostraría tan sincera sobre sus motivaciones como lo era a la hora de expresar el placer.

Ella sonrió.

—Claro que no —contestó. Con una sacudida de su larga coleta plateada, echó a andar hacia el cruce.

Jack la alcanzó en dos zancadas, envuelto por el perfume ligero de ella. La noche anterior había llevado aquel olor encima hasta su apartamento. Cuando se mezclaba con la excitación de ella, su embriagador aroma se amplificaba más de cien veces y le había costado decidir entre ducharse o pasar otra noche empalmado y solo en su cama.

—¿Has diseñado tú la nueva ala? —Harley señaló con la cabeza en dirección al hospital y lo miró de arriba abajo como si buscara algo. Una pieza que faltaba, quizá. Una que nueve años atrás no se había molestado en quedarse el tiempo suficiente para encontrar.

Él asintió. Le cosquilleaba la boca por el afán de besar sus labios perfectamente pintados. Aunque solo fuera para recordarse que no era el único que sentía esa necesidad. Ese día llevaba un color claro, poco maquillaje y ropa profesional. ¡Cómo anhelaba desvestirla y despeinarla un poco, liberar a la diosa del sexo que ya sabía que acechaba bajo la elegancia sofisticada que había diseñado y llevaba como una armadura!

—¿Y te han pedido que la inaugures? —Harley levantó la cabeza y el gesto balanceó su coleta de lado a lado.

Jack se encogió de hombros.

—Soy un benefactor, he trabajado gratis y han insistido —cualquiera que fuera la opinión que tenía de él y los prejuicios que sintiera sobre el apellido Lane, no lo conocía. Él no tenía nada que ocultar ni tampoco tenía que probar nada.

La joven lo miró, no con la boca abierta, pero a él le bastaba con eso. El semáforo cambió. Jack le puso la mano en la parte baja de la espalda y la guio a través de la calle y hasta el interior de la cafetería Martinelli's.

Pidieron café. Los deliciosos aromas casi bastaban para hacerle sentir hambre de algo que no fuera Harley. Se acercaron a una mesa para dos al lado de la ventana, sacó una silla para ella y se sentó enfrente.

—¿Quieres algo más de mí? —preguntó.

La pregunta quedó suspendida en el aire. Había dado en el blanco. Ella se ruborizó y toqueteó la chaqueta y el bolso que tenía en el regazo. Sus ojos se posaban en cualquier parte menos en él.

«Curioso», pensó él.

Cuando al fin lo miró, ella tragó saliva.

—Tengo una proposición.

—Te escucho —contestó él. Su polla también estaba interesada.

Harley ladeó la cabeza y su pelo se balanceó sobre su hombro de un modo que hizo que él quisiera tocarlo.

—Estoy... —ella apretó los labios eligiendo las palabras— sin una relación estable en

este momento. Su mirada se endureció—. Y asumo que tú también.

Jack guardó silencio, se limitó a asentir con la cabeza, desesperado por ver adónde quería llegar. Ya había conocido sus dotes de negociación con el edificio que adoraba. Se moría de ganas de ver cómo negociaría el trato que se había cocido en su mente lista y decidida.

—Podríamos quedar de vez en cuando... —Harley se detuvo y se encogió de hombros, como si aquellas palabras no tuvieran mucho interés para ella, pero la tensión que rodeaba su boca contaba otra historia, y su pecho se movía en respiraciones rápidas y superficiales.

Jack se recostó en su asiento, con las piernas extendidas, sin dejar traslucir nada. Una ola de triunfo le calentaba el pecho. O sea que ella quería más. Eso encajaba muy bien con su plan de vengarse y que los dos tuvieran orgasmos.

Una parte de él podía tolerar ser su juguete sexual, si eso implicaba atiborrarse de su sublime cuerpo. Pero una parte mayor, la versión programada mentalmente, tenía también sus exigencias.

—¿O sea que quieres hacerme un hueco para echar un polvo entre una sesión de gimnasio y una cita para hacerte la manicura?

Apretó los dientes. No se sentía tan ultrajado como hacía creer. De hecho, su polla empalmada estaba lista para actuar. Lamentablemente para los dos, él no se dejaba dirigir con la misma facilidad.

Ella abrió mucho los ojos y lo miró fijamente.

—No, lo...

¡Qué giro tan inesperado! Ella había ido allí para explorar el sexo entre los dos, sexo lo bastante bueno para haberlo tenido en vela la noche anterior, incluso después de que ella le hubiera mentado a su hermano y lo hubiera echado a patadas.

Claramente, ella también había pensado en él. Era bueno saber que no estaba solo en aquella atracción reavivada hasta el punto de combustión.

Llegaron los cafés.

Jack acarició el asa de su taza y sintió satisfacción en el vientre cuando la mirada de ella siguió el recorrido de sus dedos. Sí, definitivamente, ella tampoco podía ignorar la conexión física que había entre ellos.

—¿Entonces te gustó lo de anoche? —preguntó él.

Harley sorbió su café y lo miró de hito en hito por encima del borde de la taza, aunque sus mejillas sufrieron otra oleada de calor.

—Mmm —musitó. Se encogió de hombros, como si un sexo así de bueno fuera algo corriente. Pero bien mirado, ella no estaría allí si fuera así.

Jack frunció los labios.

—¿Tu orgasmo fue mejor que el anterior? —se conformaría con la confirmación de que era un hombre que cumplía su palabra.

La joven alzó los ojos al cielo y hundió los hombros con un suspiro. Él creyó por un momento que se iba a negar a contestar. Después de todo, probablemente no se sentaba todos los días en una cafetería del Bronx a hablar de la calidad de sus orgasmos.

Cuando decidió mostrarse sincera, lo miró a los ojos.

—Tan bueno que dejé de respirar. Pero eso ya lo sabes —se colocó un mechón suelto de pelo detrás de la oreja y se ajustó el cuello de la blusa.

Jack lo sabía. Había sido testigo de su éxtasis desatado, se había regodeado en él y la ola de triunfo que le había producido casi había compensado que luego lo echara sin ceremonias. Casi.

Conocía instintivamente el cuerpo de ella como si hubiera tenido los últimos nueve años para aprender cada plano, cada contorno y cada punto de placer. ¿Y ella quería más?

Ladeó la cabeza y la miró a los ojos hasta que se retorció. Después de una pausa, él tomó su taza de café y dio un sorbo. La energía llenaba sus miembros, tal y como ocurría cuando negociaba un trato, pero más, como en los mejores tratos que había que ganar con esfuerzo. Y allí estaba ella, el premio por excelencia, dispuesta a suplicar por lo que le ofrecía.

—Si hacemos eso, tendrás que asignarle un tiempo —Jack dejó la taza en el platillo y tardó un poco en volver a mirarla a los ojos.

—No soy un semental al que puedas hacerle un hueco en tu ocupada agenda cuando tengas picores —continuó, al ver el ceño fruncido de ella.

Harley apretó los labios.

—Yo no asumía que...

Jack alzó una mano.

—Te llamaré en cualquier momento. En cualquier lugar —se encogió de hombros—. Si quieres más... —él también tenía límites. ¿Ella quería explorar aquella química explosiva hasta que se apagara? Pues muy bien. Pero en sus términos. Según su agenda y sus tiempos.

Tomó otro sorbo de café, esperando. La amargura perduraba en su lengua tanto como el sabor de ella. Si la cafetería no hubiera estado llena de oficinistas que buscaban una inyección de cafeína, habría pagado al dueño para que cerrara el local y se habría puesto a comerle el coño en aquella misma mesa hasta que la única palabra que ella pudiera pronunciar fuera «sí».

Mil emociones distintas pasaron por los ojos verde mar de ella a medida que batallaba consigo misma.

«Tienes que reorganizar tus prioridades, preciosa. Si me deseas, bien. ¿Pero hasta dónde estás dispuesta a llegar por mis prometidos orgasmos?».

—De acuerdo —murmuró ella. Fue un susurro ronco, apenas audible, pero a Jack le bastó.

La sangre fluyó a su entrepierna y su vientre se tensó con anticipación. Sonrió.

—Muy bien, *chérie*. Seré tu secretito verde.

Harley negó con la cabeza. La excitación se apagó un poco en sus ojos.

—No es así. Yo...

Jack alzó una mano con tranquilidad.

—Lo entiendo. La familia lo es todo, ¿verdad? —el sabor del café se volvió más amargo todavía.

Sí, las familias eran enemigas. Pero ellos pondrían reglas. Al parecer, el juego había empezado.

—¿Ha llegado la seda verde? —preguntó Harley a Belinda, la encargada de la tienda de Give en la Quinta Avenida.

La otra mujer asintió y señaló un perchero de muestras cerca de los probadores. Contestó al teléfono con un encogimiento de hombros de disculpa.

Harley se acercó al perchero y examinó con ojo experto las nuevas prendas. Pasó la mano por la tela exuberante, cuyo roce sensual le recordaba el modo en que la había tocado Jack. Con reverencia, con posesión, como si conociera su cuerpo. Como si le deseara tanto que no pudiera dejar de tocarla. Le cosquillearon los dedos. Ella conocía esa sensación.

«Te vas a correr pronto. Mírame».

Y había acertado. Harley se estremeció. En su vientre aleteaban recuerdos deliciosos de ese momento.

Revisó con impaciencia su adorada colección de otoño sin valorar las horas de duro trabajo, la lujosa tela ni los diseños halagadores para la figura femenina. Le picaba la piel. Cada segundo que no tenía noticias de él aumentaba su anhelo por volver a tenerlo dentro, que sin duda era exactamente la reacción que él quería.

«Bastardo».

Había intentado hacer desaparecer el anhelo constante que sentía y disminuir así el poder de él sobre ella. Se había masturbado esa mañana, y su tibio orgasmo se había burlado de sus esfuerzos. Y no había ayudado. Obviamente, su cuerpo rehusaba volver al mediocre placer onanista. Después de haber conocido la maravillosa destreza en el dormitorio del Jack adulto, ansiaba la variedad de primera clase con su acompañamiento de clavar las uñas en las sábanas y exclamaciones roncas. Y eso solo podía encontrarlo con Jack.

Belinda terminó la llamada y se disculpó en voz alta mientras escribía una nota. Harley emergió de su trance y miró a su competente encargada con una sonrisa. Su presencia allí no era necesaria, pues su negocio era una máquina bien engrasada con empleados competentes y dignos de confianza que entendían sus prioridades y limitaciones.

De hecho, funcionaba mejor sin su... interferencia. Había aprendido pronto a dejar los pedidos, las facturas y la contabilidad en manos de otros. La única vez en que, al poco tiempo de abrir la tienda, había enviado a Belinda a almorzar fuera, había tenido que esconderse en la trastienda para ocultar su ataque de pánico ante una clienta que había insistido en que utilizara el ordenador al instante para pedir una prenda en particular de su talla.

La joven se apoyaba en sus empleados más de lo que debería, pero los recompensaba bien. Y como su adorado taller de trabajo estaba arriba, visitaba regularmente la tienda de estilo boutique para asegurarse de que todo estuviera como quería para su fiel y creciente clientela, que gustaba de la marca de lujo con conciencia social que ella ofrecía.

—Vamos a poner esto en el escaparate, ¿te parece? —Harley sacó un vestido de seda verde del perchero y empezó a retirar el plástico que lo envolvía—. Lo combinaremos con los zapatos de ante marrón.

Las hojas de cálculo, el marketing y la correspondencia eran demasiado para ella, pero tenía muy buen ojo para combinar prendas, accesorios y para contrastar texturas.

Belinda asintió, con la atención fija en alguien que entraba en la tienda detrás de Harley. Esta hizo un gesto con la mano a su encargada, quien avanzó hacia la parte delantera de la tienda para interceptar al cliente.

Harley colgó el vestido en un gancho fuera del probador y se inclinó a tomar los zapatos que complementaría con aquel vestido en particular. «Sí. Eso funciona» Diseñaría una chaquetilla torera que iría a la perfección con aquel conjunto. Perfecto para la ópera, el teatro o...

Su teléfono vibró y lo sacó del bolso. Decepcionada, vio que el mensaje era de su ayudante, quien le confirmaba su cita para almorzar con una famosa a la que le gustaba mucho su marca y quería hablar de promocionarla. Y se llevó una decepción aún mayor cuando se dio cuenta de que no le había dado a Jack su número.

—¿Esperas una llamada importante?

El aliento de él le calentó la nuca, haciendo que se le erizara el vello. Harley dio un salto, pero luego se disipó la sorpresa, dejando en su lugar la palpitación de los pezones, una emoción poco conveniente provocada por la voz ronca de Jack. Cerró los ojos, respirando con fuerza, y combatió el impulso de apoyarse en el pecho firme de él.

Intentó adoptar una expresión neutral y se giró lentamente a mirarlo. El impacto de su presencia, vestido de traje y sexy como un demonio, envió chispas eléctricas entre las piernas de ella. Tragó saliva.

—¿De compras? —se puso una mano en la cadera—. ¿Podemos ayudarte a encontrar algo? —no quería que él supiera el efecto que producía en su cuerpo, pero eso no implicaba que no pudiera disfrutar del efecto que ella causaba en él.

Se lo comió desvergonzadamente con los ojos. Iba vestido con un traje negro como el carbón, camisa azul y corbata. Harley pensó si podría cerrar la tienda, proponerle un almuerzo temprano a Belinda y persuadirlo de que se quitara aquel traje immaculado.

Contuvo el aliento cuando la miró a su vez. «Por favor, que esté aquí por sexo». Las bragas de ella se mojaron y el deseo se enroscó en su vientre a medida que una lujuria incontrolable recorría su cuerpo.

Jack enarcó una ceja y frunció su boca pecadora.

—Tal vez —ladeó la cabeza y se abrió la chaqueta para meter las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Tienes tiempo para mostrarme esto?

El chaleco que dejó al descubierto hacía juego con el traje. Harley quería desenvolverlo capa tras capa, verlo totalmente desnudo y hacer una gira por su cuerpo sexy.

Él esperaba, sin dar señales de que le hubiera leído la mente o compartiera sus pensamientos. Ella se sonrojó. ¿De verdad quería él mirar ropa de alta costura y no dejarla desnuda en la trastienda?

—Claro que sí —contestó. Dejó su bolso en el mostrador, donde la discreta Belinda se afanaba ante el ordenador. El corazón le latía con fuerza, y no era solo expectación sexual.

Su negocio, su pasión, era más que un trabajo para ella. ¿Entendería él lo que intentaba lograr? ¿Lo duro que había trabajado? ¿Lo que había tenido que vencer hasta que su tienda de la Quinta Avenida había empezado a dar el dinero suficiente para financiar

iniciativas que ella consideraba importantes?

Jack no sabía lo realizada que se había sentido la primera vez que había creado algo con las manos, el verano que se había quedado con su abuela, quien había pasado largas horas enseñándole a coser con paciencia. Por primera vez en su vida, algo le había resultado fácil a Harley, cuando todo lo demás, leer, matemáticas o escribir, era para ella un esfuerzo.

¿La entendería o despreciaría sus logros, como su padre y como Phil? Carraspeó y le miró a los ojos. Los de él mostraban un interés genuino.

—Give es una tienda concepto.

Él asintió. Se tocó el hoyuelo de la barbilla con el pulgar y el índice sin dejar de mirarla. Ella apartó la vista, incapaz de ver los juicios de él, suponiendo que los hubiera. Se acercó a una pared de zapatos exquisitos, todos diseñados por ella y fabricados en los Estados Unidos.

—Por cada par de zapatos que vendemos, cada bolso, cada artículo de ropa, los beneficios se convierten en comida y ropa para países del Tercer Mundo.

Jack frunció el ceño.

—¿Todos los beneficios?

Harley asintió, adelantando la barbilla. Ya lo había oído todo antes. Una locura. Una ingenuidad. Ridículo.

—Yo me quedo un sueldo modesto. Lo demás es excedente. Prefiero verlo haciendo el bien que guardado en el banco —se sonrojó. ¿Por qué le importaba la aprobación de él?

—Y no tengo accionistas a los que calmar. La tienda es alquilada. Se vende más *online* que presencial, así que los gastos generales no son muchos.

Sea cercó a la zona de maquillaje, muy consciente de la proximidad de él.

—Todos los cosméticos de Give están fabricados sin utilizar animales y empaquetados por adultos discapacitados aquí en Nueva York —dijo.

La sorpresa y admiración que vio en el rostro de él inundó su cuerpo de calor, potenció su orgullo por lo que había creado, sensación de la que ella misma a veces no conseguía disfrutar. Demasiado tiempo dudando de sí misma y de sus habilidades para perder la costumbre y asumir sus logros, al menos en su interior.

Acuciada por el interés de él, siguió hablando de su trabajo.

—Hasta nuestra línea de lencería contribuye también de algún modo —pasó una mano por un perchero de prendas interiores de seda y encaje, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Las ventas financian iniciativas sobre problemas de mujeres alrededor del mundo.

Jack miró un camisón y recorrió con los dedos el borde de encaje de un tanga rosa pálido.

—¿Y tú diseñas todo lo que hay aquí? —se acercó más, mirándola con tanta intensidad que ella sintió ganas de esconderse.

A sintió. Apretó los muslos cuando él dejó el dedo en la tela de seda. El aire se espesó, el calor por la proximidad de él hacía que se sintiera mareada de anhelo. Ni siquiera la tocaba y estaba lista para estallar en llamas.

Él tomó la prenda, si se podía llamar así a un trozo minúsculo de tela, del perchero y lo alzó entre ellos mirándola con malicia.

—Tienes mucho talento —musitó con voz baja y seductora. Le llameaban los ojos. La imaginaba con el tanga que tenía en la mano.

Harley ladeó la cabeza. Aquello era un reto y sentía tentaciones de correr a los probadores y obedecer. De borrarle la sonrisa chulesca de la cara y reemplazarla por la lujuria ardiente.

—¿Quieres ver mi taller de trabajo? —se le oprimió el pecho. ¿Por qué había dicho eso? ¿Su santuario? El espacio creativo era el único lugar que le relajaba la mente y le daba confianza en sus habilidades.

Jack asintió y la siguió a la trastienda y después por un tramo estrecho de escaleras, con el tanga todavía en la mano.

La luz entraba en la habitación por ventanales que iban desde el cielo hasta el techo y ella miró a su alrededor, intentando adivinar lo que vería él. Dos mesas largas dominaban la habitación, había estanterías con patrones de papel a lo largo de una de las paredes y rollos de tela llenaban todos los rincones y recovecos.

—Estoy trabajando en mi colección de primavera —señaló los bocetos y retazos de tela que atiborraban la mesa más cercana. Enderezó los hombros mientras él observaba en silencio su trabajo.

—¿Cosas tú misma los diseños? —preguntó Jack. Señaló un maniquí de modista cubierto con un vestido de estilo caftán a medio terminar.

Harley asintió.

—Solo las muestras. Para ver si el diseño funciona como lo veo en mi cabeza.

El calor de la mirada de él la hizo estremecerse. Jack dejó el tanga al lado de los bocetos y la miró.

—Estoy impresionado.

Sus palabras le calentaron las venas a Harley y el pecho se le expandió con el elogio.

—Gracias.

Jack sonrió. Era la primera imagen que tenía ella de la sonrisa juvenil que solía prodigar de joven y reprimió un respingo. Tuvo el impulso loco de contarle por qué había terminado la relación con él. Se mordió el labio para no hacerlo.

—Recuerdo que siempre estabas dibujando —comentó él. Era la primera vez que alguno de los dos mencionaba directamente su relación pasada, si es que se podía llamar así. Siguió un silencio pesado—. Tienes mucho talento y has creado algo que vale la pena.

La joven casi se cayó al suelo. Estaba bien que recordara su pasatiempo favorito de adolescente, pero que entendiera lo importante que era Give para ella la dejaba sin palabras. ¿Tan desesperada estaba por recibir elogios, porque alguien le reafirmara que hacía bien en emplear su tiempo y su talento en aquel sueño?

Jack metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un sobre.

—Unos documentos para que los firmes.

Harley lo miró con la boca abierta.

—¿El Edificio Morris?

Él asintió. El calor de sus ojos eclipsaba el efecto de su sonrisa. Se inclinó y respiró hondo cuando captó el olor de ella.

—No lo abras hasta que me haya ido —susurró.

Le miró la boca, que Harley estaba segura de que estaría abierta para permitirle jadear y salivar.

—Espero que estés libre esta noche.

La joven asintió con un gesto automático, como si él hubiera lanzado un hilo directo a su clítoris palpitante. Y luego se puso seria y apretó los labios.

—¡Maldita sea! No puedo. Tengo una gala benéfica —eso apagó su excitación con más eficacia que si se hubiera sumergido en una bañera de agua helada. «¿En serio, Harley? ¿Tan desesperada de sexo estás?».

Esperaba que a él no le gustara eso. Después de todo, había fallado la primera prueba de aquel nuevo... arreglo.

—¿Dónde? —preguntó él.

—En el Salón Hammerstein —musitó ella, desanimada.

Lo que había empezado como un evento muy esperado de su agenda social acababa de convertirse en un ejercicio torturante de autosacrificio. Porque bajo la mirada de Jack acechaba una promesa de seguir explorando la química entre ellos. Estallar en pedazos en manos de Jack. Había modos peores de morir.

—¿Qué te vas a poner? —los ojos de él la acariciaron de la cabeza a los pies. Su brillo de aprobación resultaba evidente—. ¿Algo más provocativo, quizá?

La temperatura de ella volvió a subir, pero esa vez el calor pinchaba en lugar de quemar. No era culpa de él. Jack no sabía lo susceptible que era a ser juzgada por su aspecto.

La primera vez que Hal la había descrito a un colega como «la guapa», ella tenía trece años. Y cada vez que repetía ese apodo con satisfacción, ella recordaba la primera vez que lo había dicho y sentía de nuevo el pinchazo como si le clavaran un millar de alfileres.

Se acercó más, siguiéndole el juego seductor a Jack. Le rozó la oreja con los labios y él respiró con fuerza. Ella sonrió, disfrutando de las volutas de poder que bajaban a su vientre para unirse al burbujeo constante de su sangre cuando estaba en presencia de él.

—¿No te gusta cómo visto? —susurró ella con malicia.

Jack se inclinó hacia atrás y posó las manos en las caderas de ella.

—Al contrario.

Harley sonrió con dulzura.

—Me alegro, porque me visto para mí. No soy un muestrario de ropa —casi nunca se ponía las prendas más provocativas que diseñaba. Prefería ropa profesional a sexy. Era su modo de declarar que valía más que su aspecto.

Él la miró a los ojos. Los suyos llameaban.

—¿He tocado un punto sensible?

Ella apartó la mirada y se sonrojó.

—A Hal le cuesta tener una hija que no ha ido a Harvard. Le gusta justificar mis... limitaciones, llamándome la imagen de Jacob Holdings.

Pobre Harley, sus notas son terribles, pero al menos puede contar con su belleza.

Jack tragó saliva. Apretó la mandíbula.

—Eres una mujer hermosa. No puedes ocultarlo, te pongas lo que te pongas.

La joven se encogió de hombros. A lo largo de los años, su padre había intentado a

menudo tentarla para trabajar en Jacob Holdings sugiriendo que se prestara a participar en las campañas publicitarias.

—No. Pero soy algo más que mi aspecto, igual que tú eres algo más que el tuyo — cuando le había dicho a Hal que tenía el sueño de estudiar diseño de moda y montar su propia marca, el rechazo de él había sido predecible, pero no por eso menos devastador.

Jack inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento, con algo que parecía respeto asomando a sus ojos. Su expresión cambió de juguetona a seria.

—Por lo que veo —miró a su alrededor—, tu carrera y tu sueño valen mucho la pena.

Harley se encogió de hombros. Retrocedió desde el precipicio de la vulnerabilidad. Había decidido hacer carrera sola, apartada de Hal y de sus comparaciones constantes con sus hermanos, ambos licenciados en Harvard. Pero le costaba mucho romper la costumbre de toda una vida de dudar de su valía.

Él se acercó más. No la tocó, pero bajó la cabeza hasta que su aliento le hizo cosquillas en el cuello y su olor acre la envolvió.

—Pero que sepas que, te pongas lo que te pongas esta noche, te desnudaré hasta ver ese coñito perfecto que tienes y te estaré follando con la vista toda la noche —se enderezó con ojos llenos de pasión—. Espero que eso arruine tu lencería cara.

Harley soltó un grito entrecortado. Su ropa interior sufrió un castigo, tal y como él acababa de predecir.

Jack le dio un beso casto, casi desdeñoso, en la mejilla, le guiñó un ojo y desapareció escaleras abajo contoneándose.

«Primer asalto para Jack».

Mientras se recuperaba, Harley ideó un plan de venganza. Volvió a la tienda, sonriente y buscó el tanga rosa pálido que él había tocado antes y un sujetador a juego sin tirantes.

—Belinda, añade esto a mi cuenta. ¿Puedes terminar el escaparate sin mí?

La encargada asintió y Harley envolvió la lencería en papel de seda con el logotipo de Give.

Si Jack quería jugar, ella también podía hacerlo.

Capítulo 6

Harley reprimió un bostezo y volvió su atención al hombre que la tenía cautiva. El señor mayor, un colega de negocios de su padre, que afirmaba que la recordaba con coletas y *brackets*, había monopolizado su compañía los últimos treinta minutos con un monólogo sobre las ventajas de hacer negocios con Jacob Holdings.

La gente socializaba a su alrededor, pero el anciano no daba señales de soltarla. Sus adulaciones no le servían de nada con Harley, aunque Ash andaba por allí en representación de los Jacob.

Harley miraba de vez en cuando a su alrededor, desde los techos elaborados y pintados a mano del Salón Hammerstein hasta las mesas, decoradas con miles de lucecitas. Lo único que la mantenía en la gala Mujeres para Mujeres, una vez que la parte de recaudación de fondos y concienciación había terminado, era la prometida aparición de Jack.

¿Llegaría? ¿Estaba ya allí? Cada pocos minutos sentía escalofríos, como si la observara sin ser visto. Reprimió un estremecimiento, que le puso carne de gallina. «Ya te gustaría».

Repitió una vez más en su mente la nota de él, escrita con la caligrafía firme que recordaba a la de las cartas de amor que le había enviado desde Francia durante los largos meses entre unas vacaciones familiares y otras.

Te imaginaré desnuda cada segundo hasta que vuelva a verte. Esta noche me emplearé a tope. Será mejor cada vez.

J

Le temblaron las piernas. La idea de que hubiera algo mejor que lo de la última vez, cuando la había follado tan a conciencia en su vestíbulo, hacía que se le aflojaran las rodillas. Pasó la vista una vez más por el salón de baile en busca de la figura alta de él, vestida con alguno de sus trajes caros de corte impecable.

Volvió los ojos a su tedioso compañero de conversación, maldiciendo su educación innata, que le impedía alejarse sin más e ir en busca de Jack.

Y de pronto allí estaba. A solo tres metros de distancia.

Contuvo el aliento y se le humedecieron los ojos. Algo visceral se movió en su interior cuando vio el aire de sofisticación varonil que lo envolvía.

Él conversaba con la presidenta de Mujeres para Mujeres. Cuando sus miradas se encontraron, enviando electricidad a través del espacio que los separaba, a ella se le aceleró el pulso. El calor que afloraba a su vientre amenazaba con incinerarla en el sitio.

El esmoquin negro le sentaba de maravilla y el brillo de sus ojos azules cuando le lanzó una sonrisa sexy taimada eclipsaba el de las luces del ambiente.

Harley apartó la vista y suplicó para que su rostro no mostrara la excitación que hervía en su cuerpo. Si el anciano interpretaba mal su entusiasmo, no se libraría nunca de él.

Escapó poco después, con burbujas de anticipación tamborileando en su sangre. Jack había desaparecido del lugar donde estaba momentos antes. Decepcionada, lo buscó con la vista. Estiró el cuello por encima del mar de cabezas que llenaban el salón.

—Una gala estupenda —Ash la tomó por la cintura y le dio un beso en la mejilla. Ella sonrió, distraída, y se esforzó por mirar a su hermano y no seguir buscando a Jack entre la masa de invitados glamurosos.

—Esta noche estás guapísima. ¿Este vestido es tuyo? —su hermano, su mayor fan, observó el vestido, una creación sin hombreras con una apertura hasta el muslo.

Harley asintió y miró con admiración a su atractivo hermano.

—Tú también estás muy bien. ¿Has venido solo? —Ash nunca iba muy lejos sin alguna belleza escultural del brazo. Aunque nunca le duraban lo bastante para que Harley descubriera sus inclinaciones políticas o sus aspiraciones en la vida. Ash había sufrido un desengaño fuerte en una ocasión.

Sonrió.

—Sí. ¿Por qué? ¿Ves a alguien que me pueda interesar? —miró a su alrededor observando a la multitud.

Harley le dio un codazo. Él le guiñó un ojo, con la expresión arrogante que lo había rescatado de incontables travesuras en la infancia, y se volvió para tomar un par de copas de champán de un camarero que pasaba.

La joven hizo una mueca y se volvió en dirección contraria cuando el viejo de antes volvió y arrinconó a su hermano, al que llamó Jacob Junior, un nombre que Ash odiaba. Este detuvo la huida de ella poniéndole una mano en el brazo y la arrastró al círculo de la conversación con una sonrisa tensa y una copa de champán.

Con la huida temporalmente anulada y a su hermano ocupado con el hombre aburrido, ella sorbió de su copa y miró disimuladamente a su alrededor en busca de Jack.

Esa vez, cuando sus ojos se encontraron, él se disculpó con el grupo donde estaba y avanzó hacia ella sin dejar de mirarla.

A Harley se le secó la garganta. Sus pies avanzaron medio paso en dirección a él. La seda del vestido raspaba su piel sensible, sus terminaciones nerviosas cosquilleaban mientras ella le sostenía la mirada osada y seductora, confiando en que la suya expresara lo mismo.

¿Cómo conseguía él matar su autocontrol y alterarla fácilmente con solo enarcar las cejas o con una mirada apasionada que parecía hablar directamente a su libido descontrolada? Descontrolada por él.

Tragó saliva y miró a Ash, que seguía atrapado en la conversación pero lo bastante consciente del deseo de libertad de ella como para lanzarle una mirada de advertencia.

Harley aguantó firme, esperando, con la una expectación que resultaba mucho más potente que el champán. Toqueteó la falda de su vestido, disfrutando del brillo de apreciación en los ojos de Jack.

Se había vestido pensando en él, había elegido su vestido favorito y usado la lencería rosa pálido, que contrastaba bien con su tono de piel cremoso y realzaba su trasero. Si,

como aseguraba, él tenía visión de rayos X, en ese momento tenía algo interesante que ver.

Al fin llegó a su lado, atractivo y viril, impecablemente vestido y follándola con la vista, como había prometido.

—Estás muy hermosa —le susurró en el cuello cuando se inclinó a besarle una mejilla y luego la otra.

Harley inhaló su olor durante un segundo de puro placer.

—Gracias. Es uno de mis vestidos favoritos.

—Mío también. Hermosa y con talento —su voz era baja, un murmullo, y aunque estaban rodeados de gente, con Ash a pocos pasos de distancia, creaba sin esfuerzo una burbuja de intimidad.

La joven rio.

—Yo podría decir lo mismo de ti —observó el esmoquin, disfrutando una vez más de la amplitud de sus hombros y del modo en que se estiraban los pantalones a través de las delgadas caderas—. ¿Italiano? —alzó la chaqueta para inspeccionar el destello del forro de color que había captado y el corte.

Jack sonrió.

—Francés. Un diseñador nuevo —le tocó la cintura y la atrajo hacia sí—. Si quieres, te lo presentaré la próxima vez que estés en París —bajó de nuevo la cabeza y le rozó la oreja con los labios, de modo que solo ella pudiera oírlo—. ¿Estás mojada? ¿Has soñado toda la tarde con el orgasmo que te voy a dar?

Harley se inclinó hacia él, pero se enderezó en el último momento para negarse la sensación del torso firme y del brazo fuerte de él alrededor de su cuerpo. Alzó la vista con aire inocente.

—A lo mejor no he podido esperarte y me he encargado de cubrir mis propias necesidades.

En lugar de reñirla, él rio y negó con la cabeza con ojos brillantes.

—Bien. En lo relativo a orgasmos, la práctica ayuda a la perfección.

¿Cómo lo sabía? ¿Era una especie de gurú sexual en su tiempo libre? ¿Y le importaba eso a ella, siempre que recogiera los obvios y abundantes beneficios de su sabiduría?

Otro cuerpo entró en su espacio personal, lo que acabó con los chispazos de lujuria que había entre Jack y ella. Ash sonrió, sin percatarse de nada.

—¿Mi hermana te está intentando convencer de que hagas un donativo? —preguntó—. Es muy tenaz con sus causas, te lo advierto.

Harley bajó la barbilla para intentar ocultar el calor que le inundaba el pecho. Lo que ella quería de Jack era otra cosa y, si miraba en ese momento a Ash, este quizá lo vería claramente en su cara.

Su hermano tendió la mano a Jack para saludarlo. Su sonrisa de cortesía se apagó un poco. Sin duda intentaba saber de qué lo conocía.

¡Maldición! Harley había olvidado que ocurriría eso.

—Siempre estoy encantado de contribuir a una causa que lo valga —repuso Jack—. Especialmente si es importante para Harley —estrechó la mano a Ash y lo miró sacando pecho, con esa postura de enfrentamiento que tienen los hombres.

Siguió un silencio. La joven miró a Ash para ver si había reconocido a Jack. Movi6 la mandíbula, pero de su boca no sali6 ning6n sonido. No sabía qu6 decir. No podía poner nombre a lo suyo con Jack y estaba reacia a exponerse al criticismo probable de Ash.

Jack le lanz6 un salvavidas.

—Jack Demont. Tú eres Ash Jacob —dijo.

Harley sali6 de su trance y su mano busc6 instintivamente el brazo de Jack mientras ella ampliaba las presentaciones.

—Jack es arquitecto y promotor inmobiliario. ¿Recuerdas que estoy comprando el Edificio Morris?

Ash asinti6. Mir6 a su hermana y a Jack con aire de haberlo reconocido. Harley dej6 caer el brazo al costado, pero Jack se acerc6 m6s y le puso una mano posesiva en la cadera. ¿La estaba reclamando para sÍ?

—Seguro que me recuerdas. Soy el hijo de Joe Lane.

Alz6 la barbilla y mir6 a Ash de frente. Sigui6 un torneo silencioso de enfrentamiento con ambos hombres midiéndose mutuamente como suelen hacer los hombres. Valorándose en silencio, con una sonrisa fija en el rostro, sin dejar traslucir nada.

Harley tambi6n mantuvo el tipo, aunque anhelaba disipar la testosterona que impregnaba el aire. Despu6s de aÑos de intentar encajar en el molde Jacob, le habrÍa gustado que hubiera dejado ya de importarle lo que pensara su familia de sus opciones.

Odiaba su dislexia cada vez que veía una chispa de decepci6n en los ojos de Hal o cada vez que la comparaba abiertamente con sus dos hermanos y habÍa intentado hacerse su propio camino, haciendo algo que amaba, algo que se le daba bien y marcándose sus propios objetivos, pues era el 6nico modo de poder recuperar algo de su destruida autoestima.

Pero las dudas sobre sÍ misma estaban muy arraigadas en su interior. Le cosquilleaban los hombros por el esfuerzo de mantener la espalda recta, aunque, en honor a la verdad, Ash ocult6 sus pensamientos detr6s de una sonrisa pequeÑa pero cort6s.

—Por supuesto. ¿Cu6nto tiempo! ¿Te has instalado en Nueva York?

A Harley le dio un vuelco el coraz6n. Conocía aquella mirada. Tenía una conversaci6n pendiente con su hermano. Y entonces se le ocurri6 otro pensamiento que le hel6 la sangre. ¿Estaba enterado Ash del verdadero motivo de la ruptura de los Lane y los Jacob? Despu6s de todo, trabajaba a diario con Hal. Y si lo sabía, ¿lo dejaría caer en la conversaci6n en una especie de menosprecio de macho?

Jack alz6 la barbilla.

—Temporalmente. He abierto oficinas aquÍ hace poco, pero dirijo la mayoría de mis negocios desde Londres y ParÍs.

—Y vosotros dos... —Ash seÑal6 con el dedo entre ambos.

—Nosotros... —intervino Harley. Pero se detuvo. ¿Qu6 podía decirle a su hermano?

¿Tengo el mejor sexo de mi vida? ¿Le hice una proposici6n sexual a Jack tomando caf6? ¿Antes de que termine la noche, espero gritar su nombre con fuerza suficiente como para despertarte? ¿Y no, no le he contado la aventura de papá con su madre, asÍ que ten la boca cerrada?

El est6mago le dio un vuelco.

—Me encantó descubrir el interés de Harley por una propiedad que vendo yo, sobre todo cuando descubrí lo que ha planeado para el Edificio Morris.

Ella lo miró. El corazón le bailó en el pecho y el miedo remitió. Jack le lanzó una mirada y le guiñó un ojo, al tiempo que flexionaba los dedos en la cadera de ella. El calor inundó el cuerpo de la joven y se concentró entre sus piernas. Cuando él se volvió a mirar a la banda de música, que había vuelto al escenario, Ash lanzó una mirada breve a su hermana.

Esta negó con la cabeza y apartó la vista. Sabía lo que hacía. Explorar una atracción sexual intensa. A nadie le importaba con quién follaba ella. Desde luego, no a su hermano ni mucho menos de su padre. Y Jack y ella no iban en serio, así que no había necesidad de recordar historias antiguas.

—¿Y vosotros...? —Ash dejó la pregunta en el aire.

Harley le lanzó una mirada de advertencia, pero las palabras no pronunciadas sonaban altas y claras.

¿Qué haces? A papá le va a dar algo cuando se entere.

—¿Si voy a sacar a bailar a tu hermana? Sí —Jack señaló con la cabeza la pista de baile que ofrecía una distracción socialmente aceptable para dos viejos amigos que acababan de reencontrarse—. ¿Vamos?

Harley asintió. De inmediato sintió los pies más ligeros. Se despidió de Ash con un beso en la mejilla y le apretó el brazo en señal de advertencia. Y por una vez, su hermano no dijo nada.

A veces resultaba horrible ser la pequeña de la familia. Por mucho que hubiera crecido o triunfado, nunca podía abandonar ese papel. Aunque ella era solo la más joven por siete minutos. Y, por supuesto, nunca había sido lo bastante triunfadora para el estándar familiar.

El hecho de ser la única que conocía los amoríos de Hal le revolvió el estómago. Percibió eso de su mente, decidida a disfrutar de la compañía de Jack sin interferencias de su familia. Se echó en sus brazos, agradecida a la seguridad de sus pasos y a la firmeza con que la guiaba bajo las luces con una mano en la cintura. Lo observó. No mostraba irritación ni mala voluntad. Y desde luego, no ocultaba su interés en ella y continuaba donde lo habían dejado cuando los había interrumpido Ash. Obviamente, le importaba un bledo lo que su hermano pensara de él.

«Si yo pudiera conseguir lo mismo...».

—Háblame de ese orgasmo —dijo él.

Su cambio de tema fue tan brusco que el cuello de Harley protestó cuando echó atrás la cabeza para confirmar el brillo pícaro de sus ojos. Miró a su alrededor. A su lado se movían cuerpos, pero nadie parecía haberlo oído.

Jack rio y el sonido reverberó en su pecho y envió chispas eléctricas a los pezones de ella.

—Has sacado tú el tema, preciosa —él se lamió el labio inferior y apretó el pene empalmado en el vientre de ella, para lo que tuvo que colocarse indecentemente cerca. Le rozó la oreja con los labios—. ¿Pensabas en mí cuando te acariciabas?

Era inútil negarlo. Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Sí.

Él la miró triunfal. Era la mirada chulesca del que no esperaba menos.

—¿Y qué tal ha sido?

—Perfectamente apropiado, gracias —el ego de él no necesitaba más incentivos.

Jack sonrió, aunque con menos seguridad en sí mismo. Dejó de bailar, la agarró con más fuerza y la apretó contra sí mirándola con intensidad.

—¿Puedo introducir mi número en tu teléfono? —preguntó.

Harley se derritió por dentro. Lo pedía como un caballero anticuado aceptando un favor de ella con educada cortesía.

—¿Por qué? —preguntó. Reprimió una sonrisa, pero sacó el teléfono del bolsito de noche y se lo pasó con el pulso latiéndole con fuerza.

Jack anotó su número con ojos brillantes con una mano, mientras la sujetaba con la otra. Cuando le devolvió el teléfono, reanudó el baile lento.

—La próxima vez que tengas una urgencia, llámame. Un poco de sexo telefónico puede animar la rutina. Lo haremos juntos —sonrió con fuego en los ojos—. Nos hablaremos.

La joven pensó que ningún sexo con Jack, telefónico o no, podría describirse como rutinario. Y había confundido su cortesía de caballero. Como mucho, un caballero negro.

Desde luego, el recuerdo de la sesión en la mesa del vestíbulo tenía todavía el poder de lograr que se le contrajeran los músculos internos. Pensar en él acariciándose mientras ella hacía lo mismo, y que el único contacto entre ellos fueran sus sonidos y palabras sucias de aliento, la hacía sentirse mareada. ¿Revertiría él a su francés nativo en la cima de la pasión?

Jack suspiró y su aliento caliente bajó por el cuello de ella.

—Aunque la imagen de ti masturbándote... Yo podría hacer muchas cosas por ver eso —la mirada que posó en ella la dejó temblando de anticipación y muy excitada.

¿Cómo podía conseguir eso con solo unas pocas, aunque explícitas, palabras y una mirada intensa?

Entonces los ojos de él se volvieron diabólicos.

—¿Te vienes a casa conmigo o estás ya suficientemente satisfecha por hoy?

A Harley le tembló el vientre. Apretó los labios y lo miró a los ojos.

—Eso depende. ¿Valdrá la pena? Has dicho que cada vez mejor.

Jack asintió, seguro de sí mismo. Bajó la cabeza y sus labios le acariciaron la oreja una vez más, provocando una cascada de cosquilleos.

—Tengo un as en la manga.

La joven sonrió.

—Pues vamos a acabar con esto y ver lo que has planeado, porque acepto tu promesa.

La necesidad de Jack se solidificó en determinación en cuanto ella entró en su apartamento. Había luchado por lo que quería todos los días de su vida adulta, y en aquel momento, lo único que había en su agenda era tener a Harley completamente desnuda para demostrarle una y otra vez esa determinación, hasta que estuviera totalmente convencida.

Se había abstenido de tocarla en el automóvil para incrementar la expectación, hasta que a él mismo le picó la piel y todos sus músculos le pidieron que la tocara. Pero esa espera valdría la pena para los dos.

Desde que había visitado su tienda y presenciado en persona la pasión y la dedicación de ella a su carrera, no había dejado de pensar en ella. No en la ropa que llevaría esa noche ni en cómo estaría desnuda en su cama, en su suelo o en cualquier otro lugar donde pudieran acabar.

Pensaba en cómo se había abierto a él, le había mostrado su taller, sus bocetos e incluso su vulnerabilidad por las burlas crueles del gilipollas de su padre. Pero apartó eso último de su mente para no acabar rompiendo algo. Aunque no era asunto suyo.

Esa noche imperaba el placer.

—¿Hay algo que quieras, aparte de a mí entre tus muslos perfectos? —se acercó mientras ella miraba la zona de estar tenuemente iluminada y le susurró esas palabras con voz ronca, en parte intencionada, porque disfrutaba con los pequeños temblores de la reacción de ella y porque su propio deseo casi lo dejaba sin oxígeno.

Se recordaba a menudo, con resolución, que aquello era solo físico. Un juego.

Harley movió la cabeza y su olor flotó en una nube de calor teñida con un toque de excitación que se vio incapaz de ocultar. Él llevó las manos a las caderas de ella y encontró con los dedos el hoyo justo debajo de la parte del hueso de la cadera que sobresalía.

Había llegado a la gala al menos media hora antes de que ella lo viera por fin y se había ido acercando como un gato que esperara el momento perfecto para atacar. Pero se había obligado a observarla a distancia, a ir aumentando poco a poco la expectación como en una tortura autoinfligida. La piel cremosa de ella brillaba bajo las luces danzarinas y ansiaba tocarla. Y por fin la tenía allí, y tenía toda la noche para disfrutarla. Pero antes tenía que cumplir con su promesa del orgasmo. Esa noche, al menos la primera vez, solo contaba ella.

—Ven —dijo.

La empujó suavemente en dirección al dormitorio y le agarró la mano para cerciorarse de que seguía con él. Cuando encendió las lámparas de las mesillas de noche, que daban calor al espacio masculino, le soltó la mano, se aflojó la corbata y se abrió los botones superiores de la camisa.

—Muéstrame cómo piensas atormentarme por mis comentarios torpes de esta tarde. Sé que escondes algo debajo de eso —bajó la mirada desde la prenda de seda rosa a los dedos introducidos en las sandalias de tacón de aguja que había entrevisto al salir ella del coche.

Por la tarde no había pretendido cuestionar la forma de vestir de ella, solo alimentar sus fantasías con imágenes de ella envuelta en una prenda ceñida.

¿Qué clase de hombre podía hacerle dudar, ni siquiera un segundo, de su valía como ser humano y como mujer?

«¿Y qué clase de hombre seduce a alguien por una especie de retorcida venganza?».

Respiró fuerte. Tenía que concentrarse en Harley, en la noche que había planeado, en su placer y el de él. Cuestionarse a sí mismo solo llevaba a la duda, y él no tenía dudas.

Harley levantó la barbilla. En sus ojos expresivos luchaban entre sí la pasión y el descaro.

—¿Por qué me iba a molestar en vestirme para ti? O me deseas o no —achicó las pupilas. Un toque de vulnerabilidad apagaba las chispas de oro en sus ojos.

—Esa no es la cuestión —él le agarró la mano y la colocó encima de la erección que había acarreado casi toda la velada—. Eres una mujer sexual. Una mujer que sabe lo que quiere y no tiene miedo de conseguirlo. Lo que haya debajo de ese vestido, tu piel cremosa, un destello de rosa en los lugares apropiados o la lencería más provocativa del mundo, me torturará hasta que pueda ponerte las manos y la boca encima —bajó dichas manos a los costados y cerró los puños, esperando. Aguardando el momento.

Con un pequeño suspiro y una mirada que hizo que a Jack le cosquillearan los testículos, ella bajó la cremallera del vestido y este cayó hasta sus pies.

Jack había acertado.

Pura tortura.

El cuerpo musculoso de ella, sus curvas generosas, estaban apenas cubiertas por la misma ropa interior rosa pálido, casi traslúcida, que él había tocado esa tarde en la tienda. Sus pezones rosados, visibles a través del encaje del sujetador sin tirantes, parecían adelantarse hacia él. Recordó otras partes sabrosas de ella y se le hizo la boca agua.

La estrecha tira de vello rubio resultaba apenas visible a través del tanga casi transparente, y cuando se volvió para colocar el vestido en una silla, mostró su glorioso trasero, con el tanga de corte alto enmarcando las nalgas cremosas y desapareciendo en la raja entre ellas.

—Espera.

Jack se quitó la chaqueta y a continuación hizo lo mismo con el vestido de ella, que dejó en la otomana a los pies de su cama.

—¿Por qué no te sientas ahí? —preguntó.

Señaló un sillón ancho e increíblemente cómodo con un tapizado decadente. Era perfecto para lo que tenía en mente.

Harley sonrió, ladeó la cabeza y alzó los brazos para soltarse las horquillas del moño hasta que el pelo le cayó sobre los hombros y besó sus pechos vivaces, que ella levantó con los brazos como una ofrenda a los dioses.

Jack estaba perdido.

Reprimió un gemido. Su polla empujaba contra los pantalones y él se quitó el cinturón y abrió el botón de la cintura. Se desprendió de la camisa, le quitó las horquillas a Harley y las dejó en la cómoda.

Cuando se volvió, ella se había sentado en el sillón, sus ojos luminosos lo miraban expectantes y sus mejillas sonrojadas tenían el mismo color que los pezones y que su sexo.

Jack se arrancó los zapatos y retiró los calcetines, impaciente. Pero ella valía la espera. Él lo sabía bien. Con las piernas abiertas encima de la mesa del vestíbulo, corriéndose en torno a él mientras se pellizcaba los pezones, había sido la fantasía de cualquier hombre.

Pero, como siempre, él controlaba firmemente su deseo y ponía a prueba los límites

del de Harley. ¿Cuánto lo deseaba? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar por e orgasmo? El tiempo lo diría.

Se dejó caer de rodillas. Le abrió los muslos con las manos y sintió un puñetazo de lujuria al no encontrar resistencia. Le alzó primero un pie y le quitó el zapato antes de besar el delicado hueso del tobillo, y después hizo lo mismo con el otro pie. Ella miraba todos sus movimientos con ojos iluminados. Su pecho subía y caía al ritmo de sus jadeos superficiales, sus pezones, oscuros y maduros, habían duplicado el tamaño que tenían cuando se había quitado el vestido.

La boca a Jack se le llenó de saliva.

—Levanta las caderas, *chérie*. Vamos a ver si mi recuerdo de tu sabor es tan bueno como la realidad.

Le encantaba cómo se sonrojaba la piel de ella cuando le hablaba así. Y su exquisita docilidad. Que se sintiera momentáneamente ultrajada o nerviosa, pero hiciera lo que le decía.

Harley se agarró a los brazos del sillón y clavó las uñas pintadas de rosa en la tela al tiempo que se echaba hacia atrás y le concedía su deseo.

Jack le bajó el tanga por los muslos y el pequeño temblor de los músculos de ella le indicó que la necesidad feroz y devoradora que lo embarga a él probablemente hacía juego con la de ella.

Cuando terminó de sacar el encaje de sus bonitos pies, lo sujetó en alto y se lo colgó en un dedo. El olor de la excitación de ella le golpeó el pecho. Apretó la mandíbula, combatiendo el impulso de apresurar aquello, de terminarlo demasiado pronto para su plan y para el placer de ella.

—Has arruinado el tanga —musitó.

Ella se encogió de hombros, miró el retazo de encaje claro y su cuello se sonrojó aún más.

—Es culpa tuya.

Jack asintió. Enderezó la columna con orgullo.

—Mis disculpas, te daré otro.

Arrojó a un lado el tanga, con los ojos clavados en la carne roja mojada entre las piernas de ella. Se lamió los labios y la miró a los ojos mientras levantaba primero una pierna y después la otra sobre los anchos brazos acolchados del sillón y le abría las piernas para mirar mejor.

Veinte minutos después, ella lo odiaría o le suplicaría una repetición. La sangre le latió con fuerza renovada, fortaleciendo su resolución.

—Es una vista hermosa —subió los ojos despacio, casi de mala gana, hasta el rostro de ella—. Tu coño es exquisito.

Harley lanzó un respingo. Jack no sabía si por la palabra en sí o por el leve roce de su dedo en el clítoris de ella, pero una parte neandertal de él disfrutaba escandalizándola.

—Quizá prefieras la palabra francesa, *la chatte* —dio otra pasada con el dedo en el clítoris.

Ella entornó los ojos.

—Eres un obsceno.

Jack se encogió de hombros.

—*Oui*. Y voy a disfrutar cada segundo de esto —se inclinó a besar primero un muslo y después el otro, sin dejar de mirarla a los ojos—. Espero que tú también.

Se había acabado la espera y la expectación había cumplido su cometido. Le agarró los muslos con ambas manos. Si no saboreaba pronto la delicia que tenía ante sí, perdería el juicio.

Y lo perdió, porque antes de que pudiera llegar hasta ella, Harley deslizó una mano por su vientre abajo y sus dedos de manicura perfecta formaron una V invertida sobre su sexo. Se abrió los labios, mostrándose a la mirada de él con un fuerte suspiro.

Una oferta y una invitación.

«¡Joder!». Jack casi se corrió en los pantalones ante la imagen más sexy que había visto jamás. Aquella mujer estaba hecha para el sexo. Era pura perfección desinhibida.

Con un gemido que traslucía su desesperación, le apartó la mano, se hundió entre sus muslos y cubrió con la boca el sexo reluciente de ella. Su sabor le llenó los sentidos con su esencia. Su polla dio una sacudida y sus manos agarraron los muslos de ella para sujetarla abierta mientras se aclimatava a la presencia de él en la parte más sensible de su cuerpo.

Ese ángulo de ella en el sillón con las piernas abiertas le permitía ver sus reacciones, cada grito entrecortado, cada glorioso respingo, cada rayo de éxtasis que cruzara por su hermoso rostro.

Harley le clavó las uñas en el cráneo en un intento por controlar el ángulo de la boca de él y la profundidad de su lengua invasora. Él cedió y fue incrementando el placer de ella hasta que sus muslos temblaron contra la cara de él y su respiración se volvió agitada, puntuada con gimoteos de satisfacción.

Y entonces él se detuvo.

Y ella gritó y arqueó el cuello.

Su sonido angustiado le provocó un nudo en el estómago a él, pero se echó hacia atrás y sopló sobre el sexo palpitante de ella. Sin palabras y sin hacer caso de la expresión embriagada pero levemente extrañada del rostro de ella, la alentó a incorporarse sentada para poder desabrocharle el sujetador y tirarlo al suelo. Quería verla entera, cada centímetro de piel cremosa, cada peca y cada cicatriz, cada esquirla de hielo en la mirada confundida que posaba en él.

Sus preguntas se balanceaban en el verde tormentoso de sus ojos y su respiración se ralentizaba. Jack apartó la vista y suavizó el pinchazo de su abandono con un largo y lánguido tirón de cada pezón con su boca, con lo que consiguió que volviera a jadear. Cuando ella bajó la mano en dirección a su clítoris, él le agarró la muñeca para retenerla. Se llevó la mano a la boca y besó los dedos uno por uno.

—Paciencia, querida. Yo me ocupo de ti.

Sabía que ella empezaría a maldecir pronto. Sus testículos se tensaron al ver las motas desafiantes que titilaban en la mirada sensual que le dirigió. «Bien por ella».

Jack se lamió los labios y volvió a mirarle el sexo.

—¿Por dónde iba?

Antes de que ella pudiera hablar, o incluso gemir, él se sumergió de nuevo en su sexo.

Esa vez el clítoris se hinchó casi en el acto, con el botón avanzando hacia los labios impacientes de él y su lengua. Lamió y succionó, y sonrió a la maldición entrecortada que soltó ella. Reprimió un grito de triunfo cuando la joven volvió a agarrarle la cabeza.

No contenta con limitarse a tomar su medicina, esa vez ella le puso los muslos en los hombros y apretó la espalda de él con los tacones, acercándolo hacia sí. Aunque él no quería estar en ninguna otra parte.

Por el momento.

Harley gimió de placer cuando él succionó con fuerza y deslizó un dedo en el calor tenso de ella.

—Sí —gritó—. ¡Oh, sí!

Jack bombeó con el dedo y buscó el punto sensible dentro de ella que hizo que le retorciera el pelo y balanceara las caderas en la boca de él.

Esa vez se armó de valor. A la primera señal de aleteo de los músculos internos de ella en torno a su dedo, lo sacó. Apartó la boca, esforzándose por vencer la presión de los muslos de ella en su cuello.

—¡No! —gritó ella, sacudiendo la cabeza con fuerza.

Lo miró de hito en hito a lo largo de su cuerpo desnudo, con sus hermosos pechos moviéndose como sube y baja al ritmo de sus respiraciones.

La voz de él sonó espesa, trasformada por su propia lujuria.

—Pronto —dijo. Le besó los muslos, que temblaron bajo sus labios—. Te prometo que valdrá la pena.

Harley pareció entender lo que oía. Puso los ojos en blanco y su rostro se retorció de agonía cuando se dejó caer sobre el cojín. Apretó los muslos. Pequeños espasmos crispaban sus músculos abdominales.

La espera mataba a Jack. Acarició los muslos temblorosos de ella, sus nalgas y su estómago plano, al tiempo que le dedicaba palabras de ánimo en francés. Ella no entendía sus elogios ni su declaración de lo hermosa que era y el efecto que tenía sobre él, pero debió de deducirlo por el tono, porque lo miró y sus ojos vidriosos por la pasión estaban llenos de confianza.

Esa vez él se lo dio todo. Introdujo dos dedos en su canal apretado, comió como un hombre hambriento y gruñó de frustración contra los labios y el clítoris hinchados de ella.

La había preparado de tal modo, que solo tardó segundos en llevarla al orgasmo. Cuando este llegó, todo el cuerpo de ella se alzó del sillón, la fuerza del clímax la hizo arquearse hasta un ángulo casi imposible, sus gritos eran casi aullidos y sus dedos agarraban los mechones de pelo corto de él como si quisiera arrancárselo.

Jack se mostró implacable. Trabajó en ella con la boca hasta que le dolió la mandíbula, succionó cada gota de su excitación y tragó su sabor una y otra vez. Y todo el tiempo rugía la testosterona en su sangre, seguida de cerca por una sensación de triunfo. En aquellos largos segundos, ella se entregaba plenamente. Su rendición total iba más allá de lo que él hubiera podido imaginar.

Agotada, lo apartó con las manos. Su mirada brilló por debajo de los párpados.

—¡Guau! —susurró.

—¿Ha sido mejor?

Harley asintió.

—Buenísimo. Es obvio que eres un gurú del sexo. Arquitecto de día, creador de orgasmos por la noche.

Jack rio y se incorporó, con la polla rígida levantando una tienda de campaña en los pantalones. Su mirada sexy subió por las piernas de él hasta los muslos y después a lo largo del estómago, hasta posarse en sus ojos.

Se lamió los labios. Despacio. Seductora. Salaz.

Él se empalmó todavía más, aunque no lo habría creído posible. Tenía que quitarse los pantalones. La boca de ella, su sonrojo, la punta de la lengua y su asomo de sonrisa lo tenían prisionero. ¡Joder! La venganza lo mataría. Si alguna vez veía aquella boca alrededor de su polla... Final del juego.

—¿Funciona igual para ti? —preguntó ella.

Era evidente que sus mentes estaban más sincronizadas de lo que él creía. Ella se levantó del sillón y se arrodilló a sus pies, con ojos muy abiertos, el pelo gloriosamente revuelto y un resplandor de satisfacción en su piel cremosa. Tiró de la cremallera de él, con el labio inferior atrapado en un lado entre los dientes. La mente de él se convirtió en papilla. ¿Qué le había preguntado?

—¿Qué? —¡Joder!, ¿aquella voz era suya? Tenía que controlarse de inmediato. Si ella acercaba la boca a su polla en su estado actual...

—La negación del orgasmo. ¿Funciona también contigo? —ella le bajó los pantalones por las caderas, seguidos de los ceñidos calzoncillos de algodón, hasta que él quedó maniatado en los tobillos con su propia ropa. ¡Demonios, no! Imposible que pudiera durar si ella pensaba en torturarlo como había hecho él.

Le puso una mano en la mejilla y rozó su labio inferior con el pulgar, apagando las pequeñas hendiduras que había creado ella con sus dientes. Tenía que recuperar el control. Buscar un preservativo y terminar aquello dentro de ella, pero la orden no llegó a su cerebro. Tenía las piernas rígidas y los pies clavados al sitio ante la diosa que había a sus pies.

A garró la base de la polla y cerró los ojos. Pasó la punta de la nariz a lo largo del pene al tiempo que respiraba hondo. Gimió y abrió los ojos cuando llegó a la punta, a la que dio un beso casto.

Todos los músculos de él se estiraban hacia ella, la polla se inclinaba ante ella y Harley sonrió con una sonrisa felina que le provocó escalofríos a Jack a la vez que hacía que le hirviera la sangre.

¿Podía ser más sexy aquella mujer?

Y entonces se detuvo.

Jack nunca sabría cómo consiguió retener el rugido dentro. Ella se acercó al borde de la cama y tomó su bolsito. Con una sonrisa que no auguraba nada bueno para él, sacó un pintalabios. Con dos movimientos rápidos se pintó los labios del tono de rojo que casi había hecho caer de rodillas a Jack.

Volvió con los ojos fijos en él y los labios entreabiertos.

—¿Por dónde iba?

Jack lanzó una maldición. Harley volvió a ponerse de rodillas con las manos en las caderas de él y lo miró con malicia y haciendo un mohín con los labios. Mientras él abría y cerraba los puños, atontado, ella bajó la cabeza. Sacó la lengua y trazó con ella un sendero desde la base de la polla. Se detuvo en la zona más sensible, justo debajo del glande, e hizo girar allí la lengua antes de besar ese punto con fuerza. Se echó hacia atrás para admirar su trabajo con ojos brillantes.

—¿Y cómo se llama esto en francés? —preguntó con una sonrisa.

A él le encantaban su culo y su modo de jugar.

—Harley —el tono de advertencia dio a su voz una dureza que habría lamentado si no hubiera estado tan cerca de entrar en ella y tomar lo que quería. Lo que ansiaba su cuerpo tenso.

Ella sonrió y rozó el glande con los labios.

—Valdrá la pena, lo prometo.

Y entonces se introdujo el pene con ojos brillantes y su boca, caliente y prieta, lo tragó casi entero, mientras le sostenía la mirada cautiva.

El placer fue tan intenso que los ojos de Jack empezaron a cerrarse. Los abrió de golpe. La imagen de ella arrodillada, con la boca roja alrededor de su polla era demasiado buena para perdersela. Sus caderas se movieron por voluntad propia, introduciéndolo más en la cueva cálida y húmeda de ella. Harley asintió y gimió, metiéndose más el pene, hasta la garganta. Jack estaba a punto de correrse.

«No. Aguanta un poco».

Se apartó y ella le agarró la base de la polla con solo la fuerza suficiente para que él moviera de nuevo las caderas en la dirección contraria. Harley rodeó con el otro brazo el muslo contraído de él para que no pudiera escapar aunque quisiera.

El mundo de Jack se encogió hasta que en él solo cabía Harley de rodillas con la boca en la polla de él. Sus ojos abrasadores ardían con promesas eróticas y lo embrujaban como si sus rayitos verdes fueran una llamada de sirena.

Jack le tomó la cara, ella inclinó la cabeza y deslizó la lengua sobre su polla con un ritmo frenético que hizo brillar estrellas detrás de los ojos de él.

Su ropa, que seguía alrededor de sus tobillos, lo mantenía prisionero. Sin apartarse del abrazo cálido de la boca de ella, alzó un pie, lo liberó y adoptó una postura de piernas más abiertas. Cuando ella le agarró el culo y le clavó las uñas, él casi perdió la batalla de estar inmóvil, de dejar que ella marcara el paso, y empezó a zambullirse en su boca con embestidas superficiales.

Ella emitió un zumbido, expresó su asentimiento con la cabeza y él llegó a la parte de atrás de su garganta con un gruñido.

Harley buscó los testículos, que cubrió e hizo girar con la mano, mientras gemidos pequeños vibraban todo el tiempo desde su garganta hasta la punta de la polla de él.

Jack iba a terminar.

—Harley —ladró en señal de advertencia. Intentó apartarse, pero ella se aferró, le estrujó la verga con la mano como si fuera un cepo y negó con la cabeza.

Un calor intenso asaltó a Jack desde la base de la columna hasta la punta de la polla. El fuego se agitaba en su interior, los espasmos recorrían su cuerpo y se vació en la garganta.

de ella. Se obligó a tener los ojos abiertos, a captar hasta el último segundo de arrebató que le ofrecía la maravilla de mujer que le hacía la mejor mamada que había conocido jamás.

Las uñas de ella rozaron los testículos de él con los últimos espasmos del orgasmo y Jack emitió un grito duro y entrecortado que le costó reconocer como suyo.

Harley lo soltó con una succión final que le hizo encogerse. La miró jadeante. Ella alzó la vista hacia él, jadeando también, y rozó los pezones en los muslos de él. Jack la ayudó a levantarse y la estrechó en sus brazos.

Su pecho estaba lleno de emociones. Las hizo a un lado, achacando la euforia y el entusiasmo a la satisfacción física. Solo era sexo. Un sexo espectacular.

De pronto acudió una pregunta a su mente. Una pregunta que había archivado mucho tiempo atrás.

¿Por qué? ¿Por qué lo había dejado plantado tantos años atrás? Tragó saliva con fuerza. El pasado era pasado. Había empezado aquello para mostrarle lo que se había perdido y lo había conseguido. Había cumplido su venganza. No había nada más.

Acabaría aquello pronto, cuando se hubiera pasado la novedad. Cuando hubieran extinguido aquella química ardiente. Con esas palabras reproduciéndose sin cesar en su mente, la arrastró a su cama y se dejó caer junto a ella, abrazándola con una fuerza sospechosa.

Capítulo 7

El apartamento de Jack en Madison Avenue había sido renovado con un gusto exquisito. Un equilibrio perfecto de muebles blandos y arte suavizaba el aspecto y hacía que Harley quisiera acurrucarse en el sillón de piel blanca y disfrutar de la salida del sol sobre los rascacielos de Manhattan.

Al pensar en sillones, sintió calor y anhelo. Su mente se llenó de recuerdos de la noche anterior y de lo que había hecho él al arrancarle el orgasmo con gran habilidad, como manipulaba una costurera diestra pedazos de tela de formas extrañas para conseguir la más exquisita de las prendas. Curvó los dedos de los pies desnudos sobre el suelo de madera pulida.

Apartó sus pensamientos de los orgasmos y, volviendo a lo que tenía entre manos, redujo el calor del fuego y dio la vuelta a la tortita con una sonrisa.

Harley se había levantado temprano, antes del amanecer, y había salido a la sala de estar de Jack en busca de café, y entonces se le había ocurrido la idea de preparar el desayuno. Había buscado lo necesario en los armarios de la cocina, que al principio le parecían una pared intimidatoria de acero pulido, digna de un quirófano. Y casi había gritado de placer al encontrar arándanos en el congelador.

Colocó la tortita dorada en un plato, le echó arándanos por encima y echó un buen trozo de masa en la sartén para hacer otra.

El viaje por los recuerdos despertaba emociones no deseadas, que enfriaban su euforia sexual: los recuerdos asociados de la riña entre Hal y Joe que habían terminado abruptamente su viaje de aquel año y la amistad entre las dos familias.

Por supuesto, ella ya se había apartado de Jack. El miedo y la confusión al descubrir la aventura entre su padre y la madre de él la habían hecho tambalearse y huir asustada.

Se sonrojó con una ola de calor y la garganta oprimida. Podría haber llevado la ruptura de otro modo, con más madurez, y nunca le había explicado nada de eso a Jack.

Pero no podía entrar ahora en aquello. Había pasado demasiado tiempo para excusas. Y la verdad...

Harley echó arándanos en la segunda tortita y le dio la vuelta con el estómago encogido.

¿Sabría él lo de Hal y su madre? Eso explicaría su renuencia a hacer negocios con el padre de ella. Aunque la joven no lo culpaba por eso. Ella misma había jurado no hacer nunca negocios con Hal Jacob y, lo más importante, no comportarse nunca como él.

«¿Pero no es eso lo que estás haciendo? ¿Jack, tu secreto sucio...?».

Movió la cabeza para apartar de su mente arrepentimientos pasados. El dormitorio estaba a oscuras cuando llevó la bandeja a la cama de Jack. La dejó sobre la cómoda y abrió las cortinas para que la luz dorada de la mañana se derramara sobre el suelo.

Jack dormía boca abajo, con los músculos de la espalda delineados claramente incluso

en sueños, y la gruesa sábana blanca arrugada alrededor de sus esbeltas caderas. Un vello dorado punteaba sus brazos, el mismo vello dorado que le cubría el pecho y llevaba, a modo de sendero feliz por debajo de su ombligo, hasta la mata de pelo situada en la base de su espectacular polla.

Harley apretó los muslos, maravillada por la visión de él desnudo. Se metió en la cama, olvidando las tortitas, y recorrió con la boca su espalda, entre los bien desarrollados montículos de los músculos. Él gimió y se movió. Ella deslizó una mano bajo la cadera de él, en busca de su pene, que encontró empalmado.

Le dio un par de tirones y lo soltó cuando él empezaba a despertarse plenamente para quitarse la camiseta que se había puesto para preparar el desayuno.

Jack se dio la vuelta y alzó las manos hasta los pechos de ella antes incluso de haber terminado de abrir los ojos. Rozó los pezones con los pulgares, lo que envió oleadas de excitación hacia abajo.

—Una mañana puñeteramente fantástica —la voz de él sonaba espesa por el sueño, pero su polla, extendida sobre su vientre, estaba más gruesa y Harley no pudo evitar colocarse encima de él y deslizar su sexo resbaladizo por la longitud del pene mientras lo besaba, totalmente de acuerdo con su valoración.

Mordisqueó su rostro desde la mandíbula, donde empezaba a salir la barba, hasta la oreja, mientras él le acariciaba los pezones y le palmeaba el culo para guiar sus caderas adonde quería que estuvieran.

—He hecho tortitas.

Jack abrió mucho los ojos.

—¿De arándanos?

Harley asintió, sonriente. La alegría evidente de él hacía que se le derritieran las entrañas.

Jack la observó serio, como si ella hubiera espiado los archivos de su oficina en lugar de preparar el desayuno. Quizá se había pasado de la raya. Se había quedado más tiempo del debido. Quizá la mañana de después debería estar limitada a un «te llamaré».

Pero él se había quedado dormido abrazándola por detrás. No había sugerido que se fuera y su cuerpo, desde luego, estaba preparado para el segundo asalto. Tal vez el desayuno había sido ir un paso demasiado lejos. Demasiado conyugal.

Se encogió de hombros.

—Tendría que haberte preguntado —tendió la mano hacia la camiseta. Su excitación había desaparecido.

Jack le agarró el brazo para detener su retirada.

—No, no importa. Gracias. Es solo que...

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, se detuvo y la besó. La mente de ella se llenó de niebla con las caricias constantes de él en sus pezones.

Apartó de su mente la reacción de él ante las tortitas, que solo podía servir para destruir su orgasmo, y le agarró la polla. Utilizó su propia humedad para lubricar la caricia de su mano a lo largo del miembro. Jack gimió y rodó con ella, de modo que la joven ya no quedó arriba, sino debajo de él con las piernas abiertas. Mojada y lista.

Las caderas de él se quedaron inmóviles. La miró. Sus ojos estaban muy cerca y el azu

brillante de su mirada estaba desenfocado. Su boca se encontró con la de ella con un susurro. Le apartó el pelo de la cara con ternura, dejando un momento ambas manos en su cabello. Harley se quedó inmóvil debajo de él y se olvidó de las tortitas y hasta de los orgasmos para perderse en sus ojos. Perderse en aquel precipicio momentáneo.

La emoción embargaba su pecho y apartaba órganos vitales para hacer sitio a los sentimientos no nombrados que brotaban allí. ¿Lo sentía él también?

Un tono de llamada cortó la expectación e hizo oscilar a Harley entre un gran alivio y una enorme frustración.

Jack miró la mesilla de noche con el cuerpo tenso. La miró con aire de disculpa y se pasó una mano por el pelo, hasta que este quedó de punta en todas direcciones.

—Es mi teléfono móvil. Muy pocas personas tienen este número.

—Por supuesto. Deberías contestar —dijo ella.

Hizo ademán de deslizarse de debajo de él, pero Jack la sujetó con firmeza y volvió a besarla en la boca mientras buscaba con la mano en la mesilla hasta que localizó el teléfono y lo silenció. Apartó la boca con un suspiro y se acercó el aparato al oído.

—¿Sí?

Su rostro cambió de la frustración a una alegría relajada mientras hablaba en un francés rápido que ella no podía seguir, aunque su francés incluyera algunas palabras más de las pocas sexuales que le había enseñado Jack. Tampoco escuchaba, atrapada como estaba en contemplar la boca sexy de él y su poder para lanzarla hasta las estrellas.

Dejó que sus manos exploraran el cuerpo sublime de él, acariciándole los hombros y la espalda y rozando después la cicatriz plateada del codo, donde se había roto el brazo esquiando a los dieciséis años.

Jack sonrió y siguió con la vista los dedos de ella. La besó y continuó la conversación entre besos castos en la boca de ella, en su cuello e incluso en los dedos.

Y de pronto se quedó inmóvil. Su expresión relajada y feliz dio paso al ceño fruncido, pero luego su francés se volvió más animado, punteado con risas.

Harley sintió una punzada bajo las costillas, una quemadura lenta que se metió hondo. ¿Quién ponía esa expresión en su rostro? ¿Por qué estaba tan animado? Sabía muy poco de su vida, aparte de su trabajo, su virtuosismo sexual y su afición por hablar sucio en bilingüe.

Intentó escapar de nuevo y dejarle intimidad para terminar la llamada. El brazo de él le apretó la cintura y volvió a besarla en la boca, deteniendo su retirada.

La joven captó una voz femenina al otro lado del teléfono. Respiró hondo, intentando detener el zumbido del pulso en la cabeza y frenar su desbocada imaginación. Él debió de captar la tensión que embargaba el cuerpo de ella, porque se apartó y bajó la frente para cubrirle los labios de besos, presumiblemente esperando un hueco en la conversación.

—*Chérie*, no estoy solo —dijo, con la vista fija en Harley—. ¿Puedo llamarte luego?

La respuesta llegó en francés y él finalizó la llamada, dejó el teléfono en la mesilla y volvió su atención a Harley.

—Perdona —le dio un beso suave—. Ha sido un poco grosero por mi parte.

Harley volvió a retorcerse, desesperada por ponerse el vestido de la noche anterior y

llamar a su chófer. Por salir de allí y llevarse consigo su confusión y sus confesiones.

—No es problema. Tengo que irme de todos modos.

Él frunció el ceño, pero la dejó soltarse.

Harley se sentó en la cama, pero él la abrazó por la cintura. Primero la atrajo contra su pecho duro y después volvió a tumbarla debajo de él.

Estaba de nuevo completamente empalmado sobre el muslo de ella. Tragó con la boca el grito entrecortado de ella y cualquier posible objeción. Cuando terminó su beso lento y concienzudo, se echó hacia atrás y le lanzó una mirada abierta y sincera.

—Era Isabel. Supongo que recuerdas a mi hermana pequeña. Se casó este verano.

Harley asintió. Recordaba a la chica que parecía una versión femenina de Jack.

Él apretó los labios y le acarició la clavícula con aire ausente. Su aire juguetón lo había abandonado.

—¿No te gusta él? —preguntó Harley.

Jack frunció el ceño.

—No es eso —se dejó caer de espaldas y entrelazó las manos debajo de la cabeza.

Harley volvió a ponerse la camiseta y tomó la bandeja de la cómoda. Si Jack se parecía algo a Ash, se mostraría más comunicativo cuando hubiera comido. Colocó la bandeja en la cama y él sonrió, se sentó, tomó un tenedor y le ofreció el otro. Cuando iba por la mitad de la tortita, empezó a hablar.

—Quería decirme que voy a ser tío —observó su plato con el tenedor en el aire.

—¿Y eso te hace fruncir el ceño?

Jack resopló y negó con la cabeza. La miró con ojos llameantes.

—Me preocupo. Parece muy feliz, pero...

Harley reprimió el impulso de encogerse. ¿Qué le pasaba a él por la cabeza? Quizá si se quedaba inmóvil, le contaría más cosas.

Él pinchó un arándano con el tenedor.

—Todo eso son patrañas, ¿no crees?

La joven contuvo el aliento y bajó la vista a las tortitas a medio comer.

—¿Qué quieres decir?

Jack suspiró. Golpeó el plato con el tenedor.

—Las relaciones. Ya es bastante malo que te arriesgues tú, pero meter a un niño en medio... —se pasó la mano por el pelo y saltó de la cama, lleno de energía. Se acercó a la cómoda, encontró unos boxers de algodón y se los puso con movimientos bruscos, casi enfadados.

Harley apretó los labios. Multitud de pensamientos cruzaban por su mente y había perdido el apetito. Estaba de acuerdo con él. Descubrir la aventura de su padre, la destrucción de todo lo que había conocido y la consiguiente farsa que había hecho él de su matrimonio después de eso habían conformado su postura sobre el amor.

Y en sus momentos más brutalmente sinceros, podía admitir que sus sentimientos iniciales por Phil, el hombre con el que había estado prometida, habían tenido más que ver con encajar dentro del molde de Hal que con sentimientos verdaderos.

Pero Jack había sufrido. ¿Por el final de su enamoramiento adolescente o por algo más? Lo miró nerviosa.

—¿Pero ella es feliz? —preguntó. Posó la vista en una foto familiar que había visto en la cómoda, de los cuatro Lane sonriendo a la cámara, atrapados en un momento de descuido. La joven Isabel era la que tenía la sonrisa más grande.

Jack resopló de espaldas a ella. Seguía rebuscando en los cajones.

—Muy feliz. Pero el matrimonio es así. Una relación de ensueño que de pronto se desintegra. Mira a mis padres. Yo creía que Isabel habría aprendido algo de ellos.

—¿Tus padres se divorciaron? —preguntó ella.

Los pocos bocados de tortita que había dado le pesaban en el estómago como si fueran cemento. Siempre le habían caído bien los Lane. Los padres de Jack habían sido amables con ella e Isabel, dos años más joven que ella, había imitado a la Harley de diecisiete años, aunque esta no había entendido por qué. ¿Qué les había ocurrido después del final de la amistad entre los Jacob y los Lane? ¿Se había enterado Joe de la aventura? ¿Se había confesado Amalie? ¿Tenía Hal la culpa de la ruptura de esa familia?

Jack cerró el cajón.

—Sí, y fue muy desagradable.

Él no lo sabía.

Si supiera lo de su madre con Hal, no la miraría en ese momento ni mucho menos la toleraría en su cama. La joven notó la garganta rasposa. No podía mirarse a sí misma.

—Eso no significa que el matrimonio de Isabel vaya a fracasar —dijo. Sí, aquello era cosa de ellos dos, pero el veneno de amplio espectro esparcido por Hal... La joven se tapó la boca para no decir nada que matara aquello.

Jack se puso una camiseta blanca y se encogió de hombros.

—No comprendo por qué está tan deseosa de jugar a la familia feliz.

Harley sabía que debía decírselo. Sentía el peso familiar en el estómago de la carga que suponía ese conocimiento. Había luchado durante años con aquel secreto, desesperada por compartirlo, por aligerar la carga, pero demasiado asustada de las repercusiones.

Y de algún modo enfermizo, conocer la aventura de Hal le daba una conexión con él que nadie más tenía. Nunca lo habían hablado, pero ella lo había protegido lealmente todos esos años. Tan desesperada estaba por su aprobación, tan temerosa de decepcionarlo.

Las tortitas amenazaban con regresar desde el estómago. Pero ¿por qué tenía que limpiar ella los líos de Hal? Si se lo contaba a Jack, tendría que decírselo también a su madre, no fuera a ser que Dulcie se enterara por otra fuente.

Ya había sido bastante malo descubrirlos en las últimas vacaciones compartidas en Aspen, pues eso había puesto fin bruscamente a su infancia y a sus ideas ingenuas sobre el amor y la felicidad eterna. Combinado eso con los años vergonzosos de guardar el secreto, la realidad era que había permitido que su descubrimiento moldeara sus propias relaciones. Había mantenido la guardia sin dejarse llevar nunca demasiado.

¿Y en el presente? ¿Por qué debería iluminar a Jack sobre las decisiones que había tomado sus padres? Harley conocía de primera mano la devastación que conllevaba saber aquello. La relación de Jack con su madre quería manchada para siempre.

Si le decía que su padre era responsable de la ruptura de los de él y que ella lo había sabido todo ese tiempo, la odiaría quizá más de lo que odiaba a Hal. ¿Estaba preparada

para dejar de verlo?

Tragó saliva. No debería importarle que acabara con ella. Después de todo, lo que habían compartido era solo sexo. ¿Por qué, entonces, quería salir corriendo y esconderse para que él no pudiera ver la verdad escrita en su rostro?

—Quizá sea feliz —dijo. Independientemente de sus motivos para callarse, Isabe merecía compartir la buena nueva con su hermano, sin la carga de las acciones de Hal—. Y tú te alegras por ella.

Jack no era su padre ni él de ella. Merecía encontrar la felicidad. Y también abrazar su inminente papel de tío.

Él detuvo la búsqueda de ropa. Tenía la mandíbula tensa, pero los hombros hundidos, como derrotados.

—¿Quieres ir a comprar ropa de bebé? —preguntó ella.

Él sonrió de mala gana y la miró a los ojos. Ella tragó saliva, con la garganta caliente y rasposa.

—Felicidades, tío Jack.

Él se echó a reír, volvió a la cama, la abrazó y la besó con pasión. Harley sintió que algo parecido al alivio apartaba la culpa que siempre le había creado conocer el secreto de Hal. Pero cuando sucumbía una vez más a la conexión física con Jack, no tenía más remedio que reconocer que ninguna de esas emociones tenían cabida en una relación a corto plazo formada únicamente de sexo.

Harley se quitó los zapatos en el vestíbulo de su apartamento para dejar que fluyera de nuevo la sangre a sus pies cansados. Subió lentamente las escaleras que unían su apartamento con el de Ash. Él le había puesto un mensaje media hora antes para decirle que quería hablar, así que sabía que estaba en casa. Después de pasar el día con Jack, comprando ropa de bebé, almorzando y dando un paseo por Central Park, lo último que quería hacer era afrontar la inquisición de su hermano.

Pero Ash era un hombre muy terco. Mejor oír lo que tuviera que decir y aclararle un par de cosas. Cuanto antes se quitara eso de en medio, antes podría meterse en la bañera, algo con lo que llevaba horas soñando, pues la única parte mala de un sexo fantástico era el dolor de músculos poco usados.

Introdujo su clave en el teclado situado al lado de la puerta y entró en el apartamento de su hermano, el cual, de tamaño, era una copia exacta del de ella. Ambos habían heredado los apartamentos de la Quinta Avenida de su abuelo, un inmigrante irlandés convertido en magnate inmobiliario y fundador de Jacob Holdings.

—¿Ash?

Lo encontró en su despacho. Las ocho y media de la tarde de un sábado y Ash seguía trabajando. Como abogado de Jacob Holdings, trabajaba montones de horas, pero parecía disfrutar. Otra razón por la que ella jamás habría podido trabajar en el negocio familiar. Las expectativas altas de su padre iban más allá de las notas que esperaba de sus hijos y de la carrera que estudiaran.

Ash levantó la vista de la pantalla de su ordenador y sonrió.

—Hola —se puso de pie y fue apagando luces en su camino con ella hacia la sala de estar, donde sirvió las acostumbradas copas de whisky con soda para ambos.

Harley se instaló en una esquina del sofá y tomó un sorbo de su copa. Le cosquilleaban los pelos de la nuca, pero respiró hondo para vencer la aprensión y darle a su querido hermano el beneficio de la duda. Lamentablemente, él no estuvo a la altura.

—Voy a ser directo —dijo él y la miró de hito en hito—. ¿En qué demonios estás pensando? —sujetaba la copa con tanta fuerza que las yemas de sus dedos se pusieron blancas.

Harley suspiró.

«¿En serio?».

¿Tenía veintiséis años y él quería seguir jugando a «el hermano mayor sabe más»?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

No se lo pondría fácil. Si él quería entrometerse en su vida personal, tendría que hacerlo sin ayuda.

—Ya sabes a lo que me refiero. A Jacques Lane, o como quiera que se llame ahora. A. El viejo le va a dar un ataque —Ash se frotó la frente y tomó un trago de whisky.

—Y no es asunto suyo ni tuyo —Harley echó hacia atrás los hombros. Se negaba a arruinar su humor feliz y satisfecho—. Además, solo estamos follando —eso debería hacerle callar.

Ash se pasó una mano por el pelo y soltó una maldición en voz baja.

—¿No lo dejaste tú? ¿No pasó algo horrible aquel invierno entre sus padres y los nuestros? Papá no volvió a hablar de los Lane como no fuera para menospreciar los negocios de mierda de Joe. No estoy equivocado, ¿verdad?

El calor del siguiente trago de whisky llenó a Harley de fuego.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó—. Además, lo que pasó fue más de lo que tú sabes y de lo que Hal contó. El negocio que salió mal entre Joe y él fue solo una parte de la historia.

—Sé lo que pasó, que falló el negocio de los muelles. Joe Lane no tenía agallas para eso, metió la pata, se anuló el trato y Hal perdió miles de dólares y bla, bla, bla.

Harley resopló y movió la cabeza.

—Claro, esa es la versión que nos contó Hal. ¿Tú nunca le cuestionas nada? Nuestro padre es un hombre de negocios despiadado. ¿No crees que pueda llevar esa crueldad a su vida personal? —tragó saliva, con la garganta ardiendo. Mientras hablaba, se había desenroscado de su posición relajada y se inclinó hacia su hermano, quien la miraba con expresión inescrutable.

Pero él había tocado un nervio. Un nervio que estaba a la vista, siempre próximo a la superficie y vulnerable al ataque. Su fe ciega en Hal era tan fina y vulnerable como la gasa. Y que Jack Lane no hubiera estado a la altura de la habilidad de Hal para hacer negocios a sangre fría, no significaba que Jack fuera como él, aunque eso tampoco sería nada malo en opinión de la joven. Por suerte, por lo que había visto, Jack no se parecía a su padre ni al de ella.

—Quizá, como eres el niño bonito, nunca has tenido que soportar la lengua cruel de papá ni su brutal sinceridad.

Ash resopló.

—Trabajo con él todos los días. He soportado mucho. Me sorprende que lo hayas soportado tú.

Harley sonrió.

—Soy la guapa. ¿Recuerdas la primera vez que me llamó eso? Era lo bastante lista para saber que ya me había descartado en el terreno académico. Demasiado estúpida para ir a Harvard.

—Nunca lo intentaste.

—Porque tenía miedo de volver a fracasar, de fallarle una vez más.

Ash la miró con la boca abierta.

—Todavía les dice a sus amigos que soy la imagen de Jacob Holdings porque le da demasiada vergüenza lo que hago, lo que he construido, para demostrar orgullo —Harley dejó la copa con fuerza en la mesita de centro y miró fijamente a su hermano, retándolo a defender a su autoritario e insensible padre.

Poco después de aquellas funestas vacaciones de esquí que habían compartido con los Lane, Hannah había entrado en la facultad de empresariales de Harvard y Ash había terminado derecho, para alegría de la familia. Harley, en cambio, había solicitado entrar en la Escuela de Diseño de Nueva York para estudiar moda. La reacción de Hal, su decepción evidente, había sellado lo que sería su relación futura. Pero sus comentarios duros habían hecho daño y habían colocado a Harley en el papel de la oveja negra de la familia.

Ash movió la cabeza. Miraba su copa como si fuera algo fascinante.

—Siento que te hiciera sentir eso. Es un gilipollas. Eso lo hemos sabido siempre —dijo con voz queda y expresión contrita—. ¿Y qué sabes tú que yo no sepa?

Harley se encogió por dentro. Le dolía el recuerdo de la cara de Jack esa mañana cuando revivía la destrucción de su familia. No se había decidido a contárselo a él. ¿Perc podía decírselo a Ash? Tenía las palabras en la punta de la lengua, pugnando por salir, como si tuvieran vida propia.

—Tuvo una aventura con Amalie Lane —decirlo fue como una especie de catarsis, pero las palabras le dieron náuseas.

Ash lanzó un respingo.

—Patrañas —tomó un trago de whisky.

Harley asintió. El corazón le latía con fuerza. Después de haberlo dicho ya en voz alta ¿debía repetírselo a la persona que tenía derecho a saberlo? ¿Al hombre que seguía sufriendo por las consecuencias de los actos de Hal?

—Yo los vi las últimas vacaciones en Aspen.

Nunca había podido mirar a Hal del mismo modo que antes. Su relación padre hija inestable de por sí, había quedado afectada de un modo irreparable después de que tropezara con aquella relación ilícita y se metiera en medio de un problema de adultos.

En su momento había interiorizado su rabia, su dolor y su miedo alejándose de Jack, porque no se le había ocurrido otro modo de lidiar con aquel descubrimiento. Dudaba de todo lo que había creído antes, veía claramente a su padre por primera vez y la aterrizzaba que se pudiera saber el secreto.

—¡Joder! ¿Lo sabe Jack? —Ash se llevó una mano a la nuca y siguió escupiendo preguntas—. ¿Hal sabe que lo sabes? ¿Lo sabe mamá?

Harley se encogió de hombros. Sentía náuseas. En la superficie, el matrimonio de sus padres parecía sólido. Pero Jack tenía razón. ¿Quién sabía lo que ocurría a puerta cerrada? Ninguna relación era invulnerable. ¿Y el amor? Eso era una farsa.

—¿Lo has sabido todo este tiempo y no has dicho nada?

—Al principio tenía miedo y luego... —ella se encogió de hombros—. Es una posición imposible. Si lo digo, le arruino la vida a alguien. Si me callo, lo justifico. Soy cómplice.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea.

Harley asintió. Ese era el problema con los secretos. Que carcomían por dentro y, si se les dejaba escapar, esparcían su poder e infectaban a otros con su veneno.

Suspiró y Ash levantó una mano apaciguadora.

—Siento haber metido las narices en tu vida personal. Me preocupaba por ti. Pero veo que no necesitas mi protección. Es que no quiero que vuelvas a sufrir. Me refiero a ese idiota de Phil...

—Phil no me hizo daño. Recuerda que lo terminé yo —Harley miró el líquido ámbar de su copa.

A parte de hacerla sentir pequeña, Phil y Jack no tenían cabida en la misma conversación. Además, a pesar de estar prometida con él, nunca se había permitido acercarse tanto a Phil como para que le hiciera daño.

Al menos podía agradecerle eso a Hal. Al descubrir su engaño, había visto a un hombre al que había mirado con respeto toda su vida, cuya aprobación creía que valía la pena obtener, y después de eso, se había jurado que no sería nunca como él. Que se protegería de las relaciones porque, por lo que había visto, llevaban a mentiras, dolor de corazón y traición.

Pero Ash tenía razón. Jack y ella no habían hablado del pasado y de su parte en él. Quizá su rechazo le había hecho más daño del que creía. Y ahora volvería a hacérselo si le contaba lo que sabía de Hal y su madre.

Quizá pudiera perdonarla porque era joven y torpe con sus sentimientos. Si hubiera podido contar lo que había ocurrido con su padre, tal vez habría podido aclarar sus confusas emociones y dejar a Jack con más explicaciones. Con más consideración.

¿Pero cómo explicarle tantos años después que le había ocultado un secreto tan monumental? A todo el mundo. Un secreto que quizá había jugado un papel fundamental en la ruptura del matrimonio de sus padres y la destrucción de su familia.

Jack detestaba a Hal. Y cuando descubriera que había encubierto a su padre, la odiaría también a ella.

Respiró hondo y se recordó que Jack y ella solo estaban tonteando, que lo suyo era una aventura, sexo fabuloso y nada más. ¿De qué serviría contarle, después de tantos años, la verdadera razón detrás de la riña de sus familias y del divorcio de sus padres cuando solo lo estaban pasando bien?

Jack había dejado atrás el pasado y pronto la dejaría también atrás a ella. Harley se frotó las sienes para disminuir el dolor de cabeza.

—He investigado un poco —Ash apretó los labios como hacía cuando daba malas

noticias en la sala de juntas.

Harley lo miró con dureza y él alzó una mano.

—Lo sé, pero soy tu hermano. Es mi trabajo cuidarte. Y esto son negocios —suspiró y suavizó la mirada.

Por supuesto que Ash escarbaría. Era su trabajo y lo hacía muy bien. Y también entendía a la gente. Siempre había dicho que esa era la clave para ser un buen abogado.

—Puedo ocuparme de mis negocios sola —dijo ella.

Él continuó como si no la hubiera oído, un rasgo heredado de su padre, que hacía que ella apretara los dientes.

—El Edificio Morris estuvo programado para su demolición hace un año. ¿Lo sabías? ¡Maldición!

Harley apartó la vista y hundió los hombros. ¿Por qué no sabía eso? ¿Era otra cosa que había pasado por alto? ¿Otro error? El zumbido en sus sienes se hizo más intenso.

Ash se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas.

—Quizá él también te oculte algo a ti.

Harley se encogió por dentro. La fatiga la hundía más. Estaba harta de dudar de sí misma. Harta de esperar el fracaso por mucho que se esforzara.

Ash le tomó una mano.

—Si es un hombre tan honrado, ¿por qué intenta venderte un edificio que solo sirve para derribarlo? ¿Crees que busca algún tipo de venganza?

Buena pregunta. A la joven le daba vueltas la cabeza y no tenía nada que ver con el whisky. Ya era bastante malo que dudara de sí misma, sin que su hermano investigara todos sus movimientos. ¿Cuándo empezarían todos a mirar más allá de su dislexia y ver lo que había construido?

No era ninguna imbécil que tuviera un negocio por afición y viviera del dinero de la familia. Su sorpresa se convirtió en rabia.

—Gracias por hacérmelo saber.

—Harley...

—Tiene que haber una explicación —no tenía paciencia para la interferencia de Ash, por muy bien intencionada que fuera—. ¿Pero no crees que he hecho mi trabajo? ¿No crees que investigué su empresa antes de empezar las negociaciones, antes incluso de saber que Diseños Demont era de Jacques Lane?

Cualquiera con un poco de sentido común haría lo mismo. Y tal vez no se hubiera graduado en empresariales, pero había aprendido toda su vida tácticas de negocios en su familia, observando y escuchando. No era suficiente para contentar a Hal. Con él había sido suficiente. Pero esperaba algo más de Ash.

Ash tenía razón. Había cometido otro error. Pasado por alto información crucial ¿Cuánto tiempo hacía que Jack tenía el Edificio Morris? ¿Era consciente de la demolición abortada? ¿Guardaba él también un secreto?

Se levantó. Su fatiga se había multiplicado por diez.

—Me voy a la cama.

Ya había oído suficiente. Había un límite a la autoflagelación que podía tolerar en un día. Y en lo referente a Jack, su cabeza le daba vueltas al mismo problema una y otra vez.

Ash le apretó la mano.

—Lo siento. Solo quiero lo mejor para ti —ella asintió, con la garganta demasiado oprimida y el cerebro demasiado confuso para hablar. Tenía suerte. Ash siempre la cuidaba.

—¿Quieres que revise el contrato? No lo has firmado todavía, ¿verdad?

Lo había hecho. Lo tenía en el bolso, listo para enviarlo por mensajero el lunes a primera hora. Tragó una náusea que hacía más amargo el whisky en su estómago y negó con la cabeza. Si se había metido en un lío, le correspondía a ella salir de él. Escapar de las garras de una mala decisión. ¿Y apartarse de Jack? ¿Eso sería fácil de conseguir?

Apretó los dedos de Ash para hacerle saber que comprendía su interferencia y sus motivaciones. Él la besó en el cuello. Había arrepentimiento en sus ojos.

Estaba casi en las escaleras, cuando él volvió a hablar.

—Te quiero, Harley.

Ella asintió, demasiado emocionada para hablar, y bajó corriendo las escaleras, directa al baño que se había prometido. Quizá, por algún milagro, el agua caliente borrara todas sus dudas e inseguridades. Una cosa era más que evidente. No conocía a Jack más allá de su habilidad como amante. ¿Por qué, entonces, el tumulto que giraba en su cabeza y se estrellaba detrás de sus costillas se parecía sospechosamente a sentimientos que no tenía por qué sentir? ¿Sentimientos ingenuos y estúpidos que había dejado atrás hacía tiempo?

Se sumergió en el agua caliente con un suspiro.

Con sentimientos o sin ellos, los negocios eran los negocios.

Capítulo 8

Al día siguiente por la tarde, Harley se ató el top de cuello halter y se ahuecó el pelo. Dedicar una hora a arreglarse, probarse múltiples vestidos y perfeccionar el maquillaje le impedía mirar el teléfono cada cinco minutos. Tan decidida estaba a no hacer caso del odioso artilugio, que no solo lo había apagado sino que además lo había guardado en el frigorífico para más seguridad.

Jack le había enviado tres mensajes de texto a lo largo del día. Una serie de notas provocativas que el día anterior habrían conseguido que mojara las bragas y curvara los dedos de los pies. Pero Ash había plantado la semilla de la duda en el suelo fértil de su mente. Y su dilema sobre si contarle a Jack la aventura de sus padres la dejaba sin la poca energía que le quedaba. Solo quería olvidar el lío que había hecho con su vida en un periodo de tiempo relativamente corto. Con su vida personal y profesional.

Probablemente por eso había aceptado la invitación de ir a un club con Hannah, que celebraba un ascenso en Jacob Holdings. Había algo que sí se podía decir de Hal Jacob que creía en que sus hijos fueran subiendo por sí mismos hasta la cima. Nepotismo en su mejor versión.

Harley se sobresaltó cuando sonó el telefonillo, anunciando la llegada de su hermana y sus amigas, y buscó su bolsito de noche.

Hannah había elegido uno de los clubs nocturnos más chic de Nueva York, un lugar que frecuentaba la élite. Cuando salieron del coche y echaron a andar hacia la entrada, saltándose la cola, una serie de fotógrafos dispararon sus flashes detrás de la zona acordonada. En las raras ocasiones en las que iba de fiesta con sus amigos, Harley prefería clubs más tranquilos, donde fuera menos probable que hubiera famosos y, por lo tanto, paparazzi. Pero aquella noche mandaba Hannah.

A partió la cara y siguió a su hermana hacia la entrada. Cuanto antes llegara a la pista de baile, antes podría empezar a quemar la energía nerviosa que la embargaba.

El club estaba lleno de gente glamurosa con ganas de divertirse. Hannah había alquilado un reservado VIP, lo cual facilitaba que Harley se metiera en el ambiente, cosa que le costaba bastante, aunque esperaba que supusiera una distracción de sus dudas sobre Jack y su decepción consigo misma. Tomó un par de chupitos, intentando divertirse por el bien de su hermana. Pero sus reservas y miedos la cubrían como una capa de ropa extra, gruesa, que producía picores y era difícil de quitar.

Después de beber un rato con las amigas de Hannah, se dirigieron a la pista de baile. Harley cerró los ojos y sucumbió al ritmo de la música, que inundaba la pista y se le metía hasta los huesos. La combinación de vodka y baile cumplía su función. Con la mente relajada, dejó de pensar en Jack y en su malhadado negocio con él para dejarse llevar por el ritmo machacón y las luces intermitentes.

Abrió los ojos cuando unas manos se posaron en sus caderas. Esperaba ver el rostro

sonriente de Hannah y vaciló cuando el dueño de las manos entró en su campo de visión. Phil.

El estómago le dio un vuelco. No era extraño que él estuviera allí. Soltero perpetuo, su ex coleccionaba citas con bellezas trofeo. Su lucrativo sueldo en Jacob Holdings y su sentido de las cosas a las que eso le daba derecho implicaban que los clubs como aquel fueran el terreno de caza perfecto para él.

Le sonrió de un modo muy poco amistoso. No la había perdonado por romper su compromiso. De no ser por ella, Phil habría heredado una parte importante de la fortuna Jacob y eso habría garantizado su acceso a la cima.

Los pies de Harley se detuvieron. Su primer instinto fue alejarse sin hablar con él. Se disponía a hacerlo cuando él retiró las manos de sus caderas y se apartó de ella bailando. ¡Maldición! Ahora tendría que ser amable y charlar un poco.

La pista de baile estaba llena de gente. La música estaba tan alta que un simple saludo de «qué tal» y un poco de lenguaje de signos rudimentario eran comunicación suficiente para un examante.

Miró a su alrededor. Sus pies se movían con menos entusiasmo, pero la alivió ver cerca a su hermana y al grupo de chicas.

Se acercó sutilmente a ellas, hasta casi chocar con su hermana. Phil la siguió, se unió al grupo, saludó a Hannah con un gesto de la cabeza y al instante empezó a hablar con una de sus amigas. Si esperaba dar celos a Harley, era obvio que no se enteraba. Aparte de mostrarse educada, que era algo innato en ella, no tenía ningún interés en él.

¿Qué podía haber visto en Phil? Entonces ella era joven. Muy joven. Tenía apenas diecinueve años cuando lo conoció. Se había sentido deslumbrada durante cinco minutos por su ambición y atractivo, hasta que se había dado cuenta de que la ambición era lo único que le interesaba y que no podía tolerar menos en otros, especialmente en ella. A medida que se iba asentando la relación, él había empezado a ver la independencia de ella de la familia como una afición, una falta de dirección. Cuando le dijo, durante una de sus recurrentes peleas, que era una estupidez renunciar a su lugar en el negocio familiar, donde tenía un futuro de riqueza asegurada y que Hal compartía su opinión, ella por fin salió de su inercia y rompió el compromiso.

Volvió a mirarlo, recordando su falta de lustre en la intimidad. No. Nada. El pulso no se le aceleró ni un poco.

Cuando terminó la música, hizo una seña con la barbilla a Hannah para indicarle que salía de la pista. Bebería una botella de agua, iría al baño y luego buscaría a su hermana y le diría que se iba a casa. La presencia de Phil había terminado con cualquier posibilidad de disfrutar la velada, no porque sintiera algo por él, sino porque el evidente contraste entre Jack y él había vuelto a hundirla en el abismo de duda que había ido allí a olvidar.

Se sacudió mentalmente. Era por el sexo. Tenía que serlo.

Quizá por eso no había hablado todavía con Jack. ¿Por retrasar lo inevitable? ¿Tanto miedo tenía a arriesgarse a perder lo que había encontrado en la cama de Jack?

Dobló una esquina de camino a su reservado.

Jack le bloqueó el paso.

El aire huyó de los pulmones de Harley, quien estuvo a punto de chocar con él.

—¡Oh! Hola.

Jack curvó los labios con ojos brillantes.

—Un saludo muy tibio para una amiga íntima.

Rozó la mejilla de ella con los labios y lo formal del saludo le atacó los nervios, tensos ya con indecisión, confusión y el ardor constante del deseo.

Los labios de él se acercaron a su oreja.

—¿Ya has olvidado la sensación de correrte alrededor de mi polla? —preguntó.

Sopló su aliento en los minúsculos pelos de la parte de atrás del cuello de ella y se apartó con ojos llameantes a beber un trago de cerveza. Harley volvió la vista hacia la pista. Phil, una cabeza más alto que casi todos los demás, miraba en su dirección entornando los ojos, a pesar de que se apretaba por detrás contra la mujer a la que había elegido para dedicar sus atenciones.

Harley volvió a mirar a Jack, que no daba señales de haberla visto bailar con otro hombre ni de que eso le importara un bledo. Mejor. Ella no era de Phil. Ni tampoco era de Jack. Podía bailar con quien le apeteciera. ¡Ojalá su libido entendiera eso!

—¿Has venido con amigos? —preguntó.

Jack asintió. Su mirada se posó en el pecho de ella y siguió bajando hasta las piernas desnudas.

—Con Alex y Libby. Pero quizá también te haya seguido aquí, como me seguiste tú para conseguir lo que querías el primer día.

¿Lo había hecho? ¿Y le importaba? Sintió carne de gallina en los brazos y reprimió el impulso de abrazarse a sí misma. Los pezones se le erizaron y rozaron la tela de gasa de su top de cuello halter.

—¿Qué quieres? —preguntó. Su voz sonaba trémula. ¿Por miedo a la respuesta? ¿Miedo a que él le hiciera la misma pregunta?

Él la miró fijamente y se encogió levemente de hombros. Luego le agarró los dedos. Los suyos estaban húmedos y fríos por la botella de cerveza.

—Estoy aquí con mi hermana. Celebra algo —dijo ella.

¿Por qué sentía la necesidad de explicarse? ¿Por qué estaba tan insegura con aquel hombre al que había confiado su placer y su cuerpo? Un hombre al que permitía, no, suplicaba, que ampliara sus límites, del que era una cómplice voluntaria en su juego sexy. Un hombre en el que no sabía si podía confiar pero al que deseaba. ¡Qué lío!

Jack volvió a asentir. Le puso una mano en la cadera y la atrajo hacia sí. El cuerpo de ella fue voluntariamente a estrecharse con el de él. Hannah y Phil bailaban a pocos metros de allí, el Edificio Morris podía ser un gran fiasco, su mente hervía de secretos, dudas y humillación por haber fracasado demasiadas veces, y todo aquello le importaba un bledo.

Solo importaba el calor del cuerpo de él, la lujuria instantánea que crepitaba en su vientre en el momento en el que lo veía y el escalofrío de deseo incontrolable que él le producía con solo fruncir su boca pecadora.

Los labios de Jack se posaron en la piel debajo de la oreja de ella.

—No soy celoso, *ma belle*. O me deseas a mí y lo que puedo darte, lo que tenemos juntos, o no. Es así de sencillo.

O sea que la había visto bailar con Phil.

Harley se estremeció. El olor cálido a especias de él era más potente que el vodka que había bebido. ¿Era sencillo? Debería serlo. Solo sexo. Orgasmos espectaculares. Sin ataduras.

¿Por qué dudar de sus motivos y de su integridad lo complicaba todo? ¿Por qué, después de años de no pensar en eso, tenía la indiscreción en la punta de la lengua siempre que miraba a Jack? ¿Porque había desarrollado sentimientos que iban más allá del placer físico?

—Hay una razón para que no te casaras con él.

Había cientos de razones. Harley se apartó.

—¿Sabías que estuve prometida con Phil?

Jack se encogió de hombros.

—Eres famosa. Vi el anuncio —flexionó los dedos en la cintura de ella—. ¿Qué pasó?

Su expresión no traslucía nada de envidia. En todo caso, la miraba con deseo, como si le faltaran segundos para besarla, una expresión a la que ella se había acostumbrado y un deseo que se reflejaba en ella y estaba a la vista de todos.

Suspiró. Phil era lo último de lo que quería hablar, pero no tenía nada que ocultar.

—No aprobaba lo que hacía. Decía que desperdiciaba lo que era mío por nacimiento persiguiendo lo que consideraba un entretenimiento.

Jack miró un momento la pista de baile con expresión acerada y luego la miró a ella y la besó en la sien.

—Me alegro por ti de que te dieras cuenta a tiempo. Un hombre que necesita rebajarte, que ni siquiera te daba orgasmos... no vale la pena.

—¿Cómo sabes que no me daba orgasmos?

Él se encogió de hombros.

—Lo adivino. Si hubiera satisfecho tus necesidades, ahora estarías felizmente casada.

Harley se estremeció.

—Era ingenua. Nunca quise a Phil. Pero una parte de mí quería encajar. Y Harley aprobaba la relación.

Movió la cabeza ante su estupidez. Compartía en gran medida el cinismo de Jack sobre el matrimonio, al menos para ella. Eso no significaba que no fuera sincera en sus comentarios sobre la felicidad de la hermana de él. Pero ella había aprendido la lección tanto con Hal como con Phil.

Las palabras de Ash resonaron en sus oídos. ¿Sabía juzgar a la gente? Sí, había visto cómo era Phil. Se había dado cuenta de que su relación con él tenía más que ver con su relación con su padre y con intentar complacerlo.

¿Pero se había vuelto torpe o se había dejado embaucar por su atracción física por Jack y había pasado por alto un defecto crucial de su carácter? ¿Era el tipo de hombre de negocios que tenía más en común con Hal de lo que ella veía?

Su imperio, en particular su escuela para la dislexia, lo era todo para ella. Percibiría el trato sin dudarle si él la había engañado deliberadamente. En especial si, como había sugerido Ash, la había utilizado para vengarse. Se encogió. Si había conseguido engañarla porque los documentos y contratos del Edificio Morris le bailaban

delante de los ojos y le daban dolor de cabeza...

O quizá ella había puesto en peligro todo lo que había construido con sus desafíos constantes. Quizá Hal tenía razón. ¿Era hora de dejar de hacer el tonto y volver a la seguridad del abrazo de la familia?

Jack se acercó más y su erección rozó el muslo de ella. Las piernas de ella se estremecieron como si hubiera bebido más de lo que había bebido, sus pezones empujaban el top y rozaban la camisa de él y su sexo se contrajo con expectación. Tragó saliva, cerró los ojos y apoyó la frente en el pecho firme de él.

¿Qué le ocurría? Tan pronto dudaba de su integridad y profesionalidad como estaba a punto de arrancarle la ropa y cabalgarlo. ¿Tan bueno era el sexo con él? ¿Lo bastante como para que ella no pudiera dejarlo si sus intereses profesionales dictaban que tenía que acabarse aquello? Si le había mentado, si la había timado...

Cerró los ojos con fuerza. El ritmo sexy de la música y las caricias rítmicas del pulgar de Jack en la piel desnuda de su cintura la arrullaban y la introducían en aguas sensuales. A diferencia del prescindible Phil, todo lo que aquel hombre decía, hacía y era la llevaba allí.

Y ella quería lo que creaban juntos. Algo que no había podido encontrar con nadie más. Una conexión, una química inflamable, una adicción prohibida... Hasta que tuviera ocasión de investigar a fondo la afirmación de Ash, ¿podía abandonar eso, volver a abandonarlo a él tan fácilmente?

Y aunque no había conocido a Jack en los nueve años intermedios, el hombre con el que había estado el día anterior, el que había elegido pijamas de bebé con dibujos de jirafas y un cisne blanco como la nieve para su hermana embarazada, no podía ser alguien que orquestara negocios dudosos. O quizá pensar así hacía que fuera estúpida, algo con lo que había crecido.

Los labios de Jack rozaron su sien y ella abrió los ojos.

—No has contestado a mis mensajes.

No era una pregunta. Jack enterró la nariz en el pelo de ella e inhaló. Harley se apoyó en él, siguiendo el leve movimiento de su cuerpo, que oscilaba al ritmo sensual de la música en un baile solo de ellos dos.

—No.

¿Por qué balancearse cerca de la pista de baile con aquel hombre parecía cien veces más íntimo que nada de lo que había vivido con su exprometido, un hombre con el que había estado a punto de casarse? Harley deslizó los dedos en las presillas del cinturón de los vaqueros de él y sus caderas se movieron al unísono. Si cerraba los ojos y mantenía vivo aquel momento bailando con Jack, evitaría pensar en las dudas, sobre él y sobre sí misma, que la corroían por dentro como si fuera ácido.

Jack se quedó inmóvil.

Harley abrió los ojos, reacia pero realista.

Él la miró con expresión impenetrable. No enfadado. Al parecer, ni siquiera insultado porque ella lo hubiera ignorado sin explicaciones.

Dejó la cerveza en una mesa próxima y le tomó la mano. Sin explicaciones. Pero ella no necesitaba ninguna. Lo siguió entre la multitud, con el pulso palpitándole entre las

piernas. Por dentro sentía calor. No sabía si era por vergüenza de haber ignorado sus preocupaciones y sucumbido a su constante deseo físico por Jack o si era el calor que casi nunca abandonaba su cuerpo cuando él estaba cerca. Fuera como fuera, no ofreció resistencia, y así fue como se encontró momentos después en un pasillo oscurecido, donde el frescor del aire y el ruido apagado de la música no dejaban entrar nada que no fuera Jack y su cuerpo cálido e insistente contra el de ella.

A apoyó la espalda en la pared y él la estrechó contra sí. Le levantó el pelo de un hombro y le rozó la piel con los dedos mientras la mantenía cautiva con la mirada.

—Dime... —su ceño fruncido apagaba un poco la intensidad de su mirada—. ¿Imaginé ayer tus gritos y tu placer? —introdujo una pierna entre las de ella y el roce de los vaqueros en la piel interna de los muslos hizo que sus terminaciones nerviosas cobraran vida.

Harley se frotó desvergonzadamente contra él. Onduló las caderas cuando él encontró la piel sensible debajo de su oreja y la acarició con la boca, esperando su respuesta.

La cabeza de ella golpeó la pared y puso los ojos en blanco.

—No —susurró, sin importarle el deseo que expresaba su voz ni el modo en que sus uñas se aferraban a los hombros de él, que la tenía clavada contra la pared.

Jack bajó una mano entre las piernas de ella, que se abrieron sin resistencia, y deslizó los dedos más allá de la tenue barrera de las bragas para acariciarle el clítoris con las yemas.

Harley lo atrajo más hacia sí y lo besó en la boca. El dolorcillo superficial entre sus piernas se hizo más intenso. Lo deseaba. Lo deseaba ya. Su hermana o su ex podían ir a buscarla en cualquier momento, pero ella solo podía pensar en tener a Jack dentro, follándola contra la pared. En el éxtasis que sabía que le produciría, el sexo que resultaba tan fácil entre ellos.

Lo único fácil que había en su vida en aquel momento.

Cerró los ojos, deseando el arrebató que sabía que estaba cerca. Pero se mantenía fuera de su alcance. Su mente luchaba contra las necesidades de su cuerpo y, por una vez, vencía. Era un mal momento, pero necesitaba dar prioridad a las respuestas sobre las exigencias de su cuerpo.

—¿Qué ocurre, querida?

Los ojos de él se aclararon y el movimiento de sus dedos se detuvo. Sacó la mano de las bragas de ella y le alisó la falda sobre las caderas, donde dejó las manos.

Harley apartó la vista. Seguía confusa, haciendo equilibrios todavía en la cuerda floja, temerosa de mirar hacia abajo por miedo a lo que pudiera ver. Sacudió la cabeza.

Fuera del negocio de compra venta, no tenía derecho a investigar nada más. Pero su conversación sobre Isabel y sus dudas sobre el negocio Morris suscitaban preguntas.

¿Odiaba él lo bastante a su familia como para ocultar deliberadamente datos sobre el Edificio Morris? Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Cruzó los brazos. No tenía derecho a pedir respuestas cuando ella misma le ocultaba un secreto. ¿Y quería de verdad esas respuestas si podían marcar el final del mejor sexo de su vida?

—¡Ah!

Sentía la garganta rasposa. ¿Cómo podía cuestionar los motivos de él sin contarle toda

la historia de los motivos de la riña de sus familias? ¿Cómo iba a pedirle sinceridad si ella ocultaba algo tan enorme?

Jack suspiró. Se ajustó la ropa y metió las manos en los bolsillos. Cuando volvió a mirarla, ella se estremeció.

—¿Esta vez me vas a dejar con gentileza? —preguntó él. Su boca se tensó, o quizá fuera imaginación de ella, pues siguió hablando con ligereza—. ¿Has terminado con nuestro juego? —su expresión neutral no dejaba traslucir nada, como si le diera lo mismo una cosa que la otra. Como si pudiera alejarse esa misma noche sin lamentar nada.

¿Pero podía ella?

Jack se llevó una mano a la mejilla como si fuera a decir algo más pero se contuvo.

¿Qué iba a decir? ¿Solo estábamos tonteando? ¿*Au revoir*?

Harley se consumía por dentro.

Él apretó la mandíbula, sonrió sin convencimiento y se encogió de hombros.

—Estás en tu derecho.

Le dio un beso en los labios entreabiertos y se marchó sin mirar atrás, dejándola tambaleándose y tan confusa como siempre.

Capítulo 9

Trent abrió la puerta a Harley segundos antes de que ella entrara en el despacho de Jack tras llamar con los nudillos. Eran las ocho y cuarto de la mañana y en sus ojos ardía un fuego que convertía el verde en oro. La expresión de su rostro sugería que estaba enfadada.

Jack se levantó de su silla y dio la vuelta al escritorio para salirle al encuentro, con la polla estremeciéndose al verla toda elegante, sexy como un demonio y claramente cabreada con él.

¿Podía culparla? La noche anterior había arrojado el guante y luego había dado media vuelta y se había largado, pensando que aquello había terminado. Había llegado a conocerla lo bastante bien como para saber que ella le ocultaba algo, y lo que quiera que fuera, no debería ser asunto suyo. Pero el hipócrita que había en él quería cotillear mientras mantenía sus sentimientos encerrados detrás del sexo fantástico.

—Trent ha dicho que estabas solo —dijo ella, a modo de explicación, aunque él no imaginó ni por un segundo que hubiera ido allí en busca de un polvo rápido de lunes por la mañana para empezar bien la semana.

Se apoyó en la parte delantera del escritorio con los pies separados y la miró de arriba abajo. Su falda ceñida delineaba bien sus caderas y sus pezones se adivinaban a través de la blusa. Cabreada pero excitada.

Jack deslizó una mano en el bolsillo del pantalón para ajustar discretamente su media erección.

—¿Qué puedo hacer por ti?

A parte de bajarle la cremallera de la blusa y doblar aquel culo exquisito sobre su mesa para que ambos se sintieran mejor y retrasaran la inevitable confrontación. A él ya le había amargado el día despertarse solo y vacío por dentro.

Ella tenía en la mano los documentos que él le había llevado a la tienda la semana anterior.

—He venido personalmente a entregar esto. Firmado —bajó el brazo y lo miró de hito en hito—. Dime. ¿Sabías que el Edificio Morris había sido marcado para demolición hace un año? —levantó la barbilla con ojos llameantes, adelantó una cadera y lo miró fijamente.

O sea que había investigado. ¿Dudaba de sus motivos? ¿Asumía que había dejado que el pasado influyera en su ética profesional? Reprimió la primera réplica que se le ocurrió y la miró con cara de póker hasta que ella se sonrojó.

Se le encogió el estómago. Sabía que no había confianza entre ellos, pero le dolió de todos modos. ¿Por qué le molestaba eso? ¿No había empezado aquello como un juego de venganza para mostrarle lo que se había perdido? Sí, eso le había servido porque necesitaba controlar la química que había entre ellos. ¿Pero podía decir que tenía las

manos limpias?

—¿Sabes? —se frotó la mandíbula con dedos que ansiaban abrazarla a pesar del muro alto que la rodeaba—. No consigo decidir si echarte a patadas —apoyó las manos en el borde del escritorio— o follarte encima de mi mesa hasta que los dos volvamos a empezar de otro modo esta mañana de lunes —ya se había decidido por la segunda opción.

Harley resopló. Bajó la cabeza.

—Contesta a mi pregunta.

Jack se apartó de la mesa, se acercó a ella, tomó el contrato Morris y lo abrió por la primera página, donde estaban las firmas de los dos. Hervía por dentro con una mezcla de frustración y deseo. Y quizá de otras emociones que se negaba a analizar.

Lenta, deliberadamente, levantó los papeles a la altura de los ojos, mirándola con desafío, y los rompió por la mitad, lo que le produjo un aleteo de satisfacción en el vientre cuando ella abrió mucho los ojos.

—¿Pero qué...? —preguntó ella.

Jack volvió a su silla pasando por la papelera, donde dejó caer el contrato. Se sentó e intentó mantener la calma. Nunca perdía su exterior impenetrable ni su control, pero Harley lo había empujado hasta el límite, personal y profesionalmente.

Se encogió de hombros con la mano delante de la cara.

—Sin confianza, no tenemos nada que valga la pena.

—¿O sea que te niegas a vender?

Eso era lo que ella pensaba. Otro golpe en las entrañas. Quizá a ellos dos se les daba mejor la comunicación física. Desde luego, en ese departamento no tenían motivos de queja.

Se recostó en su silla, combatiendo el impulso de besarla.

—No, en absoluto. Redactaré otro contrato, solo que esta vez predicaré con el ejemplo.

Harley cerró los puños sobre sus caderas y apretó los labios.

—O también puedes contestar a mi pregunta.

—Mis acciones hablan por mí, querida. Considera ese contrato nulo —se frotó la barbilla con un suspiro—. Para calmar tus aprensiones, el Edificio Morris es sólido. Los dueños anteriores veían más valor en el terreno que en el viejo edificio —el momento de duda que vio en el rostro de ella no le produjo ninguna satisfacción—. Había planeado renovarlo personalmente, hasta que se cruzaron otros proyectos.

Harley abandonó su postura defensiva, pero aún no estaba satisfecha del todo.

—Podrías haberle mencionado eso a un posible comprador.

Jack ladeó la cabeza. Estaba de acuerdo. ¡Joder! Ella daba una imagen magnífica. Lista decidida, sin aguantar tonterías.

—No me propuse engañar a nadie —solo utilizar su atracción mutua para vengarse, lo cual no estaba bien. Pero no podía decírselo, porque si admitía que ella le había hecho sufrir nueve años atrás, eso sacaría aquella... aventura de la esfera del sexo sin ataduras. Y él nunca había vivido otra cosa.

—Esa información es de dominio público. Quizá tú deberías haber hecho que tu equipo encontrara una información que está a la vista de todos.

Ella se sonrojó y él hizo una mueca. ¡Joder! Había puesto en duda la calidad de sus abogados, pero ella se lo había tomado como un ataque personal. Suavizó su tono de voz.

—Te haré otro contrato.

¿Cuál era el verdadero problema allí? Las investigaciones de ella y la documentación que le había proporcionado con el acuerdo de venta deberían haber resaltado cualquier problema de infraestructura importante que hubiera tenido el edificio. Aquello, las dudas de ella, lo fácil que era socavar su confianza, debía de tener unas raíces más profundas.

«¿Cotilleando de nuevo?».

¿Qué importaba que ella no confiara en él? ¿Y por qué estaba a cien en ese momento?

—Le venderé el Edificio Morris a Give, que te aseguro que es muy sólido, si cuentas conmigo para renovarlo gratis.

Harley alzó los ojos al cielo.

—Eso no es necesario.

Para él sí.

—El precio de mi integridad vale diez veces eso —«y el precio de tu confianza».

«¡Joder! Ya estaban otra vez». Debería haber sabido que ella vacilaría. Y él no necesitaba su confianza fuera del dormitorio. Se concentró en la mirada nerviosa de ella, se negaba a analizar sus motivaciones.

—¿Te vendería un edificio dudoso y luego pondría mi nombre en la remodelación?

La ironía de que, si ella aceptaba, serían socios en eso, como habían sido sus padres años atrás, le arrancó una mueca. Solo que las apuestas parecían mucho más altas. ¿Y para Harley?

Ella lo miró tanto rato que él estaba seguro de que se marcharía. Luego hundió un poco los hombros.

—No creo que tú le vendieras a nadie un edificio estropeado.

—¿Pero has dudado de mí de todos modos? —preguntó él.

No tendría que importarle. Pero sentía el pecho oprimido. Sí, sus familias eran enemigas. Sí, al principio había buscado venganza por el modo cruel en que ella había cortado lo que tenían nueve años atrás. Había pensado jugar un poco con ella, aprovechar la química para mostrarle que era mucho más interesante que el chico al que había descartado. Pero después...

Tragó saliva, demasiado aterrorizado para seguir por aquel camino.

—Yo... —ella apretó los labios como si temiera lo que pudiera salir de ellos. ¿Ocultaba algo?

—¿No tienes nada que decir?

Por el rostro exquisito de ella pasó una serie de emociones, muestra de la batalla que se desarrollaba en su interior. Dejó caer los hombros y después la guardia, hasta que solo quedaron la sinceridad y el candor que él había visto cada vez que habían conectado físicamente. Pero quería verlos también fuera del dormitorio.

Harley suspiró y habló deprisa. Palabras sentidas y sencillas, que enviaron una ola de alivio por el cuerpo de él.

—Te deseo —mover la cabeza—. No estoy preparada para que acabe esto.

O sea que no confiaba totalmente en él, pero lo deseaba de todos modos. Le embargó la euforia, que inundó sus músculos hasta que su cuerpo le gritó pidiendo que actuara. Que le recordara lo bien que estaban juntos y lo maravilloso que podía ser todo...

No. Aquello era lo único que había.

Mientras él guardaba silencio y apartaba de su mente sus pensamientos peligrosos, Harley se quitó los zapatos, arrojó el bolso sobre una silla y empezó a desabrocharse la blusa.

Su polla empujó los pantalones. ¿Eran apenas las nueve de la mañana y estaba pensando seriamente tirársela en su despacho? Su mente filtró la agenda de la mañana. Nada que no pudiera esperar.

Sin esperar su reacción, Harley cerró la puerta y avanzó hacia él descalza, moviendo las caderas. Colocó su exquisito trasero en el borde de la mesa, entre los muslos abiertos de él. Se alzó la falda ceñida hasta medio muslo y él vio que las medias terminaban allí en una tira de encaje.

¡Joder! Estaba perdido. Aunque esa forma de comunicación, que era todo lo que tenían, le parecía bien, una parte de él, la parte fastidiosa del fondo de su mente, entretuvo por primera vez la posibilidad de algo más.

Se levantó y Harley tiró de su corbata e introdujo la lengua en la boca de él con un gemido que lo llenó de deseo. Pero esa parte de él seguía esperando más.

Había tenido su venganza. Le había probado una y otra vez su valía como amante. Pero no había terminado, su necesidad de ella evolucionaba, se metamorfoseaba, se transformaba.

Le devolvió el beso, ignorando las preguntas de su mente. Se ganaría la confianza de ella poco a poco.

Le agarró las caderas y le adelantó el culo hasta el borde de la mesa y su polla dura.

—¿Tenemos un trato? —preguntó.

No le permitiría esconderse. Le clavó las caderas, le agarró un pecho y le acarició el pezón con el pulgar. Él no era su juguete, disponible para rascar los picores que ella pudiera tener. Si seguía queriendo jugar, él quería su confianza o, como mínimo, que creyera en su sociedad profesional. Un punto de partida.

Harley echó atrás la cabeza, separó los muslos y se apretó más contra él.

—Sí. Lo siento —dijo.

Clavó en él su mirada sincera y esperó, colocada como él al borde de un precipicio nuevo. Pero él estaba tan impotente ante aquella necesidad física como parecía estarlo ella. La besó en la boca, poniendo su pasión, su honor y su compromiso en el beso, que le arrancó un respingo a la garganta de ella.

La joven le aflojó la corbata y desabrochó los botones de la camisa con manos impacientes. Jack deslizó la mano entre ellos y exploró con los dedos debajo de las bragas mojadas. Encontró el clítoris, preparado y mullido, y lo frotó con el pulgar. Separó la boca y dijo:

—¿Confías en mí para ayudarte a construir tu escuela?

¡Joder! ¿Qué le ocurría? ¿Por qué insistía? Ella estaba lista, suplicándole.

Harley movió las caderas y llevó las manos al cinturón de él.

—Sí —pasó los labios por la barbilla de él, por el cuello y entre los pectorales. Gimió y enterró el rostro en el vello del pecho—. Sí, Jack. Sí confío.

A paciguado por el momento, él se bajó la cremallera. El olor de la excitación de ella resultaba tan potente como la inyección de cafeína de su primer café, y tenía la energía a tope.

—Rápido... Date prisa —las manos frenéticas de ella lo liberaron de los boxers y le bajaron la ropa por las caderas. Volvió a besarle y a mordisquearle los labios de un modo que lo acercó peligrosamente al límite.

Jack la dejó un momento para entrar en su baño personal en busca de un preservativo. Cuando volvió, rompiendo la funda de aluminio con los dientes, ella se quitó las bragas y se subió la falda hasta la cintura.

Su look sofisticado quedaría arruinado, pero a ella parecía importarle tan poco como le importaba a él que el trasero de ella aplastara unos planos y que su portátil corriera el riesgo de acabar en el suelo.

La penetró en cuestión de segundos y gimieron juntos, jadeando como si hubieran contenido el aliento mucho tiempo. Lo hermoso de aquello, de ella, hizo que le diera vueltas la cabeza. ¿Euforia o inquietud? No lo sabía y no quería examinar aquello muy de cerca.

Mientras embestía y llevaba a ambos a un clímax tórrido, que hizo gritar a Harley con fuerza suficiente para que la oyera todo el edificio, se juró descubrir lo que ocultaba ella, sin detenerse a cuestionar sus motivos.

Dos días después, Harley le dio las buenas noches a Belinda antes de cerrar, pensando como siempre, en Jack. Este se había ido a París el día en que ella había ido a su despacho, pues tenía una reunión de negocios que requería su atención. Le había enviado el contrato revisado antes de irse, junto con una nota personal que consiguió tranquilizarla e inquietarla a la vez.

Estoy deseando empezar nuestra nueva relación de trabajo. Tengo que volver a París dentro de una semana, pero espero empezar los planos del Morris antes de partir de nuevo.

Cuanto más pensaba en él, más nerviosa estaba. ¿Era posible que aquello ya no fuera solo sexo? Cada vez que pensaba en él, le dolía el pecho. Cada vez que le llegaba un mensaje, se le aceleraba el corazón para luego llevarse una decepción y contaba las horas hasta su regreso del día siguiente.

Cuando salió a la calle, se preparó para la mordedura del frío. Se detuvo de golpe. Jack estaba en la acera, apoyado en su coche, con el teléfono móvil en una mano y un ramo de flores en la otra. Al verla, guardó rápidamente el teléfono en el bolsillo y echó a andar hacia ella con una sonrisa que la iluminó por dentro tanto como el fuego sexy que salía de sus ojos.

Y ella tuvo su respuesta con una certeza que paralizó todo en su interior excepto su corazón galopante.

—*Bon anniversaire, ma belle* —le tendió las flores y le dio un beso frío en la boca, un beso demasiado corto.

Harley tragó saliva con la garganta oprimida.

—¿Te has acordado de mi cumpleaños?

Un sonrojo la calentó mientras le daba vueltas la cabeza. Nunca había estado tan segura de nada. Se había enamorado de él. ¿Cómo había ocurrido y qué iba a hacer con esa información?

Él ladeó la cabeza de aquel modo francés tan suyo.

—Por supuesto.

Jack no había dado ninguna indicación de que quisiera algo más que sexo. Su cinismo sobre la felicidad de su hermana, el impacto que seguramente habría tenido en él el divorcio de sus padres y la ruina del negocio de su padre confirmaban que compartía algunas de las reservas de Harley sobre las relaciones. Pero la mirada que le lanzó parecía arrancarle todas sus capas hasta dejarla expuesta ante él.

Recordó entonces el día que había cumplido diecisiete años. Estaban en casa de los padres de ella en los Hamptons. Jack había esperado hasta que todos los demás estuvieran ocupados en distintas partes de la casa antes de sugerir un paseo por la playa, donde no solo le había regalado una biografía de Coco Chanel, una de las diseñadoras favoritas de ella, sino que también la había besado por primera vez. Harley tenía todavía aquel libro en una estantería de su casa.

Apretó los labios.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

Jack se acercó más, le puso las manos en la cintura y la miró como si quisiera devorarla allí mismo, en la calle, donde podía verlos medio Manhattan.

—Eso no importa —la miró a los ojos y ella parpadeó, insegura de lo que él vería y descolocada por la profundidad de su mirada—. ¿Tienes planes?

La joven negó con la cabeza. Lo había celebrado con Hannah y Ash la noche anterior. Ese día solo había planeado cenar, darse un baño y dormir. Pero ahora que Jack había vuelto un día antes de lo previsto, seguro que podía encontrar energía para lo que él tuviera en mente.

Él la besó en la sien, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí para apartarla del viento.

—Envía a tu chófer a casa. Quiero darte de cenar y follarte, por ese orden. Te he echado de menos.

Harley estaba a punto de decir lo mismo, pero se reprimió, demasiado asustada para pronunciar las palabras. Porque, para ella, las palabras ya iban acompañadas de sentimientos. Y los sentimientos lo cambiaban todo. Conllevaban una responsabilidad añadida.

El peso del secreto que no era suyo para contarle la dejaba clavada a la acera. ¿Se lo decía antes de que se enamorara más todavía? Antes de que pasara mucho tiempo y él no pudiera perdonarla nunca por haberle ocultado algo tan importante.

No llevaría más tiempo esa carga, se negaba a ser como Hal, a ser su cómplice mediante el silencio. Jack merecería saber toda la historia.

Pero encontrar el momento apropiado...

Jack la miraba expectante. En lo relativo a regalos de cumpleaños, lo que él ofrecía estaba entre los mejores. Se obligó a sonreír, archivó su confesión como una cobarde y habló rápidamente con el chófer antes de reunirse con Jack en su coche.

Él había elegido el restaurante favorito de ella, un establecimiento íntimo y chic en el Soho. Se sentaron lado a lado en un apartado con luz tenue que la empujaba a abrazar el momento.

Jack la tocaba a menudo. Le ponía una mano en la rodilla, le agarraba los dedos, le apartaba con frecuencia el pelo de la cara mientras le hablaba de su viaje y le preguntaba por sus ideas para remodelar el Edificio Morris.

Durante el postre, sacó un regalo del bolsillo. Harley se lamió un trozo de chocolate del labio y le costó trabajo tragarlo. Jack le entregó una cajita rectangular exquisitamente envuelta.

—Esta diseñadora parisina me recordó a ti. Creo que compartís la misma visión —él sonrió y le puso una mano en la rodilla por debajo de la mesa.

Harley rompió el papel sin poder decir otra cosa que un «gracias» apresurado.

Jack la observó abrir el regalo con ojos brillantes.

—En sus diseños usa metales preciosos reciclados y piedras preciosas de origen ético.

La joven palpó la delicada pulsera de oro y lo miró a los ojos. Le emocionaba que él hubiera pensado tanto en el regalo, que se hubiera esforzado tanto. Le pidió que la ayudara a abrocharse la pulsera en la muñeca y rio cuando ambos intentaban torpemente abrochar el minúsculo cierre.

Podía haberle comprado diamantes y haberse gastado lo que costaba alimentar a una familia un año. Pero la comprendía. La veía. Cambiaba la ostentación por la sencillez de un regalo que, igual que la línea de moda y los accesorios de ella, trasmitía un mensaje de conciencia social. Lo besó emocionada. Se acurrucó contra su costado y miró la pulsera sencilla que brillaba en su brazo mientras intentaba controlar sus sentimientos.

Salieron del restaurante así, del brazo, con ella pegada a su costado. Los flashes la sacaron de su ensueño. En la acera había dos o tres paparazzi disparando sus cámaras, lanzando preguntas y llamándola por su nombre.

Jack la agarró por la cintura y la llevó hasta el coche, que esperaba cerca. Con el otro brazo, escudó a ambos del reportero más insistente mientras se metían en el vehículo.

—Conduce —le ladró a Will, mirando por encima de su hombro a los fotógrafos que habían dejado atrás. Le tomó la mano a Harley—. ¿Estás bien? ¿Eso ocurre a menudo? — con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula apretada, parecía dispuesto a romper algo.

Ella se encogió de hombros. La adrenalina empezaba a disiparse y sentía los miembros pesados y la cabeza confusa. Buen modo de matar su euforia cumpleañosera.

—Solo cuando no hay nadie más interesante a quien molestar.

Jack la sentó en sus rodillas y frotó la nariz debajo de la oreja de ella. Su respiración recuperaba poco a poco la normalidad.

—Pareces cansada —le dio un beso—. El polvo de cumpleaños puede esperar.

Harley hizo un mohín y se retorció en su regazo hasta que él gimió y apoyó la cabeza en el asiento. Se puso de rodillas a horcajadas sobre él y acercó su boca a los labios de él.

—Pero quiero mi polvo de cumpleaños y tú prometiste que cada vez mejor,

¿recuerdas?

Lo había echado de menos, aunque no pudiera decirlo en voz alta. Cuatro días sin aquel contacto físico abrasador le habían parecido un año. Se frotó en su regazo y abrió la boca cuando el cosquilleo entre sus piernas subió serpenteando por su vientre.

Jack le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos.

—¡Joder, mujer! ¿Qué me haces?

Harley rio y se inclinó para besarla a lo largo de la mandíbula hasta que llegó al lóbulo y succionó. Él le agarró la cintura y flexionó los dedos. Y luego la empujó para pasar su mirada caliente y traviesa por todo su cuerpo.

—Quítate las bragas —gruñó. Y ella se apresuró a obedecer la orden.

Se sentó su lado y se bajó las bragas por los muslos. Las dejó colgando de un dedo y contuvo el aliento cuando vio la expresión de lujuria desenfrenada en el rostro atractivo de él.

Jack le quitó las bragas, se las acercó a la nariz e inhaló profundamente antes de guardárselas en el bolsillo de los pantalones.

—A caríciate —se recostó en el asiento, relajado, sin prisa, seguro de la obediencia de ella.

Harley miró a Will a través del cristal de separación y la temperatura de su cuerpo subió peligrosamente. El chófer no podía verla ni oírla, pero la emoción de lo ilícito, de masturbarse mientras recorrían las calles oscurecidas de Manhattan, la excitaba sobremanera.

Jack se acariciaba la barbilla como si esperara una llamada de negocios, con rostro inexpresivo y aparentemente aburrido. Cuando Harley subió los dedos por su muslo, le agarró la muñeca.

—Despacio, no te corras —dijo con voz baja y ronca.

Se recostó a mirarla, seguía el avance de la mano de ella por el muslo con tanta pasión e intensidad en los ojos que ella temió que le iba a causar una decepción.

¿Cómo le hacía aquello? ¿Cómo la convertía en una exhibicionista? Pero cuando localizó el clítoris con los ojos fijos en los de él, dejó de pensar en todo lo que no fuera Jack.

Fue el recorrido más largo y más corto de todos. Cuando llegaron a su apartamento, Jack ladró:

—Dormitorio.

Y cuando terminó de desnudarla, de desnudarse y la besó apasionadamente, ella estaba ya tan excitada que dudaba de que él fuera a tener tiempo de penetrarla antes de que se corriera.

Cuando la tuvo desnuda, excepto por las medias, él pisó el freno, le agarró los pechos desde atrás y apretó el pene en las nalgas de ella.

—¿Confías en mí? —su aliento le levantó los pelos de la nuca a ella.

Harley se apoyó en él con el deseo convirtiendo su sangre en sirope espeso.

—Sí —contestó sin vacilar.

Los dedos expertos de él trabajaron sus pezones con firmeza e insistencia, con presión suficiente para enviar llamaradas al clítoris. Ella se aferraba a él desesperada por

mantenerse consciente de cada caricia y de cada contacto, aunque iba entrando en la niebla de la excitación.

Él le palmeó una nalga y se la frotó con la mano.

—Quiero ver este culo fantástico mientras te follo.

A ella se le doblaron las rodillas y él le pasó un brazo fuerte alrededor de la cintura. La empujó hacia la cama, donde ella se colocó a cuatro patas. Inhaló por la nariz, con la expectación creando aleteos en su vientre. El ruido del papel de aluminio hizo que se le acelerara el corazón y luego se hundió un poco la cama cuando él se inclinó sobre ella con el pecho en su espalda.

Sus manos encontraron de nuevo los pezones y ella se arqueó contra él como un gato.

Jack gimió.

—Pronto... pronto —dijo con voz hipnótica.

La levantó hasta que quedó arrodillada de espaldas a él y siguió torturando sus pechos y raspando con los dientes la piel donde el cuello se unía al hombro.

Harley se inclinó hacia él con la cabeza dándole vueltas y los miembros lánguidos. ¿Cómo iba a sobrevivir a lo que él le hacía sin contar sus sentimientos ni su confesión? Se mordió el labio para retener las palabras.

Una mano de él cubrió una de ella y guio los dedos unidos por el vientre de ella, a través de la tira de pelo y hasta dentro de los pliegues húmedos de su sexo.

—Acaríciate —dijo. Sus dedos se movían al lado de los de ella y juntos iniciaron un ritmo que hizo que ella gritara su nombre mientras se aferraba a él con el brazo libre. Esa era su ancla—. Sigue.

Volvió a colocarla a cuatro patas y ella balanceó su peso sobre un brazo para cumplir las órdenes roncadas de él, localizó de nuevo el clítoris y se acarició como le había ordenado.

—Jack, date prisa —estaba al borde del orgasmo y lo quería dentro, se sentía muy vacía sin él.

Él le agarró las caderas con ambas manos y la penetró despacio, centímetro a centímetro. Cuando estuvo dentro del todo, Harley arqueó la espalda y movió los dedos más deprisa para contrarrestar el estiramiento con la excitación del calor fiero que ardía debajo de su clítoris.

—Despacio, Harley. Todavía no —le advirtió él moviendo las caderas y penetrándola tan hondo que ella soltó un grito entrecortado—. ¡Joder!, me encanta tu culo —soltó una mano de la cadera y le acarició la nalga mientras la embestía una y otra vez—. Es perfecto. Me empalmo solo con verte andar moviendo estas maravillosas caderas.

Mientras hablaba, la embestía, llenándola con su polla y con sus palabras de admiración.

Soltó la mano que tenía en la cadera de ella y le acarició la espalda desde las clavículas hasta la parte baja, con la palma de la mano extendida sobre ella en un acto próximo a la posesión. Ella cerró los ojos. En ese momento era suya.

Sintió una leve presión de un dedo de él encima de la ranura y abrió los ojos de golpe.

—¿Nunca has jugado aquí? —el dedo de él se deslizó entre las nalgas y rozó el ano con mucha suavidad.

Harley gimió, la sensación nueva era tan maravillosa que le costaba hablar. Negó con la cabeza, demasiado excitada para pronunciar palabra. Estaba llena de él. Su mente, su cuerpo, sus sentidos estaban a rebosar de Jack y de lo que le hacía sentir.

Él gruñó lo que ella asumió que solo podía ser un taco en francés y dejó el dedo en el punto sensible de ella.

—¿Quieres probarlo? No te haré daño —la presión de su dedo se incrementó levemente y ella se echó hacia atrás sin dejar de acariciarse salvajemente entre las piernas.

—Sí. ¡Oh, por favor, sí! —repuso ella.

Cerró de nuevo los ojos, sobrecargada de sensaciones. Vibraban todos los nervios de su cuerpo. Jack la embestía desde atrás, el clítoris empapado de ella palpitaba entre sus dedos y la voz ronca de él la tentaba a probar cosas nuevas, segura entre sus manos.

—Dime cuando estés a punto —dijo él entre dientes, moviendo con las caderas toda la cama y acariciando la entrada trasera de ella con cada embestida.

Cuando empezó a hablar sin cesar en francés, en inglés entrecortado, describiendo las sensaciones maravillosas que ella le producía y lo bien que quería que se sintiera, ella perdió el control.

—¡Jack! —gritó.

Cuando llegó el clímax, bombardeada desde todos los lados, él le introdujo un dedo y ella gritó hasta que le ardió la garganta. Le asaltó una oleada tras otra, en un orgasmo tan intenso, que ella rompió el contacto sublime con el clítoris para colocar ambas manos en la cama y agarrarse con fuerza a la colcha.

—Perfecta. Eres perfecta —murmuró Jack.

Al instante siguiente, gritaba él también y luego se quedó rígido detrás de ella, con los muslos de acero apretados contra los de ella y sus manos tirando de las caderas hacia atrás con fuerza.

Se dejaron caer juntos sobre la cama uno al lado del otro, con las piernas enredadas y respirando fuerte.

—¿Mejor? —él le dio un beso casto en la frente.

Harley no podía hablar, no se le ocurrían palabras excepto las que intentaban escapar de su aterrorizado y galopante corazón, así que asintió con la cabeza.

Capítulo 10

La luz débil del amanecer rebotó en ella y Jack se permitió un segundo para admirar la imagen de ella montándolo y el intenso placer que le producía.

Sin salir de la presión cálida de su cuerpo, le tomó las manos. Ella resplandecía. Sus hipnóticos ojos verdes se clavaron en los de él hasta que Jack se vio obligado a morderse la lengua por miedo a confesar sus sentimientos. Demasiado intensos, demasiado pronto. No sabía de dónde habían salido, pero allí estaban, innegables. A quello ya no era un juego para él, sus motivos iban más allá del sexo por venganza. Pero ponerle etiqueta a eso le daba un miedo mortal. Y si tenía que confesar algo, ¿no debería empezar por decir que había utilizado su atracción por él, al menos al principio?

Se concentró en el cuerpo de ella debajo del suyo, en cubrir su pezón con la boca y embestir su interior hasta que ella se contrajo en torno a su pene. Estaba tan apretada que él gimió. Estaba muy cerca. Dos embestidas más y ella se corrió, gritando su nombre y rompiendo el contacto visual cuando la embargó el placer.

Él la siguió de cerca, bombeando todo lo que tenía dentro de ella mientras apretaba los labios en su hombro para evitar que salieran a la luz los sentimientos que tanto miedo le daba nombrar.

Después de un viaje rápido al cuarto de baño, volvió a la cama y la atrajo hacia sí hasta que el cuerpo de ella cubrió el suyo, con el pelo extendido sobre el rostro de él y algunos mechones aferrándose a la barba mañanera de Jack. El olor de ella cubría su piel. No quería moverse nunca.

Harley se pegó más a él.

—Tengo que levantarme.

Jack asintió. Tenía una reunión a las ocho. Por suerte, la noche anterior había ido directamente desde el aeropuerto a la tienda de ella al volver de París, así que tenía el equipaje en el maletero. De momento, con el cuerpo desnudo de ella apretado contra el suyo, no podía pensar en salir de la cama nunca más.

El corazón de Harley se fue calmando al lado del suyo. Ella lo miró con ojos adormilados y el pelo revuelto en torno a la cara. Hermosa. Él le puso las manos en las mejillas y apartó las cortinas de seda detrás de las orejas.

Ella lo miró a los ojos y luego bajó la vista.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó.

Jack le daría lo que fuera. ¿A caso no lo veía? A sintió sin palabras. No se fiaba de lo que pudiera salir de su boca.

Ella sonrió con la sonrisa casi infantil que recordaba, salió de la cama y cruzó la habitación desnuda, moviendo su glorioso trasero. Jack gimió interiormente, su polla empezaba a cobrar vida.

Estiró las manos detrás de la cabeza. Estaba satisfecho, pero sentía la piel tensa cor

nuevas sensaciones. Ella regresó un momento después con una carpeta debajo de un brazo y dos tazas de café humeantes.

Jack archivó mentalmente su inquietud por el momento, contento con la sonrisa vacilante de ella y con que le pidiera ayuda. ¿Y le llevaba café desnuda? Un hombre podía acostumbrarse a ese tipo de despertares.

¿Acostumbrarse? La permanencia que expresaba esa palabra le oprimía los pulmones.

—Me gustaría que le enseñaras esto a Isabel —ella le tendió la carpeta y se sentó en el borde de la cama a sorber su café—. Desde que fuimos de compras el otro día he pensado en una línea de maternidad e infantil. ¡Hay tantas telas maravillosas por ahí! Tocó unos retazos de tela que había con los diseños.

Jack observó los dibujos y su respeto por ella aumentó hasta casi ahogarlo. Harley apartó la vista y se mordió el labio. Él quería besarla y no parar hasta que ella viera la mujer hermosa y talentosa que veía él.

La joven seguía luchando con la dislexia. Su autoestima parecía, como mínimo, pequeña, a pesar de lo que había logrado y de la imagen de serenidad que transmitía. Había insinuado que de niña había estado aislada, que las cosas en su casa habían sido difíciles debido a las expectativas de su padre y a las comparaciones con sus hermanos. Jack habría dado mucho por verla valorar su autenticidad y creer en sí misma.

Pero el tema de la confianza, que seguía siendo una barrera entre ellos, hacía que fuera la persona a la que era menos probable que creyera. ¿Y tenía algún derecho a sugerirle que mejorara en eso cuando él mismo combatía transformaciones importantes que no estaba dispuesto a admitir?

Mantuvo la vista baja y habló con suavidad.

—¿Quieres mi opinión?

Harley se encogió de hombros, con ojos inquietos. Asintió levemente con la cabeza.

—Esto es muy bueno.

La joven alzó los ojos al cielo.

—Solo son bocetos —resopló—. Recuerdo la primera vez que le dije a Hal que quería ser diseñadora. Tenía quince años. Llamó garabatos a mis bocetos. Creo que fue la última vez que busqué su consejo.

Jack le agarró la mano libre, le hervía la sangre.

—Hal es un gilipollas —sonrió y ella soltó una risita—. Son algo más que bocetos. Sor tu pasión, tu talento, tu corazón en una página —casi se le quebró la voz—. Me encanta que me los hayas enseñado.

Obligó a sus músculos a relajarse. Le daría un puñetazo a Hal Jacob si lo tuviera delante. Se tragó la bilis y se esforzó en sonreír por ella. Harley dejó su taza al lado de la de él en la mesilla de noche y le echó los brazos al cuello. Lo besó con tanto vigor que él tuvo que apartar los bocetos a un lado para que no los aplastara.

Ella se apartó con ojos brillantes.

—He pensado que podemos utilizar algodón orgánico para la ropa de bebé y lana merina de Nueva Zelanda, y podemos ofrecer los beneficios a una ONG que proporciona vacunas infantiles en África.

Jack no pudo resistirse y la miró con una sonrisa indulgente, y probablemente

bobalicona, en la cara.

El teléfono de ella sonó y la joven se inclinó sobre él para tomarlo de la mesilla. Sus pechos colgaron delante de la cara de él y Jack decidió probarlos un momento. Sería una grosería no hacerlo.

A cababa de cerrar los labios en torno a uno de los pezones cuando el cuerpo de ella se puso rígido encima de él.

—Bastardos.

Él la soltó y se sentó en la cama.

—¿Qué ocurre?

Harley le mostró el teléfono, donde se veía un titular: *Heredera inmobiliaria tiene novio nuevo*.

La joven se levantó bruscamente y se puso una bata blanca de seda. Harley empezó a caminar por la habitación golpeándose el muslo.

A Jack no le gustaba ver su rostro en la columna de cotilleos, pero la reacción de ella parecía exagerada por lo que era básicamente una foto de los dos saliendo la noche anterior del restaurante y unas pocas líneas especulando sobre el estatus de su relación.

—No te preocupes por eso. ¿A quién le importa? —le quitó el teléfono y le tomó la mano cuando ella pasó cerca.

Harley se mordió el labio inferior.

—Es todo lo que hago. Nunca es suficiente. Si apoyo una obra benéfica, soy una mocosa mimada —dibujó comillas en el aire—. Si salgo con amigos, despilfarro el dinero familiar. Si...

Jack le apretó la mano y la atrajo a su lado.

—Harley. ¿Cuál es el verdadero problema? —tiró de ella para que se sentara en la cama—. ¿Te preocupa la reacción de tu familia? —se encogió por dentro.

Ella esquivó su mirada y jugó con un hilo suelto.

—¿A ti no? No olvides que soy una Jacob. No me digas que te apetecen los líos que traerá esto —señaló el teléfono.

Él se encogió de hombros y entrelazó sus dedos con los de ella.

—No es asunto de nadie salvo nuestro —se llevó la mano de ella a la boca y besó los nudillos uno por uno.

Harley apartó la vista y a él le dio un vuelco el estómago. ¿Seguía preocupada por lo que pensaría su familia? ¿Todavía quería mantenerlo a él en secreto?

—Necesito decirte algo —musitó ella.

No lo miraba, sus ojos se posaban en cualquier parte menos en él. Volvió a morderse el labio y Jack le soltó la mano para tomarle la cara. Inhaló con fuerza, deseando repetir lo de un rato antes.

Cuando ella alzó la vista, él se quedó sin respiración.

—¿Recuerdas las últimas vacaciones en Aspen? —la voz de ella era apenas un susurro.

Jack se esforzó por prestar atención, pero asintió con la cabeza. ¿Por qué hablaba de eso? Le apetecía tan poco revivir aquel año de su vida como hacerse una endodoncia. Y en aquel momento, con su cerebro intentando entender lo que había cambiado en él...

—Yo...

—Harley —ella iba a terminar aquello por segunda vez y justo cuando él acababa de darse cuenta de sus sentimientos.

La joven negó con la cabeza, decidida.

—Te hice daño, pero quiero explicar por qué.

Jack le apretó los dedos.

—Eso es historia antigua —él era un chico ingenuo, lleno de hormonas, con el corazón al descubierto. Apretó la mandíbula. No necesitaba que se lo recordara.

Ella asintió con expresión sombría.

—Pero la prensa tiene un modo de... desenterrar cosas. Y yo no quiero tener más secretos contigo.

A Jack se le erizaron los pelos de la nuca. Le soltó la mano y saltó de la cama impaciente por hacer algo, por tener algún tipo de actividad.

¿Secretos? Se puso los pantalones y la camisa. Fuera lo que fuera lo que le iba a decir necesitaba alguna armadura. La mirada confusa de ella, culpable y dolida, le pesaba en los hombros.

—Dímelo, pues —la miró. La piel le hormigueaba como si quisiera despegarse de su cuerpo.

A Harley se le humedecieron los ojos.

—Tu madre y mi padre tenían una aventura. Yo los vi juntos. En Aspen.

«¿Qué coño...?».

Jack se pasó los dedos por el pelo y agarró con fuerza, paseando por la habitación, demasiado agitado para quedarse quieto. Demasiado escandalizado para evitar que sus pensamientos giraran como locos.

—¿Te estás quedando conmigo? —los recuerdos se balanceaban dentro de su cráneo a una velocidad de vértigo y le quemaban el estómago.

Ella negó con la cabeza, mirando la colcha.

¿Una aventura? Todos aquellos años había asumido que lo que había hecho fracasar el matrimonio de sus padres había sido el impacto de malas decisiones en los negocios, que habían empezado con el trato abortado con Jacob Holdings. Pero encima de todo lo demás, le habían mentido, había vivido engañado.

Apretó los puños hasta que le dolieron los huesos de las manos. Le invadía la rabia. Contra Harley. Contra Hal. Contra sus padres. Y sobre todo contra sí mismo. ¡Joder! ¡Qué estúpido! Ella le había ocultado eso en el pasado y en el presente.

Había sido un estúpido nueve años atrás, un tonto enamorado y confiado. ¿Y ahora? Se había convencido de que estaba a salvo del tipo de dolor que había visto convertir al hombre que era su padre en la versión destrozada que casi lo había perdido todo. Pero, como un idiota, había bajado la guardia y desarrollado... sentimientos por Harley.

—¿Tú lo sabías todo este tiempo y no has dicho nada?

Estaba lleno de energía. Su voz, que sonó terriblemente tranquila, le raspó la garganta. Ella había jugado con él. Él le había contado su preocupación por Isabel, le había dicho cuál era el origen: la ruptura matrimonial de sus padres. Y ella conocía todo el tiempo un factor muy importante que había contribuido a ese divorcio.

Harley se apretó más la bata en torno al pecho y aferró las solapas con fuerza.

—Yo era una cría escandalizada y horrorizada por lo que había visto, confusa. Me daba demasiada vergüenza, demasiado miedo decírselo a alguien y crear problemas —resopló—. Ya había tenido bastantes problemas con Hal.

¡A la mierda Hal! ¿A caso ella no veía que jamás conseguiría su aprobación hasta que dejara de buscarla y creyera en sí misma?

—¿Y por eso no dijiste nada? ¿Le guardaste el secreto a Hal y sigues guardándoselo? —él se sentó a los pies de la cama y se puso los calcetines y los zapatos. Era incapaz de mirarla.

—Jack...

Él la miró entonces, frustrado, a punto de perder el control.

—Todas estas semanas, el tiempo que hemos pasado juntos... ¿No podías habérmelo dicho?

—¿De qué hubiera servido? —lo miró suplicante—. No quería hacerte daño. No quería dañar tu relación con tu madre.

—¿Y por qué hoy?

Ella lo miró a los ojos y el pecho de él, que estaba revestido de cemento, se expandió por un segundo.

—He terminado de ocultar los actos de Hal. ¿Por qué debería yo, nosotros, acarrear con el legado de las acciones de nuestros padres?

Sus palabras se filtraron a través de la niebla que cubría la mente de Jack. Tenían sentido. Pero la piedra que llevaba en la base del estómago dejaba un mal gusto detrás. ¿Aquello era demasiado poco y llegaba demasiado tarde? Se frotó la cara. Necesitaba tiempo para pensar.

Tomó su chaqueta de la silla, buscó el teléfono de ella y lo arrojó a la cama, delante de la joven.

—¿Odias las acciones de Hal? Pues ten cuidado de no volverte igual que él, *chérie*.

La expresión atónita de ella y su silencio herido lo acompañaron fuera de la habitación, pero la emoción que le mordía los talones... esa olía a miedo.

Capítulo 11

Tres días después, Harley entró en la cocina brillante y acogedora de la casa de su infancia y abrazó a Hannah, su hermana melliza, a la que se aferró unos segundos absorbiendo su consuelo callado e incondicional. Siempre habían estado unidas, a pesar de una vida entera oyendo a Hal señalar sus diferencias. Eso podría haberlas separado, pero esa era una relación en la que Harley se negaba a permitir que influyera Hal.

No había sabido nada de Jack desde que le hizo su confesión. Había intentado evitarlo pero había acabado haciéndole daño, como temía. Pero no había querido guardar el secreto ni un segundo más. Se había enamorado de él y, cuanto mayores eran sus sentimientos, más le pesaba la carga de su silencio.

La destrozaba respetar sus deseos y darle tiempo. Cada segundo que pasaba sin tener noticias suyas era como el tictac de una bomba en su cabeza. ¿Cuánto tiempo más necesitaba? ¿Y se quebraría ella antes de que eso ocurriera, iría corriendo a buscarlo y confesarle otras cosas que sospechaba que no estaba preparado para oír? Y menos después de que hubiera sido portadora de noticias tan devastadoras.

Dulcie besó a su hija en las mejillas y le tendió un cóctel antes de que ambas se reunieran con Ash y Hannah en la isla en la que compartían el *New York Times*. El *brunch* del fin de semana se había convertido en una tradición de los Jacob. Si se perdían una semana, Dulcie se quejaba de su falta de compromiso con la familia. Y a pesar del periódico desplegado sobre la encimera de mármol, estaba terminantemente prohibido hablar de negocios.

Harley no tenía buenas noticias en ese campo. La compra del Edificio Morris, como todo lo demás de su relación con Jack, estaba en la cuerda floja. La única comunicación que había recibido del despacho de él eran unos planos para la reforma que le había enviado Trent por correo electrónico.

Ash alzó la vista del artículo que leía.

—Papá quiere hablar contigo —la preocupación que apagaba sus ojos hizo que a Harley le diera un vuelco el estómago. Se bebió de un trago el cóctel. En su experiencia las frases que empezaban así nunca llevaban a nada bueno.

—¿De qué? —¿había visto Hal la foto de Jack y ella saliendo juntos del restaurante el día de su cumpleaños?

Los otros tres la miraron comprensivos. Fuera lo que fuera lo que quería su padre, estaba sola. Y podía adivinar de qué se trataba.

—Está en su despacho —dijo Ash.

—Toma, llévate esto —Dulcie le apretó los hombros y le dio un segundo cóctel—. Y dile que la comida estará lista en cinco minutos.

Harley salió de mala gana en busca de Hal, preparándose para el criticismo inevitable que la esperaba.

En cuanto entró en el despacho, se le erizaron los pelos de la nuca. Había llegado la hora de la verdad. Dejó su copa en el escritorio.

—Mamá dice que el *brunch* estará listo en cinco minutos.

—Siéntate, Harley.

La joven suspiró. Viejos demonios empezaban a emerger. Echó los hombros hacia atrás.

—Me quedaré de pie. ¿Querías hablar de algo?

Si se quedaba de pie, podría salir más deprisa. El cuero cabelludo le cosquilleaba igual que le ocurría de niña cuando tenía una nota especialmente mala o la habían llamado al despacho de la directora por «perder el tiempo» o «soñar despierta».

Hal apretó los labios de un modo que dejaba traslucir su descontento. Eso la aterrizzaba de niña, cuando empezaba a darse cuenta de que era distinta a sus hermanos, y la destrozaba en la primera adolescencia, cuando sus excusas por tener malas notas le hacían más daño que las críticas directas de él.

Pero ya solo la fastidiaba. Ya no era la niña desesperada por su aprobación que ansiaba que la valorara igual que a sus hermanos triunfadores.

Hal fue directo al grano, sin preámbulos.

—He oído que tienes tratos con Jack Lane. O Demont, como se hace llamar ahora.

La joven apretó los labios. No tenía intención de justificarse. Se encogió de hombros. Él le había enseñado que la evasión a veces funciona.

Pero él no pensaba rendirse.

—¡Maldita sea, Harley! Esa familia no tiene ambición ni instintos en lo relativo a los negocios. ¿Por qué tienes que hacer tratos precisamente con él? Ya es bastante malo que tires el dinero en ese edificio ruinoso.

Harley se mordió la lengua y luego la soltó. No debería tener que defenderse ni que defender a Jack. ¿Quién era Hal para juzgar a otros?

—Me niego a vivir mi vida basándome en un negocio viejo que te salió mal a ti. Jack Demont ha construido una empresa global muy sólida. Y no es asunto tuyo con quién decida yo hacer negocios.

—Con todos los hombres que hay en Manhattan —él continuó su diatriba como si ella no hubiera hablado—. ¿Y ahora quieres montar una escuela? ¿De verdad? Con todas las oportunidades que has despilfarrado...

—¿Oportunidades? —ella reprimió una carcajada sardónica—. Quiero hacer una escuela para que los niños que son como era yo tengan un entorno seguro donde aprender. Un entorno donde los comprendan y los alienten, donde los ayuden a progresar y a vencer sus obstáculos, no donde los menosprecien.

Su padre apretó los labios.

—Yo lo hice lo mejor que supe contigo.

Harley hizo una mueca burlona. Si aquello había sido lo mejor que sabía...

—¿Negando mi dificultad para aprender? ¿Posponiendo las pruebas del diagnóstico? ¿Ignorando que tu hija menor estaba sola y aislada en el colegio y en casa, un lugar donde debería haber encontrado aliento y aceptación?

—Ya no eres una niña. Estoy hablando de lo malos que son tus proyectos. Cuando te

prometiste con Phil, pensé que a estas alturas estarías ya casada, con un par de niños...

Harley ni siquiera se molestó en defender su decisión de romper su compromiso, una relación basada en intentar ser una hija de la que él pudiera estar orgulloso.

—Tienes razón. Tengo veintiséis años. Ya no busco ni necesito tu aprobación. Y he creado mis propias oportunidades, las que me gustan a mí.

Hal la miró largo rato con dureza. Harley se disponía a salir, había acabado con aquella conversación. Y pensó que debería darle las gracias. Hacía tiempo que deberían haber tenido aquel enfrentamiento. Casi flotaba por el alivio que le había supuesto enfrentarse a él por fin.

—¿Tienes también algo con él a nivel personal? —su padre hizo un mohín de desaprobación con los labios—. En las fotos parecía que sí. Los Lane tienen cierta reputación. Sé más discreta.

¿Reputación? ¡Vaya! «Le dijo la sartén al cazo». Harley había guardado silencio todos esos años, había protegido la reputación de él por una necesidad equivocada de ganarse su aprobación.

Tragó saliva con fuerza, con el cuerpo rebosando calor. Jack tenía razón. Había guardado su sucio secreto por lealtad a un hombre que no tenía ni la mitad de escrúpulos que él. Ni que ella. Y el respeto de Hal no era algo que valiera la pena tener.

Bajó la voz para que no la oyeran los otros.

—¿En serio me vas a dar tú consejos sobre relaciones? —siseó.

A Hal se le dilataron las fosas nasales, una señal segura de que empezaba a enfadarse. Aquello no iba como él quería.

—¿Qué significa eso?

—Sé lo tuyo con Amalie Lane.

Hal apretó los labios como si acabara de saborear algo repugnante.

—No puedes creer nada de lo que digan los Lane. Por eso te aconsejo que no hagas tratos con uno de ellos.

—Os vi juntos, padre.

Hal tuvo la decencia de sonrojarse y apartar la vista. O sea que el todopoderoso Hal era falible después de todo.

Se recostó en su silla, con la máscara inescrutable que llevaba casi siempre de nuevo en su sitio. La miró fijamente tanto rato que ella casi se encogió ante él. Pero esos días habían terminado.

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó.

Harley nunca le había visto tan frío, tan calculador. El último velo cayó de sus ojos.

—Se lo dije a Jack.

Él hizo una mueca y movió la cabeza como hacía cuando se sentía frustrado con ella.

—Eso explica por qué quiere verme.

—Espera. ¿Qué? —Harley colocó las manos sobre la mesa. ¿Jack había contactado con su padre? ¿Por qué? ¿Pensaba hablarle de la aventura?

—¿No lo sabías? ¿O sea que él también tiene sus secretos? —en los ojos de Hal brilló una chispa de malicia y Harley se dio cuenta de su error.

«No muestres debilidad», pensó.

Su mente era un revoltijo de pensamientos, pero había un hecho que emergía una y otra vez. Confiaba en Jack. Fueran cuales fueran sus razones, serían sólidas, medidas justas. Era todo lo contrario de su padre y quizá por eso se había enamorado de él.

—¿Por qué se lo dijiste, para crear problemas? —Hal observó la puerta, detrás de ella.

Harley suspiró. Miró su reloj y calculó cuánto tiempo tardaría en llegar al apartamento de Jack con el tráfico del domingo por la mañana.

—Se lo dije porque estoy enamorada de él. Es un hombre bueno y honorable. Si quiere estar conmigo, es que debo de ser lo bastante buena.

¿Querría todavía estar con ella? Era mucho esperar que correspondiera a sus sentimientos, pero estaba dispuesta a entregarle su confianza. A darle todo lo que había ocultado.

Hal hizo un gesto de burla.

Eso enfureció a Harley.

—Sé que no estoy a la altura de Ash y Hannah. Nunca lo he estado. ¿Pero sabes qué? Ya no necesito tu aprobación. He triunfado según mi estándar. Mi fundación donó más de diez millones de dólares a obras benéficas el año pasado. Dentro de tres meses, mi escuela para disléxicos estará abierta para todos, no solo para los que puedan pagar la enseñanza, y Jack Demont me va a ayudar a construirla. Tal vez no tengamos la agudeza despiadada para los negocios que tanto valoras tú, pero lo que hacemos ayuda a alguien aparte de a nosotros mismos. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Ante el silencio atónito de él, la joven dio media vuelta y salió de la habitación, más ligera que un soplo de aire.

¿Y qué si los números y las palabras de una página saltaban ante sus ojos y tenía que esforzarse mucho para memorizar listas? Jamás sacaría buenas notas en un examen formal ni disfrutaría del placer de la lectura. Pero había construido algo de la nada, algo que valía la pena, con sus propias manos.

Había llegado el momento de creer en sí misma.

Con el corazón golpeándole en el pecho, volvió a la cocina y anunció que se retiraba con la excusa de un dolor de cabeza fingido, que amenazó con volverse real cuando disminuyó su euforia y la expresión dolida de Jack reapareció ante sus ojos.

Que ella acabara de vivir una autosuperación no significaba que Jack estuviera preparado para perdonarla ni que correspondiera a sus sentimientos.

Dulcie la acompañó a la puerta con un gesto de disculpa.

—Estoy deseando ver tu desfile esta noche.

Harley hizo una mueca. Casi no había pensado en el desfile, parte de la Semana de la Moda de Nueva York. Asintió débilmente, con la cabeza todavía ocupada con Jack y con ir en su busca para ofrecerle otra explicación, o incluso suplicarle, de ser necesario.

Dulcie se detuvo en la puerta y le acarició el hombro.

—Me encanta este suéter. ¿Es tuyo?

Demasiado distraída para contestar con palabras, Harley asintió con la cabeza.

Dulcie suspiró.

—Ya sé cómo es él —le apretó los dedos a Harley—. No hagas caso de los viejos. Yo hace años que no lo hago —clavó sus ojos inteligentes en los de su hija.

A Harley le dio un vuelco el estómago.

—Tú lo sabes, ¿verdad?

Dulcie apartó la vista.

Y Harley pensó que había guardado muchos años un secreto que no era tal. Le ardió la garganta y se le humedecieron los ojos. Había permitido que su conocimiento de la infidelidad de Hal moldeara sus relaciones, tiñera su autenticidad de miedo, vergüenza y cinismo. Y, lo más importante, había puesto en peligro lo que había encontrado con Jack, lo más real que había tenido nunca. ¿Pero era demasiado tarde para redimirse?

—No tenía ni idea de que tú lo supieras, querida. Yo quería protegeros a todos — Dulcie se llevó una mano al pelo.

—Pues no lo has hecho. Puede que no tenga el título correcto en la pared de mi casa, pero soy una mujer inteligente. Él es tu marido. Si tú quieres apoyarlo, es cosa tuya. Pero hasta que estés dispuesta a tomarte en serio mi carrera y a mí, creo que es mejor que no vayas a mi desfile.

Ignoró el brillo de rabia y dolor en los ojos de su madre y salió, con el estómago revuelto pero el espíritu libre.

Con renovada energía y un propósito nuevo, corrió calle abajo y dio la dirección a su chófer. En su mente solo había una cosa: Jack.

¿Podría persuadirlo de que lo que tenían sobrepasaba con mucho una relación corriente? ¿De que los cimientos eran lo bastante sólidos para construir encima, si era eso lo que quería? ¿De que ella era una Jacob y él un Lane, pero eso no significaba que no pudieran liberarse de las decisiones que habían tomado sus respectivos padres y ser ellos mismos, libres de confiar en algo que en la superficie era tan delicado como la gasa pero estaba atravesado por hilos de acero?

Subió corriendo hasta su piso, sin hacer caso del ascensor, y llegó sin aliento por más de un motivo. Le escocieron los nudillos cuando llamó a su puerta con un ritmo frenético, a juego con el de su corazón galopante.

Los segundos le parecieron horas. Cuando se abrió la puerta, se le doblaron las rodillas. Todo lo que quería decir lo tenía en la punta de la lengua, listo para soltarlo.

Cerró la boca con angustia y dejó caer la cabeza como si fuera de piedra.

Demasiado tarde.

Una morena hermosa y bajita estaba de pie en la puerta y parecía sentirse como en casa.

Harley recuperó el pulso cuando reconoció a la chica.

—¿Isabel?

—Sí, Harley. Encantada. ¡Cuánto tiempo!

Isabel la abrazó, tiró de ella al interior y cerró la puerta. La recibió como si la esperara, como si se hubieran visto el día anterior.

Isabel agitó los papeles que tenía en la mano.

—Solo he venido a enviar a Jack por email unos documentos que se dejó aquí. Tren viaja con él, así que he terminado de ayudante suplente. Y en domingo —alzó los ojos al

cielo—. Dime, ¿cómo estás tú? Te veo estupenda —hablaba con acento y frases rápidas que no era fácil seguir, pero Harley captó lo importante y se encogió por dentro.

—Jack no está aquí.

Isabel se detuvo en la sala de estar y frunció el ceño.

—No. Está en París. ¿No lo sabías?

Harley negó con la cabeza. La abandonó la adrenalina y se dejó caer en un sofá de piel. Por supuesto. Él había mencionado que tenía otro viaje, pero ella estaba tan absorta en rectificar el desastre que había creado, en diseccionar sus sentimientos y preparar su desfile de esa noche, que había perdido el rastro de los días.

—¿Sabes cuándo volverá? —le había enviado entradas para el desfile, pero solo había recibido una nota de Trent con acuse de recibo y las gracias. Nada personal.

«Demasiado tarde».

Isabel se sentó a su lado en el sofá.

—Pasado mañana, creo —frunció el ceño—. ¿Te apetece un café?

Harley negó con la cabeza. Cerró los ojos. ¿Por qué no había despertado antes reconocido al hombre increíble que tenía en su vida y la historia rara y maravillosa que habían creado?

Sorbió aire y se acercó al sofá con una resolución nueva.

—Sé que esto parece un poco acoso —una risa histérica resonó en sus oídos al recordar la primera vez que lo había seguido allí el día en que él había vuelto a entrar en su vida—, pero ¿te importaría darme su dirección en París?

Haría el desfile de esa noche y después volaría a París y lo acosaría de nuevo en su apartamento para contarle lo que sentía y disculparse por haberle hecho daño. Tal vez no estuviera dispuesto a oírlo, pero ella había terminado de ocultar sus sentimientos para complacer a otros.

Isabel se echó a reír.

—Por supuesto que no —le tocó un brazo con ojos brillantes—. Sabes que mi hermano puede ser un idiota, ¿verdad? —inclinó la cabeza a un lado, como hacía Jack cuando quería remarcar algo—. Lo entiendo. El divorcio de nuestros padres fue duro para él y siempre ha estado un poco obsesionado con la integridad y hacer lo correcto. Creo que había renunciado a esa tontería del amor —hizo una mueca—. ¿Cuántas veces he oído su discurso cínico? No tuvo novia hasta el último curso de la universidad y no duró mucho.

A Harley se le encogió el estómago. Ella había tenido algo que ver en eso. Le había hecho más daño del que pensaba, más del que había admitido él.

—Pero me alegro mucho de que hayas vuelto a su vida. Es mucho más feliz ahora.

¿Lo era? La cara de él la última vez que lo había visto... ¿Ella no le había causado más dolor? Había hecho aflorar los sentimientos del pasado y echado sal en la herida.

—¿Esta noche tienes un desfile? Espero que no te importe, pero Jack me dio las entradas que le enviaste. Y por cierto, me encantan los bocetos que me enseñó. Tienes mucho talento.

¡Ah, sí! Su desfile.

Lo único que le importaba ya a Harley era que pasara para poder ir con él.

—Por supuesto. Tienes que venir. Estaré entre bastidores la mayor parte de la noche

pero te buscaré —las horas hasta que pudiera subir a un avión para París pasarían despacio, pero se debía a sí misma y a sus años de trabajo duro entregarse cien por cien a su marca.

Se levantó inquieta, intranquila.

—Por cierto, felicidades —se obligó a sonreír y a pensar en el trabajo. Su equipo y ella se habían esforzado demasiado para perder energía en el último momento. Pero cuando terminara esa noche, estaría libre.

—Te envió un mensaje con su dirección —Isabel sacó su teléfono móvil y Harley le dio su número, pensando ya en lo que le diría a Jack y calculando la diferencia horaria entre Nueva York y Europa.

Las siguientes trece horas le iban a parecer muy lentas.

Capítulo 12

Jack hizo una mueca. El volumen y el tempo palpitante de la música le arañaban los tímpanos y resonaban en su cerebro. Observó al público, pero la figura bajita y llena de curvas de ella no estaba a la vista. ¡Mierda! ¿Se había marchado ya? ¿Había perdido su oportunidad? No debería haberse ido sin decirle lo que sentía.

Apretó los puños para no arrojar contra la pared la silla vacía más próxima. Aunque no había ninguna. La Semana de la Moda de Nueva York estaba a rebosar. Solo había sitio para estar de pie, lo cual no le importaba. Él no estaba allí por la alta costura.

Solo por Harley.

Salió del auditorio con el cuerpo tenso por la frustración y buscó en el vestíbulo una puerta que lo llevara entre bastidores.

En una llamada rápida de presentación a Hannah, la hermana de Harley, se había humillado lo suficiente para conseguir un pase VIP entre bastidores. Agarró la tarjeta de plástico que llevaba colgada del cuello como si fuera un salvavidas y la mostró a los gorilas que cuidaban de la puerta que llevaba a los corredores laberínticos de detrás del escenario.

Siguió el ruido con zancadas de impaciencia, hasta que desembocó en una escena caótica, muy diferente a la del glamour de la pasarela.

Ella tenía que estar por allí.

Se abrió paso entre la masa de cuerpos, modelos a medio vestir, diseñadores y ayudantes que daban órdenes y corredores con portapapeles y botellas de agua, saltando por encima de ropa y zapatos extendidos en el suelo y esquivando percheros cargados de ropa.

Ni rastro de ella.

Se frotó la cara con ambas manos, maldiciendo su estupidez. Para ser un hombre adulto y diligente, su miopía resultaba espectacular. ¿Cómo podía haber estado tan ciego, haber sido tan testarudo?

En algún momento entre protegerse de más dolor y sumergirse en su juego, se había enamorado de Harley. Mucho. Tanto como podía enamorarse un hombre. Pero había metido la pata, había dado la lata con la falta de confianza de ella cuando él tenía demasiado miedo para confiar en sus propios sentimientos.

Como un idiota, había intentado controlar lo que tenían, diciéndose que era solo buen sexo, pero hacía mucho que lo suyo había dejado de ser una simple aventura, aunque él estuviera demasiado asustado para admitirlo.

Miró a su alrededor con frenesí, buscándola.

Al fin la vio y el aire salió de sus pulmones con un silbido.

Todas sus terminaciones nerviosas cobraron vida cuando vio su rostro sonrojado y animado riendo con la modelo a la que vestía. Ambas peleaban con un tocado enorme

que complementaba la lencería exigua que llevaba la modelo.

Pero él solo tenía ojos para Harley. Se abrió paso entre la multitud. Había llegado la hora de decirle lo que sentía. No era el mejor momento, pero no podía esperar ni un segundo más. Quizá ya fuera demasiado tarde.

Harley no lo vio. Allí, colocando el tocado a la modelo que tenía delante, parecía fatigada pero increíblemente hermosa. Y entonces alzó la vista y lo miró de frente.

La sangre de Jack le bajó a los talones.

La joven lo miró sorprendida, recelosa.

Otro golpe.

—Tengo que hablar contigo —él tenía la garganta tan constreñida que la voz le salió demasiado bronca.

Harley lo miró fijamente. Las modelos que la rodeaban desaparecieron para unirse a la cola que esperaba para subir a la pasarela. Ella miró por encima del hombro de él con el ceño fruncido y Jack se puso delante de ella.

—Por favor.

Harley tragó saliva.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Jack frunció los labios recordando el primer día que ella había vuelto a entrar en su vida de golpe.

—He dado una propina al portero —Jack agitó su pase VIP ante ella y sonrió ampliamente cuando ella apretó los labios como si reprimiera una sonrisa. Él también sabía acosar.

Pero todavía no se había disculpado y ella no estaba en sus brazos, donde la quería él. Inhaló profundamente y arañó el fondo del barril de la paciencia. Ella estaba trabajando, la esperaría el tiempo que hiciera falta.

—Te esperaré. Después del desfile —le cosquilleaban los músculos por la urgencia de abrazarla. Pero aquel era su momento, y él siempre apoyaría todas sus pasiones.

Harley asintió y pasó delante de él.

Jack se giró cabizbajo para verla alejarse. Y de pronto ella volvió, lo abrazó, le dio un beso en la boca que a él le resultó muy satisfactorio pero demasiado rápido.

—Deséame suerte —ella le apartó de mala gana los brazos y él le soltó de mala gana la cintura.

—Buena suerte —le robó otro beso, sin importarle que seguramente llevaría ya más pintalabios que ella—. Pero ¿por qué la necesitas?

Ella sonrió con ojos brillantes y él se quedó sin aliento.

—Voy a salir ahí. Es mi marca, ¿no? —se apartó y se alisó el vestido. Era una diosa— Estoy orgullosa de mi trabajo. Se acabó disculparme por lo que soy —y con un guiño que hizo que a él le hirviera la sangre, corrió tras sus modelos y el balanceo de su sensacional trasero fue como un golpe entre los ojos de él.

La desnudaba con reverencia, volviendo a aprender cada centímetro de su piel, deteniéndose a menudo para reconectar con ella mediante besos ardorosos, tan vitales

como el aire. Palabras que había esperado casi demasiado tiempo para decir brotaban de sus labios. Palabras francesas que ella no entendería, pero él confiaba en que el rostro de él y sus acciones le hicieran captar el significado.

Las manos de ella no estaban inactivas, le quitaban poco a poco la ropa, hasta que ambos estuvieron desnudos, sin nada que ocultar. Él le tomó el rostro entre las manos y se asomó a su alma al tiempo que deslizaba los dedos en su pelo con firmeza y ademán posesivo.

—*Je t'aime*. Siento que me haya costado tanto tiempo verlo.

¿Cómo había podido creer que podría alejarse de ella? ¿Cómo se había engañado tanto tiempo pensando que aquello era solo una conexión física asombrosa y que bastaba con eso?

—Yo también te quiero. Siento haberte hecho daño.

Jack negó con la cabeza. Tenían que devolver el pasado a su sitio. Ni él era su padre ni ella era Hal. Lo único que importaba eran ellos. Juntos.

Le demostraría cada minuto de cada día lo que significaba para él. Lo demás lo irían viendo entre los dos. A su modo.

Harley tiró de su cuello y él la besó en los labios y le cubrió los pechos con las manos. Abandonó el beso con un gruñido para meterse un pezón perfecto en la boca. Ella se arqueó hacia él y se aferró a sus hombros mientras los labios de él tiraban de su pezón y se le aflojaban las rodillas.

¡Joder! La quería. Era perfecta, como si estuviera hecha adrede para él.

Llegaron a la cama entre besos frenéticos y manos errantes y allí Jack cubrió el cuerpo de ella con el suyo, con las piernas de ambos entrelazadas y los pechos aplastados en el torso de él, hasta que se sintió totalmente rodeado por su olor, el cosquilleo de su pelo y sus gemidos entrecortados.

Estaba en casa.

Se dedicó a besarla, con las manos enredadas en su pelo, hasta que los labios de ella se hincharon con un tono rojo rosáceo. Cuando él empezaba a perder el control, deslizó una mano entre los muslos de ella y la encontró empapada y preparada para él.

Jack gimió, se apartó para buscar rápidamente un preservativo en la mesilla. Ella le quitó el paquetito, le acarició el pene y fue desenrollando el látex a lo largo de él.

Jack le tomó las manos y entrelazó sus dedos con los de ella, con el calor de ella quemándolo por todas partes y la mirada clavada en la de ella.

Inhaló profundamente. Harley era todo lo que había sabido que necesitaba y la intensidad de aquella idoneidad lo dejaba sin aire. ¿Quién necesitaba oxígeno?

Jack se movió encima de ella, calibrando cada reacción de ella como si estuviera en sincronía con los latidos del corazón de ambos. Sus embestidas, primero lentas y largas, se hicieron más rápidas. Ella lo abrazaba con los muslos, con los pies y con los ojos, cabalgando con él sobre olas de placer tumultuoso.

Llegaron juntos a la cima, con ella gritando su nombre cuando alcanzó el orgasmo y él soltando un grito gutural y besándola en la boca para robarle el aire para sí mismo. Exprimió los últimos espasmos de ella y los movimientos de sus caderas fueron remitiendo entre gemidos de él y jadeos de ella.

Pasó tiempo. Él salió de su cuerpo y se movió para quitarse el preservativo y arrojarlo al suelo antes de dejarse caer de nuevo sobre ella.

Yacieron en la oscuridad durante lo que parecieron horas, trazando en silencio cada centímetro del cuerpo del otro con toques perezosos e indulgentes. Jack le apretó los labios en el estómago y ella enredó sus dedos en el pelo de él y le apartó los mechones de la cara.

—Gracias por venir a mi desfile —dijo.

Jack gruñó. Estaba demasiado cómodo y satisfecho para moverse.

—Has estado increíble. Me siento honrado de conocer a la mujer en la que te has convertido —ella salió de debajo de él y le tomó el rostro entre las manos.

—Y tú eres un hombre fantástico, un hombre al que puedo admirar sin miedo a que me menosprecie.

—Harley... —él pronunció su nombre con voz rasposa y volvió a besarla.

Cuando se separó para tomar aire, volvía a estar empalmado y a ella le brillaban los ojos, lo que llenó el cuerpo de él de lujuria renovada.

¡Joder! ¿Se cansaría alguna vez de ella?

—¿Y qué hay de nuestro juego? —Harley deslizó un pie a lo largo de la pierna de él y Jack se hundió más profundamente en la curva de sus caderas. Su mente nublada por la lujuria intentaba captar lo que decía ella cuando le acarició el lóbulo de la oreja con los labios y susurró—: De nuestro juego de cada vez mejor.

Jack sonrió y frotó las caderas contra las de ella.

—Estoy encantado de seguir jugando, si eso es lo que quieres —atrapó el pezón de ella con los labios y la joven se retorció y se soltó, pero no se alejó.

Apretó los labios como si reprimiera una sonrisa.

—Pero supongo que se ha terminado. No puede haber nada mejor que el último —dijo. Trazó con los dedos un camino torturante por el pecho de él y bajó por su abdomen hasta que agarró su pene y empezó a acariciarlo.

Con una velocidad que a ella le arrancó un respingo, él volvió a colocarla debajo, le clavó las muñecas en el colchón y le apartó los muslos con los suyos.

—Me encantan los retos.

Harley rio, aunque el sonido se convirtió en gemidos suaves cuando la boca abierta de él recorrió su cuello y su pecho. Se detuvo a lamer un pezón tras otro y luego le soltó las manos y se hundió bajo la sábana.

Se esforzó al máximo por canalizar toda su energía en dejarla un rato sin habla, a menos que fuera para gritar su nombre y confirmar que lo había conseguido.

Cada vez mejor.

Epílogo

Un mes más tarde

—¡Oh, Jack, va a ser genial!

Harley observó el espacio renovado, que seguía cubierto de guardapolvos y con multitud de cables destripados en el techo.

Entraba luz que se filtraba a través del polvo que lo cubría todo, hasta las puntas de las botas de ante grises de ella. Pero no le importaba. En su mente no veía el edificio en obras, sino la escuela, su visión hecha realidad.

Cuando Jack había propuesto que almorzaran juntos, se había apresurado a aceptar. Apenas lo había visto en la última semana, pues él había tenido que viajar a Londres. Pero luego habían cruzado el río y ella había adivinado que la llevaba a ver los progresos de la escuela de la calle Morris.

—Aquí irá la zona de recepción —Jack, vestido como a ella le gustaba, con uno de sus trajes immaculados, extendió los brazos y se giró para señalar los espacios que ella había visto solo en planos—. Los baños para discapacitados allí, la enfermería más allá y esas puertas se abren al patio.

Le tomó la mano y caminaron juntos, sorteando herramientas abandonadas y cables, hasta unas amplias puertas de cristal, que seguían cubiertas con una capa protectora de plástico y, como todo lo demás, envueltas en guardapolvos.

—Me encanta —ella tiró de él para detenerlo—. Te quiero. Gracias por ayudarme a hacer esto realidad.

Él se encogió de hombros y curvó los labios. ¡Era tan francés! ¡Y tan puñeteramente sexy!

—Lo habrías hecho sin mí, pero es un honor estar aquí.

A ella le palpitó el vientre y el calor le embargó el pecho. Se inclinó con los ojos cerrados y lo besó en la boca. Deslizó los dedos en el pelo de él y le ladeó la cabeza para agarrarlo mejor y buscar un ángulo más profundo para el beso. Él se empalmó contra el estómago de ella con un gruñido.

Harley introdujo las manos en su chaqueta y buscó mentalmente una superficie cercana y libre de polvo para continuar con aquello, pero acabó apartándose con frustración.

El edificio entero era una enorme trampa mortal. Muy poco romántico. Pero a sus hormonas no les importaba eso.

—¿De verdad necesitamos comer? ¿No podemos hacer otra cosa con la hora del almuerzo? —agarró el trasero firme de él, que se flexionó bajo su mano cuando él movió las caderas y se frotó contra ella.

Recorrió el cuello de ella con los labios.

—¿O sea que quieres algo mejor que lo que he planeado, querida?

Harley ladeó la cabeza.

—Siempre te quiero a ti.

Él le besó la frente, con lo que consiguió bajar con gentileza un punto el calor de ella.

—Primero déjame enseñarte el jardín. Los paisajistas terminaron ayer —él suavizó el golpe apretándole el trasero—. Luego prometo follarte y darte de comer en ese orden, ¿de acuerdo?

Harley asintió con una sonrisa. ¿Había un modo mejor de pasar la tarde?

Jack apartó el plástico para abrir la puerta. Ella lo siguió fuera. Cuando cruzó el umbral, se enganchó el tacón en el guardapolvo y se tambaleó con un grito.

No llegó a caer. Los brazos de Jack la sujetaron. La atrajo contra su pecho y la alzó en vilo hasta que quedó de nuevo apretada contra él desde los hombros hasta los muslos.

Ambos se echaron a reír y luego él se puso serio. La besó en los labios, aprovechando la posición, y Harley no tuvo nada que objetar, demasiado embrujada por el hombre al que tanto quería para fijarse mucho en el jardín acabado.

Jack se apartó.

—Quiero decirte algo —se puso serio y Harley se puso tensa. Asintió con las manos en los brazos de él. Pero él la estrechó con más fuerza, negándose a soltarla.

—Ahora que este proyecto está casi terminado, estoy planeando otro —su ceño fruncido empezaba a asustar a la joven. ¿Dónde estaban su francés relajado y encantador y sus promesas para la hora del almuerzo? Tragó saliva con la garganta seca.

Él la miró inexpresivo.

—Necesitaré un socio. Y como trabajamos tan bien juntos, me pregunto si te interesará.

Harley le tocó la mejilla y el aire salió de sus pulmones con un silbido.

—Me has asustado por un momento —rio—. Creía que ibas a decir que te mudabas permanentemente a Francia —se estremeció, le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios—. Me encantaría volver a trabajar contigo, pero ¿cómo vamos de tiempo? Mi segunda tienda abrirá pronto y tengo que planear otra semana de la moda —quitó una mota del hombro de él.

Jack apretó los labios, claramente decepcionado.

—La agenda es apretada. Necesito una respuesta hoy.

Harley suspiró. Retrocedió, con lo que perdió las manos de él en su cintura.

—Me gustaría que me lo hubieras dicho con más margen. No creo que pueda comprometerme a nada más en este momento. Si lo hiciera, ¿cuándo nos veríamos?

Como pareja, ya estaban los dos bastante ocupados y no quería comprometer de ningún modo su tiempo con Jack. Y él pensaba igual. ¿Por qué era tan cabezota?

Él le lanzó una mirada apasionada.

—¿No crees que deberías preguntarme en qué consiste el proyecto antes de rechazarlo? Incluso he hablado con Hal de esto.

—¿Qué? ¿Has hablado de negocios con mi padre? —¿por qué iba a aceptar Jack consejos de Hal y qué era tan importante?

Jack asintió.

—Está plenamente de acuerdo con este proyecto.

Harley soltó un bufido. Puso los brazos en jarras, estaba mosqueada.

—Hal puede irse al...

Jack le puso los dedos en los labios para cortar la parrafada.

—Creo de verdad que deberías pensarlo mejor —le tomó la mano y se llevó los nudillos a la boca al tiempo que mostraba una mirada de deseo.

—¿Desde cuándo sois socios Hal y tú?

Aquello era nuevo para ella. Sí, su padre y ella habían llegado a un entendimiento por el bien de la armonía familiar. Él no se entrometería en su vida y ella se mostraría educada y respetuosa por el bien de su madre. ¿Pero Jack, Hal y ella trabajando juntos? ¿Se había vuelto loco?

—Solo mira la propuesta —se metió la mano en el bolsillo del pecho—. Si no te gusta... —se encogió de hombros, pero le bailaban los ojos con una mezcla de pasión y travesura.

Harley bajó la vista.

Jack extendió la mano y abrió lentamente los dedos.

Ella se quedó sin palabras. El corazón le subió a la garganta. En el centro su mano había un exquisito solitario de oro. Harley lo miró a los ojos, que brillaban con amor, promesas y mucho más.

—Fuiste mi primer amor —dijo él—. ¿Quieres ser el último? ¿Te casarás conmigo?

A ella la cegaron las lágrimas. Pero se echó en brazos de él, donde mejor estaba. Cubrió con besos frenéticos el rostro sonriente de Jack.

—Sí, sí, me casaré.

Jack le tomó una mano y le puso el anillo.

—Este perteneció a mi abuela Demont. Fue una heredera humanitaria y una luchadora, igual que tú. No cambies nunca —la besó en la boca y ella se apretó contra él. No necesitaba estar en ninguna otra parte.

Jack la estrechó contra sí, con la cabeza de ella debajo de su barbilla. La piedra brillaba en su dedo. El anillo le quedaba perfecto.

—¿Entonces no vas a hacer negocios con Hal?

Él soltó una risita, que resonó a través de su pecho hasta la mejilla de ella.

—No, aparte de ser su yerno, no.

Harley se apartó.

—¿Pero fuiste a hablar con él? Eso no pudo ser fácil.

Jack se encogió de hombros.

—Tú lo vales —se puso serio—. Y no quería estar en guerra con la familia de la mujer que amo. No soy así. No juego sucio.

—Me alegro. No quiero que seas sucio —ella lo besó en la boca—. Fuera de dormitorio, quiero decir.

Jack soltó una carcajada y la miró con pasión y malicia. La atrajo hacia sí.

—Ahí puedo ser tan sucio como tú quieras, *ma belle*.

—El que más —susurró ella.

Sellaron el acuerdo con un beso.